

IRIA NUÑEZ

HASTA LAS
ESTRELLAS
Y VUELTA



Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

HASTA LAS ESTRELLAS Y VUELTA

Iria Núñez Gallego



A mi abuelo Antonio, que me enseñó que no hace falta decir te quiero para demostrar que de verdad lo sientes. No dejes nunca de brillar en tu estrella. Te quiero

Capítulo 1

Llego a casa demasiado cansada y, nada más entrar al salón, me encuentro con mi mejor amiga tirada en el sofá viendo la televisión. Erika es lo más parecido a una hermana que he tenido nunca. Nos conocemos desde que llevábamos pañales, y dondequiera que una vaya, la otra la acompaña sin dudar. A pesar de que ambas nacimos en Madrid, ahora mismo vivimos en un piso en Nueva York. Estamos en nuestro último curso en la universidad. Ambas estudiamos Empresariales obligadas por nuestros respectivos padres, que no solo no se conformaron con que hiciésemos la carrera, además tuvimos que comenzar un máster.

Me tiro en el sillón que está desocupado cabeza abajo, con uno de mis brazos colgando hacia el suelo.

—Ainhoa, no sé cómo puedes vivir así. Te va a dar algo un día de estos. —Desde hace cinco años es la frase que más me repite.

—Solo me queda un mes y después podré tumbarme al sol y rascarme la barriga a dos manos, tranquila.

Erika niega con la cabeza.

—Voy a pedir *pizza* para cenar, ¿te parece bien?

—Perfecto. —Me pongo en pie y me encamino a mi cuarto—. Voy a darme una ducha mientras.

Después de nuestro primer curso, Erika intentó convencer a su padre para que la dejase cambiar de carrera. Discutieron mucho y aun así no consiguió nada. Yo, por mi parte, me matriculé sin rechistar en segundo, pero también en Educación Social. Por supuesto, mi padre nunca se enteró. Desde entonces, estudié simultáneamente ambas carreras. Terminé Empresariales con matrícula, y después comencé el máster. El primer año del máster lo compaginé con el último de Educación Social y conseguí mantener mis buenas notas en ambos tras pasar largas noches en vela. Ahora, en mi segundo y último curso del máster, compagino las clases, prácticas y trabajos con mi empleo de educadora en un centro de menores. Me encanta, y, si por mí fuera, me quedaría aquí haciendo lo que más me gusta. Pero esos no son los planes que mi padre tiene para mí.

—¡Ainhoa! Las *pizzas* han llegado y tenemos visita.

—¡Ya voy! —le grito mientras salgo de la ducha.

Me visto y voy corriendo al salón para encontrarme a todos mis amigos reunidos. Es habitual que los seis cenemos juntos. Nos conocimos en nuestro primer año aquí, y desde entonces hemos sido inseparables. Sam y William se conocían de antes, como Erika y yo, pero Nadia y Christina no.

—Aquí llega la hija pródiga. ¿Podemos empezar ya a cenar? —dice Sam sonriéndome.

—Algún día trabajarás para mí y, entonces, yo seré quien me ría —respondo mientras me siento en el suelo a su lado.

—Venga, dejadlo ya y cenad, o me como yo vuestra parte —amenaza William mientras coge una porción de una de las *pizzas*.

La cena transcurre, como es habitual, entre risas, y terminamos debatiendo acerca de nuestro proyecto final. Yo terminé el mío hace un par de semanas, pero el resto sigue con él. Mientras ellos charlan, yo me levanto y voy recogiendo las cosas de la cena. Cuando vuelvo al salón, me suplican que les deje ver mi proyecto y, aunque me hago de rogar, al final se lo enseño a todos. Tras anotarse varias ideas, se marchan y Erika y yo volvemos a quedarnos solas.

—Ya he pensado dónde vamos a pasar las vacaciones de verano —me dice dando saltitos como una colegiala.

—Miedo me das. ¿Van a venir los demás con nosotras?

—Por supuesto que sí. Es nuestro último verano juntos. A ver qué te parece. —Coge su *tablet* y me enseña una casa frente al mar.

—Muy bonita, ¿pero vas a decirme dónde es?

—¡Nos vamos a Ibiza! —Da unas cuantas palmas y continúa—: Antes de que digas nada, déjame anunciarte que ya he hablado con mis padres y ellos han convencido al tuyo para que puedas venir. La única condición es que Leo vigile lo que hacemos de vez en cuando.

—¿En serio que mi padre ha accedido? —Erika asiente con una gran sonrisa en la cara—. No me lo puedo creer. Tu hermano no me preocupa, él siempre nos deja hacer lo que queremos.

—Tienes razón. —Ambas nos reímos y poco después nos marchamos a la cama.

Los días siguen su curso y, cuando quiero darme cuenta, estoy en mi última jornada de trabajo, despidiéndome de mis compañeros y de los niños del centro. Me marcho a casa con un sabor agridulce, ya que comienzo mis merecidas vacaciones, pero dejo atrás un trabajo que me encanta. Llego a casa y, al ver que estoy sola, llamo a Erika. Tras cinco minutos de llamada en los que todos mis amigos pasan por el teléfono, salgo nuevamente para reunirme con ellos.

—Mirad quién llega. La de los ojos verdes —dice Sam cogiéndome en volandas.

—No sé por qué no os casáis ya, tortolitos —comenta Nadia mientras Sam y yo nos miramos y reímos.

—¿Estos dos? —suelta Erika—. No lo digas ni en broma, si cuesta soportarlos por separado, imaginaos cómo tiene que ser si están juntos.

Todos, incluidos Sam y yo, nos reímos.

Durante nuestro primer año de carrera, y parte del segundo, Sam y yo estuvimos saliendo juntos. No funcionó, y ahora es mi mejor amigo. Disfrutamos de la compañía del otro y, como nos conocemos muy bien, podemos darnos los mejores consejos.

La noche pasa entre cervezas, risas y bailes alocados, así que a la mañana siguiente amanecemos todos con un nada agradable dolor de cabeza. El día consta de idas y venidas de casa

de uno a otro. Hoy es nuestra graduación y estamos como locos por terminar con todo de una vez.

—¿Estáis visibles? —pregunta William antes de entrar a la habitación donde Christina y yo nos estamos arreglando.

—Estamos dándonos el lote. No entres, Willie —le digo. Pero él abre la puerta y entra.

—Eres una mentirosa redomada, Ainhoa. —Sonríe y me agarra por la cintura—. Me acaba de llamar Sam, él y las chicas ya van a salir de tu casa.

—Bueno, pues si Chris se pone los zapatos, podemos irnos. —La miramos ambos y ella sonrío.

—Estoy en ello —dice mientras se los pone—. Ya está, vamos.

Salimos del piso de Chris en dirección a la universidad. Está cerca, así que vamos caminando agarradas cada una de un brazo de Willie. Al llegar, nos juntamos con el resto de nuestros compañeros de máster y, en su mayoría, también de carrera. La ceremonia transcurre con normalidad y con la sobriedad que conlleva este tipo de eventos. A la salida nos vamos todos de cena y después, como no podía ser de otra manera, de fiesta.

—¿Te marchas ya? —me dice Sam con la corbata anudada en la cabeza, como la mayoría de mis compañeros, mientras recojo mi chaqueta y mi bolso del guardarropa.

—Sí, ya he avisado a Erika. Mañana tengo el vuelo a Madrid temprano, así que nos vemos en Ibiza. Le sonrío mientras me pongo el abrigo. Me rodea la cintura y me atrae hacia él.

—Quédate un rato más, podemos pasarlo muy bien, preciosa.

Sé que ha bebido más de lo aconsejable y, aunque no sería la primera vez desde que lo dejamos que disfrutamos juntos, no creo que sea buena idea.

—Es mejor que hoy me vaya a casa, Sam. —Me acerca más a él y me besa.

—Está bien, te dejaré marchar por esta vez. —Me sonrío y le devuelvo la sonrisa mientras salgo del local en dirección a mi piso.

Durante todas las horas de vuelo que unen Nueva York con Madrid, no he podido dejar de pensar ni un solo instante en el desagradable momento que me espera al llegar a casa. Seguramente, mi padre tenga algo que decir sobre mi viaje, y su querida y dulce esposa Beatriz también se pronunciará. Como cada vez que vuelvo desde hace ocho años, no puedo evitar sentir que realmente ese no es mi hogar. Al morir mi madre todo empezó a complicarse, y la llegada de Beatriz a nuestras vidas solo empeoró la situación.

—Ainhoa querida, es un placer tenerte de nuevo en casa —me dice Beatriz en cuanto entro.

—Gracias, Beatriz, ¿está mi padre? —le pregunto en el tono más insulso que puedo.

—Sí, está esperándote en su despacho.

—Gracias —digo mientras me encamino hacia allí.

Me paro a tomar aire antes de entrar. Como otras veces, vuelvo a tener la sensación de que mi padre ha descubierto que he estudiado una carrera que él nunca aceptaría, y que además he estado todo un año trabajando gracias a eso. Inspiro profundamente un par de veces más y llamo a la puerta. Cuando me da paso, entro.

—Buenas tardes, papá. Acabo de llegar del aeropuerto. —Noto la tensión en mi espalda.

—Hola, Ainhoa, bienvenida a casa. —Se sienta más erguido en su silla y me indica con la mano que tome asiento—. Enhorabuena por haber terminado con éxito el máster. No esperaba menos de ti.

—Gracias, papá.

—No me las des, era tu deber. —Como siempre, mi padre derrocha amabilidad por los cuatro costados—. Ya me ha comentado Fernando los planes que tenéis su hija y tú para este verano. Como ya esperarás, no lo apruebo, pero como Leo irá con vosotras de vez en cuando, no puedo negarme.

—No debes preocuparte, papá. No montaremos ningún escándalo, no somos unas niñas.

—Ya lo veremos. Bueno, vamos a hablar de tu futuro en la empresa.

—¿No crees que es mejor que lo hablemos mañana? —digo, aunque sé que no va a darme ni un minuto de respiro.

—Imposible. Mañana me marcho con Fernando a una importante reunión en París. —Me mira esperando a que vuelva a interrumpirle, pero no digo nada—. Bien. Dentro de unos años te convertirás en una de las accionistas mayoritarias, y serás la codirectora de la empresa con uno de los hijos de Fernando, así que comenzarás a trabajar el primer día del mes de septiembre. Leo será quien te diga cómo debes empezar y supervisará tu trabajo, aunque puntualmente estarás directamente bajo mi dirección.

—Está bien. ¿Puedo marcharme a descansar? —pregunto sin muchas ganas.

—Por supuesto. Nos vemos a tu regreso de las vacaciones, y, Ainhoa, no hagas que me avergüence de ti.

Salgo del despacho con ganas de irme y no volver nunca más, pero es la única familia que tengo, así que me dirijo a mi cuarto a descansar.

Los dos días que paso aquí se convierten en cuarenta y ocho interminables horas. La compañía de Beatriz no hace más que incrementar mis ganas de desaparecer de esta casa para siempre, porque si ya es insoportable cuando está mi padre, cuando él se va se convierte en un auténtico monstruo y no se molesta siquiera en disimular lo mucho que me detesta.

Al llegar al aeropuerto para tomar el avión con destino a mis ansiadas vacaciones, me encuentro con mis amigos y no puedo evitar llorar de la emoción. No suelo llorar, y menos en público, pero no he podido contener las lágrimas cuando los he visto. Todos me abrazan y me besan hasta que la sonrisa vuelve a mi cara y comenzamos nuestra pequeña aventura.

Nada más llegar a la que será nuestra casa en estos dos meses, corremos como locos para elegir las habitaciones y terminamos saltando encima de todas y cada una de las camas como si fuésemos niños. Yo dormiré en la última de ellas.

—Venga, sinvergüenzas. Dejad mi cama de una vez —les digo intentando recuperar el aliento y sin dejar de sonreír.

—Nos vamos, porque tenemos que deshacer las maletas —responde Erika riendo—. Pero volveremos.

Salen todos de mi cuarto excepto Sam, que se acerca a mí y me coge las manos.

—No quiero ser el aguafiestas, pero no quiero verte llorar más. —Me acaricia la cara con una mano y pasa la otra por mi cintura mientras acerca su boca a mi frente para darme un beso—. Si necesitas hablar con alguien, estoy en la puerta de enfrente.

Le sonrío y le abrazo.

—Lo sé. No descartes la posibilidad de que aparezca con un pañuelo lleno de mocos y dos regaderas por ojos en mitad de la noche. —Ambos reímos—. En serio, no tienes que preocuparte, ya sabes que mi relación en casa es complicada, pero sé vivir con ello.

—Todavía no entiendo por qué no te largas de ahí y haces lo que quieras, pero no insistiré más. —Me sonrío y me mira con esos ojos azules que me hacen recordar miles de instantes nuestros—. Te dejo para que puedas deshacer la maleta.

Vuelve a besarme en la frente y se va.

En momentos como este, siempre me surge la duda de si Sam y yo hicimos lo correcto al dejar de estar juntos. Le quiero mucho y siempre que lo necesito está ahí para mí, lo mismo que yo para él. No entiendo por qué nunca llegamos a enamorarnos si somos perfectos el uno para el otro. Muchas veces bromeamos sobre nuestro futuro en común, y una noche en la que ambos bebimos más de la cuenta firmamos un contrato que estipula que si a los cuarenta ambos seguimos solteros, nos casaremos.

Al terminar de acomodarnos, salimos a comprar todo lo necesario para llenar la despensa y, tras cenar la pasta especial que prepara Nadia, salimos de fiesta. Bailamos y reímos como auténticos locos en varios locales. En cada uno de ellos, y como es habitual en mí, comienzo a hablar con muchos desconocidos, lo que divierte a mis amigos. A las cinco de la mañana solo quedamos Sam, Erika y yo. Los otros tres han desaparecido tras conocer al amor de su vida por esta noche.

Nos encaminamos a casa y, cuando llegamos y nos ponemos el pijama, Erika y yo nos vamos a la cama de Sam. Comenzamos una guerra de almohadas contra él y finalmente dejamos de atacarle cuando accede a que durmamos en su cama.

Despierto rodeada por dos brazos y dos piernas y tardo unos segundos en reconocer de quiénes son. Miro a mi izquierda y veo a mi mejor amiga durmiendo a pierna suelta. A mi derecha, Sam ha comenzado a moverse. Le hago una seña para que no haga ruido y salimos de la cama en dirección a la cocina sin que Erika se inmute. Desayunamos en un agradable silencio. Como los demás siguen durmiendo, nos ponemos el bañador y nos dirigimos a la playa que hay frente a la casa.

Tomamos el sol hasta que nos entra hambre y regresamos para comer. Ninguno se ha despertado todavía, así que preparamos nosotros la comida. Mientras una sopa de verduras se cocina en el fuego, cogemos un par de almohadas y empezamos a espabilar a los otros a golpe limpio. Sam y

yo estamos muertos de risa, aunque a ellos no les ha hecho ninguna gracia nuestra agradable forma de despertarlos. Sabemos que será la guerra, que nos la van a devolver, pero nos da igual.

Después de comer, salimos todos juntos a la playa y nos lo pasamos como auténticos enanos. Saltamos, corremos, nos hacemos ahogadillas y también tomamos el sol. Cuando nos entra hambre entramos a preparar la cena y después salimos de nuevo de fiesta.

Los días pasan rápido con la rutina que, sin pretenderlo, nos hemos marcado. Despertar, comer, playa, fiesta y así sucesivamente. Llevamos dos semanas de vacaciones y ya conocemos a los habituales de las fiestas de la zona. A excepción de Erika y de mí, todos han encontrado varias veces al amor de su vida. Nosotras no paramos de reír cada vez que alguno de nuestros amigos nos viene con la frase. Hoy estamos recogiendo y limpiando todo lo que no hemos limpiado desde que estamos aquí, pues en un rato llegará Leo para controlarnos. Se va a quedar un par de días y en ese tiempo tendremos que tener más cuidado.

—¿Dónde están mis dos chicas favoritas? —pregunta nada más entrar por la puerta.

—¡Leo! —grita Erika mientras corre en dirección a su hermano—. Mira, ellas son Nadia y Chris, y ellos, Sam y Willie, bueno, y a esa petarda de ahí ya la conoces.

Leo se acerca para saludarme.

—Estás tan guapa como siempre —me dice mientras sonrío al ver que Erika pone los ojos en blanco.

—Muchas gracias, Leo. Tú también estás muy guapo.

Aunque son hermanos, Leo y Erika solo tienen en común el color rubio de su pelo. Él es muy alto, y ella, más bajita que yo, que mido 1,70. Él es fuerte, y ella, de constitución mucho más fina. Erika tiene los ojos castaños, como su padre, y Leo, los impresionantes ojos grises de su madre. Los dos son como la noche y el día.

Pasamos la tarde en la playa con Leo. Aunque nos divertimos, tratamos de controlarnos mucho con nuestras bromas y continuas salidas de tono. Tras la cena, decidimos salir de fiesta y es ahí cuando todos nos quedamos boquiabiertos. Leo, que suele ser todo calma cuando no conoce a las personas con las que sale, comienza a beber y a desinhibirse tanto que, aunque solo son las dos de la mañana, por el bien del resto Erika y yo decidimos que es mejor llevarle a casa. Convenzo a mi amiga para que ella se quede a disfrutar durante un rato más y yo me marchó con Leo. Cuando le estoy dejando en su habitación comienza a reírse como un loco.

—¿Sabes una cosa, Ainhoa? Algún día, tú y yo nos casaremos y tendremos unos hijos preciosos. Tú serás feliz, yo seré feliz y nuestros padres lo serán todavía más. —Se levanta de la cama, se acerca a mí y me agarra por la cintura—. Eres hermosa.

—Leo, creo que debes meterte en la cama y descansar. —Intento zafarme de sus brazos, pero no puedo—. Leo, suéltame y vete a la cama. Mañana hablamos, te lo prometo.

Él niega con la cabeza.

—Déjame darte un beso, por favor, Ainhoa. Sé que lo deseas tanto como yo.

—Leo. —Pongo mis manos en su pecho y le miro a los ojos—. No es el momento, suéltame.

—¡Eh, tío! Suéltala —escucho gritar a Sam a mi espalda. Leo me suelta. Me mira y luego le mira a él.

—Perdóname, Ainhoa, no sé qué me ha pasado.

—No importa. —Le agarro un brazo y le doy un beso en la mejilla—. Descansa.

Salimos de la habitación y, en silencio, Sam me acompaña a mi cuarto. Entra detrás de mí y cierra la puerta.

—No quiero oír nada. Voy a dormir contigo y punto —me dice muy serio, y no puedo evitar reír.

—Está bien, ogro. —Se ríe—. Gracias por luchar por mi honor, caballero andante, pero, aunque te cueste creerlo, Leo no iba a hacer nada sin mi permiso. Lo conozco y jamás hubiese intentado algo que yo no quisiese.

—No estoy tan seguro de eso y no voy a darle opción. Me pongo el pijama y vuelvo rápidamente.

A la mañana siguiente me despierto atrapada por el cuerpo de Sam, que se ha tomado en serio lo de cuidarme. Sonríe y me voy a desayunar. Todos siguen durmiendo, así que desayuno sola en el jardín mientras pienso en lo que pasó la noche anterior con Leo. Siempre he sabido que mi padre y Fernando albergan la esperanza de que él y yo terminemos formando una familia, pero lo que no podía imaginar era que Leo quisiese lo mismo. Nunca me he planteado verle de esa manera. Para mí, Leo es algo parecido al hermano mayor que nunca tuve. Solía defendernos a Erika y a mí de los gañanes de nuestro instituto, y yo creía que lo hacía porque me quería como a una hermana. Perdida en mis pensamientos estoy cuando alguien me pone la mano en el hombro. Me sobresalto y me giro. Ahí está Leo. Tiene ojeras y cara de malestar.

—Buenos días, Leo, ¿qué tal estás? —le pregunto como si no hubiese pasado nada la noche anterior.

—Mucho mejor de lo que merezco, pero aun así parece que me hubiera atropellado un camión. —Se sienta a mi lado con una taza de café—. Ainhoa, anoche...

—Tranquilo, no pasa nada —le corto para que no lleguemos a una situación más incómoda—. Todos nos emborrachamos alguna vez. —Le sonrío y bebo un sorbo de mi café.

—Eres un sol.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando al mar. Unos minutos después, vuelve a hablar.

—Probablemente no debería insistir, pero quiero que lo sepas. —Me giro para mirarle—. Me gustas mucho, Ainhoa, siempre me has gustado y quizás ahora no sea el mejor momento, pero voy a intentar conquistarte, porque tú eres lo único que siempre he tenido claro que quería en mi futuro.

Cuando termina de hablar me da un beso en la frente y entra de nuevo a la casa. Me quedo sin palabras. No sé qué debo hacer ahora porque, para empezar, nunca me he planteado ver a Leo de

una manera romántica. Esto va a complicar mucho las cosas, especialmente si mi padre se entera, ya que en ese caso, sin ninguna duda, pondrá todo su empeño en que esté con Leo, y ahora mismo no es lo que yo quiero. Sé que cualquiera en mi situación impediría que su padre le controlase la vida, pero ceder en algunas cuestiones es la única manera de que el mío y yo sigamos teniendo relación. En el momento en que deje de hacer lo que él quiere, me echará de casa y adiós a nuestro poco contacto, y, la verdad, no sé si estoy preparada para quedarme sin el único familiar que tengo en el mundo. Pego la cabeza contra la mesa del jardín y me quedo así hasta que una voz me sobresalta.

—¿Tengo que entrar a romperle los dientes al niño pijo? —dice Sam mientras se sienta a mi lado y me coge las manos.

—No. —Sonrío—. Es solo que la cosa se ha complicado y no sé cómo continuar. —Suspiro—. ¿Podemos dejar esta conversación para otro momento? No me encuentro con fuerza para tenerla ahora.

Me levanta de la silla y me sienta en sus piernas.

—Ainhoa, voy a esperar a que estés bien, pero como ya me huelo por dónde va esto, quiero que sepas que mi casa es la tuya y lo sabes. Nunca vas a estar sola.

Apoyo mi cabeza en su hombro y él me abraza fuerte.

—Gracias, Sam. —Le miro a los ojos y veo cómo se acerca para besarme.

—¡Puajjj! No me digáis que estáis otra vez juntos. —Erika y su sensibilidad. Sonrío a Sam y me acurruco más.

—No estamos juntos, pero este chico sabe abrazar. Déjanos en paz, petarda. —Los tres reímos.

El resto de los días en que Leo está con nosotros son muy raros. Salimos a pasear en lugar de quedarnos tantas horas en la playa y siempre termina caminando a mi lado. Sam, que no me quita los ojos de encima, acaba invariablemente al otro e incluso me coge la mano o me pasa el brazo por los hombros, pero Leo no parece darle importancia. La mañana en que se marcha, pasa por mi habitación para despedirse. Yo aún estoy durmiendo.

—Ainhoa, ¿estás visible? —dice asomando solo un poco la cabeza por la puerta.

—Pasa —digo con voz somnolienta y sin saber quién es.

—¿SE PUEDE SABER QUÉ HACE ESE EN TU CAMA? —grita y cierra la puerta. Me despierto de golpe y me incorporo rápidamente. Sam levanta la cabeza para mirarle y luego vuelve a tumbarse.

—No es lo que piensas, Leo —intento explicarle mientras salgo de la cama.

—¿Que no es lo que pienso? ¿Con qué cara voy ahora a Madrid y le cuento esto a tu padre? —Está acelerado y empieza a ponerme nerviosa.

—No tienes que decirle nada a mi padre porque aquí no está pasando nada —respondo en el tono más pausado que puedo.

—¿De verdad esperas que me lo crea, Ainhoa?

—Mira, tío —Sam acaba de incorporarse en la cama—, aquí no pasa nada. ¿Sabes por qué

duermo con ella? Porque la otra puta noche te pusiste demasiado pesado. —Se levanta rápido para acercarse como una fiera a Leo. Yo me apresuro a meterme en medio—. No iba a dejar que durmiese sola con un imbécil que no paró de insistir cuando ella le dijo no, durmiendo a dos habitaciones de distancia. ¿Lo pillas ya?

Leo se queda alucinado y nos mira a uno y otro alternativamente. Puedo ver cómo se tensa su mandíbula y casi oír el sonido de los engranajes de su cabeza yendo a toda velocidad. Fija su vista en mí.

—¿Podemos hablar tú y yo a solas un momento? —pregunta. Me giro hacia Sam y asiento para que nos deje.

—Grita y vengo corriendo —dice Sam. Luego me agarra por la cintura y me da un beso en la sien. Cuando se ha marchado, Leo empieza a hablar.

—No veo apropiado que duermas con un tío al que apenas conoces, Ainhoa, me parece que no sabes lo que estás haciendo, y lo que me parece aún peor es que hayas pensado que podría entrar aquí a propasarme contigo. —En sus ojos veo su desconcierto.

—Yo no pensé que fueras a hacer eso, Leo —pongo mi mano en su brazo para enfatizar más mis palabras y que sienta que no le temo—, pero después de la escena de la otra noche, Sam, al que conozco hace seis años, por cierto, no quiso dejarme sola. Es mi mejor amigo, no un desconocido, y me cuida.

Él resopla.

—No voy a decirle nada a tu padre, tranquila. Pero prométeme que serás una chica cuidadosa, porque no quiero tener problemas con tu padre. Si cuando vuelva veo algo extraño, tendré que contárselo, y estoy seguro de que adelantará la llegada de tu escolta.

—Perdona..., ¿mi escolta? —Estoy alucinando.

—Claro, ¿no te lo ha dicho? —Niego con la cabeza y él frunce el ceño—. En cuanto Erika y tú empecéis a trabajar en la empresa tendréis un escolta, que hará además de chófer y de lo que haga falta. —Le miro desconcertada—. Bueno, tengo que irme. —Se acerca a mí, me da dos besos y un abrazo que le devuelvo enseguida—. Cuídate, por favor.

Me da un último beso en la frente y sale de mi habitación.

Acabo de quedarme absolutamente alucinada por la revelación de Leo. A partir de ahora no solo tendré que aguantar a mi padre y a su mujer, también deberé lidiar con un maldito guardaespaldas. Me siento frustrada. Me pongo el bikini y me marcho a nadar a la piscina del jardín.

Desde que Leo se fue la semana pasada, no he vuelto a ser la misma. Ríe y hago bromas, pero mi cabeza no está al cien por cien con mis amigos. He hablado con Sam acerca de todo lo ocurrido y también se lo conté a Erika. La conversación con Erika fue extraña, aunque se puso de mi lado. No entendía a Leo. Ni siquiera fue capaz de imaginar que Leo no me viese como una

hermana. Con Sam fue otro cantar: terminamos discutiendo. Él quiere que mande todo al garete de una vez y comience mi vida sin la influencia de mi padre. No es la primera vez que discutimos por esto, de hecho, esa fue una de las razones por las que decidimos que era mejor terminar la relación.

Por la noche, en la fiesta, decido centrarme en mis amigos y en mis vacaciones. Ya tendré suficiente cuando vuelva a Madrid. Me río como no lo he hecho en toda la semana y las bromas salen de nuevo de mi boca.

—Me alegro de que vuelvas a estar con nosotros y no perdida —me dice Sam.

Le sonrío y sigo bailando con Erika y Nadia como si no hubiese un mañana. Estamos todos con ese punto alegre que da la bebida justo antes de que empieces a emborracharte. Bailamos y gritamos con la música y, como locos, nos acercamos a la barra a pedir una nueva ronda de chupitos.

—Tía, mira qué dos macizos hay ahí. —Erika señala a dos chicos que no hemos visto en todo el tiempo que llevamos en la isla.

—No me digas que el de los ojos claros es el amor de tu vida. —Empiezo a reírme como una loca mirando a los chicos, que realmente son muy atractivos.

—Ese para ti, para mí el otro. —Sonríe con cara de tramar algo y la veo venir—. Podrías ir a hablar con ellos y me lo presentas. Además, están mirándonos.

Me vuelvo en esa dirección y veo que, efectivamente, ambos nos miran.

—Chicas, vuestro chupito —dice Willie tendiéndonos uno a cada una.

Brindamos mientras seguimos riendo. Suena en ese momento una canción que nos hace mucha gracia y Sam me agarra y comenzamos a bailar pegados, como si sujetásemos un papel invisible entre nosotros. No puedo dejar de reír y, en cuanto el baile termina, Erika me agarra y me señala a los chicos de antes.

—Vale —accedo—, en dos minutos los tienes aquí.

Me acerco a los dos, que no han dejado de mirarnos. Aunque no puedo distinguir bien el color dentro de la discoteca, el de ojos más claros parece que fuera a comerme con la mirada y me entra una risa descontrolada. Tengo que parar a respirar y me giro hacia Erika, que hace aspavientos para que continúe.

—Hola, me llamo Ainhoa. No os había visto antes, ¿acabáis de llegar a la isla?

—Hola, yo soy Isaac. Y este es mi amigo Guille. Sí, hemos llegado hoy, ¿eres de aquí?

—No, pero llevamos ya muchos días. —Sonríe ampliamente—. No trato de ligar con vosotros, solo ser amable. —Me río al ver que el tal Guille me está dando un buen repaso—. Si queréis, venid con nosotros, prometo que os lo pasaréis muy bien.

Isaac mira a Guille.

—De acuerdo, vamos, pero si bailas una canción conmigo —me propone Guille y yo le tiendo la mano.

—Trato hecho.

Vamos a donde está el resto de mis amigos y se los presento, entre las miradas lascivas que mis amigas les dedican y la risa floja que tengo encima. Cuando acabo las presentaciones, Guille me coge de la mano y me acerca a él.

—Me debes un baile, rubita. —Me río y bailo con él.

Es un chico muy serio, y puedo ver en sus ojos a un gran luchador. Quizás sea el alcohol, pero al mirarle advierto una conexión especial con él, de esas que se sienten muy pocas veces. En cuanto termina la canción, Sam me agarra por la cintura y me levanta dándome vueltas. No puedo dejar de reír y cuando casi nos caemos pienso que voy a ahogarme de risa. La noche es genial, nuestros nuevos amigos congenian enseguida con nosotros, sobre todo Isaac, que es un bocazas como yo. Les invitamos a que pasen por nuestra casa al día siguiente e Isaac acepta enseguida por los dos.

Capítulo 2

Me despierto con un golpe en la cara. Pienso que se trata de un sueño, pero recibo otro, y otro, y otro más. Abro los ojos y ahí están Willie y Nadia dándome almohadazos para que me despierte. Me da la risa y me doblo en dos de tanto reír. Willie y Nadia se miran y vuelven a mirarme.

—A esta aún le dura el pedo de anoche —dice Willie.

—Te he oído, William —le advierto intentando respirar con normalidad.

—Vamos a por el de enfrente, levanta tu culo y ve a la cocina, que la comida ya está.

—Sí, señor —respondo muerta de risa.

Comemos en el jardín y, una vez que hemos terminado, esperamos a nuestros nuevos amigos para ir a la playa. Como es habitual, al llegar empiezan las bromas, las carreras y las palabras malsonantes. Isaac y Guille están alucinados. Pensaban que la noche anterior íbamos tan borrachos que por eso hacíamos las tonterías que hacíamos, y ahora, al vernos sobrios haciendo lo mismo, acaban de concluir que definitivamente estamos fatal de la cabeza. Isaac no tarda en unirse a nosotros en el agua y en nuestros juegos, pero Guille permanece en la toalla, mirándonos. Me acerco a él para convencerlo.

—Hola, ¿por qué no te vienes un rato? —le propongo mientras me ato el pelo empapado en una coleta.

—Creo que ya pasé la etapa de jugar como un adolescente en la playa.

Vaya, pienso, o es un poco borde o está enfadado.

—Ya, juegos de adolescentes, ¿no? —le digo. Él asiente con la cabeza—. Bueno, tú te lo pierdes, pero, para que veas que soy una buena persona y que no te dejo abandonado bajo este sol de mil demonios, voy a refrescarte.

Me mira levantando una ceja y yo, rápidamente, me tiro encima de él y lo empapo por completo. Luego me levanto y salgo corriendo hacia el agua mientras mis amigos vitorean mi hazaña. Isaac se acerca a mí.

—Tía, los tienes bien puestos —dice riendo—. Le cuesta un poco abrirse a la gente, pero es buen tío.

Entonces mira por encima de mi hombro y sonríe ampliamente, tiene una sonrisa preciosa.

—Has despertado a la bestia.

Me giro y veo que Guille se acerca lentamente a mí. No puedo evitar sonreír al ver que viene con el ceño fruncido.

—¿De verdad me has mojado y te has ido corriendo? —Asiento sonriendo—. Te perdono si

esta noche bailas otra vez conmigo. —Me tiende la mano.

—Trato hecho.

Se la estrecho y tira de mí hasta que quedo muy pegada a él. Mi corazón se acelera al notarle tan cerca y juro que puedo sentir una corriente que nos atraviesa a ambos. Me mira a los ojos y allí es donde veo que él también la ha sentido, pero mi sorpresa llega cuando, sin previo aviso, me sumerge en el agua. Cuando vuelvo a la superficie mis amigos e Isaac se desternillan y descubro una leve sonrisa en los labios de Guille. Se acerca y me susurra al oído.

—Te la debía.

Continuamos las bromas y los juegos y paramos cuando el estómago de Willie ruge terriblemente. Cenamos y salimos. Bailes, cervezas, chupitos, risas, más cervezas... Disfrutamos como enanos.

Los días siguen pasando, Isaac y Guille ya son parte de nuestro grupo. Los conocemos un poco más personalmente. Isaac es de Boston y ha estado en la Armada estadounidense hasta hace un par de años. Ahora trabaja en Madrid, aunque no ha querido contarnos en qué. Es muy simpático y está loco por Erika. Ella también está loca con él y más de una noche se ha metido en mi cama para contarme que le encanta el pelo castaño de Isaac y que sus ojos hacen juego porque son exactamente del mismo tono castaño. Alaba sus músculos y le encanta que sea tan alto como Sam. Con Guille es otro cantar. Sabemos que es de Madrid y que se fue a Boston, donde conoció a Isaac. También ha estado en la Armada y acaba de dejarla. No nos ha hablado de su familia. Isaac sí. Tiene una hermana más pequeña a la que adora, y a su madre y a su padre los quiere con locura.

Guille me intriga. En sus ojos, de un precioso azul claro, puedo ver dolor y lucha, y creo que eso es lo que me llama de él. Pero la mayoría de las veces su mirada es fría y no deja ver nada de su interior. Paso mucho tiempo con él porque al resto les incomoda un poco su seriedad. Me cae bien, aunque no cuente mucho de sí mismo.

Ha pasado ya algo más de una semana desde que adoptamos a Isaac y Guille como parte de nuestro grupo. Leo vuelve hoy. No puedo negar que estoy un poco tensa, no sé qué esperar de esta nueva visita. Llegará por la noche, para cenar, y yo llevo todo el día muy nerviosa. Sam lo nota y Guille también.

—Estás así porque viene él, ¿verdad? —me pregunta Sam sentado a mi lado en la playa. Guille está con nosotros.

—Sí. No puedo evitarlo. De lo que él cuente a su vuelta dependerá la poca libertad que tengo. Ya lo sabes.

Sam me agarra y me da un beso en la sien.

—¿Tu libertad depende del hermano de tu amiga? —pregunta Guille confuso.

—Es una larga historia, pero sí. —Resoplo mientras me llevo la mano a la cabeza.

—Ese tío es un gilipollas —le dice Sam a Guille. Yo pongo mala cara y a punto estoy de contestarle que no es así, pero él me corta—. No le defiendas, Ainhoa. Yo estoy pendiente, pero

mejor que tú me ayudes, tío. Mientras esté ese, no podemos dejar a la rubita sola. Además, y aunque me jode en el alma, no puedo acercarme demasiado a ella cuando está él, porque iría a su viejo con el cuento de que estamos juntos, cosa que ya has visto que no es cierta.

—Sam, déjalo. Leo no va a hacerme nada, pesado, y además sé defenderme sola. No me hace falta un guardaespaldas.

—No entiendo nada. —Guille me mira buscando en mis ojos la respuesta, pero desvío rápido la mirada—. De todas maneras seré tu guardaespaldas con Sam.

Resoplo y dejo de mirar a este par de exagerados.

Cuando finalmente Leo llega, la tensión me ha provocado un tremendo dolor de cabeza. Todos se van de fiesta, pero yo me quedo en casa. No estoy de humor. A las cuatro de la mañana oigo que la puerta de mi cuarto se abre y me incorporo rápidamente para encender la luz de la mesilla.

—No voy a dejar que duermas sola con ese cerca.

Es Sam.

—Es mejor que te vayas, si te ve aquí se lo dirá a mi padre. Te repito una vez más que Leo no me va a hacer nada. —Me mira desde la puerta y pienso que le he convencido cuando se gira hacia la misma, pero lo único que hace es echar el pestillo.

—No. —Se mete en la cama a mi lado y coge mi cara entre sus manos—. No voy a dejar que ese tío te ponga las manos encima. —Acerca mi cabeza a la suya y me besa. En ese momento alguien llama a la puerta de mi habitación e intenta entrar.

Sam y yo nos levantamos. Le digo que se esconda detrás de la puerta porque no quiero otro numerito con Leo. Cuando abro me sorprende mucho. Delante de mí está Guille. Asomo la cabeza al pasillo y tiro de él dentro de la habitación.

—¿Qué haces aquí? —le digo mientras cierro y echo de nuevo el pestillo.

—Venía a hacerte compañía hasta que llegue Sam, porque acabo de acompañar al niño pijo ese hasta la casa en condiciones bastante lamentables. Pero ya veo que Sam está aquí y que sobro. —Se acerca a la puerta y le agarro del brazo.

—Sam acaba de llegar. —No sé por qué siento la necesidad de aclararlo—. Gracias por haber venido hasta aquí, de verdad.

Esboza una leve sonrisa, mira a Sam y su gesto vuelve a ser serio.

—Buenas noches, chicos. —Se da la vuelta y se marcha.

Cierro de nuevo con el pestillo y me meto en la cama. Sam me sigue y se mete también. Me abraza y pega su pecho contra mi espalda.

—A ese tío le molas —suelta de repente.

—¿Yo? ¿A Guille? —Sonrío tontamente, ¿qué me pasa? Me pongo seria de nuevo—. No lo creo.

—Ainhoa, está claro, le molas, y mucho. —Me gira y quedamos frente a frente—. Y, o mucho me equivoco, o a ti también te mola él.

Todavía está la luz de la mesilla encendida y puede verme la cara. ¿Me gusta Guille?

—Te conozco casi mejor que tú misma, rubita, no lo olvides. —Me sonrío y le sonrío como respuesta.

—Es verdad, el adivino Sam en acción.

Se acerca y me besa.

Pasamos más tiempo del que deberíamos besándonos y cuando su boca se separa de la mía ambos tenemos la respiración agitada. Sé por qué se ha separado Sam, porque lo hemos hecho otras veces, pero en este momento le necesito. Me acerco y esta vez soy yo la que le beso. Convertimos los besos suaves en puro fuego, y cuando recupero un poco de cordura ambos estamos desnudos y yo encima de él. Hacemos el amor y después dormimos abrazados.

Cuando me despierto, Sam ya no está en mi cama. Me levanto y voy a desayunar. Leo y Erika están hablando tranquilamente.

—Buenos días, ¿café? —me dice Erika sonriendo.

—Sí, por favor. —Me siento frente a ellos—. ¿No es muy temprano para dos trasnochadores como vosotros?

—Tenía ganas de pasar algo de tiempo con mi hermana, y aquí, si no es a estas horas, resulta imposible. Estáis todo el día rodeadas. —Me mira muy serio.

—Bueno, pues entonces me marchó al jardín.

—¡Oh, no! Tú no molestas, eres mi hermana —me dice Erika mientras me guiña un ojo.

Pasamos el resto de la mañana riéndonos los tres como solíamos hacer en Madrid. La tensión entre Leo y yo desaparece casi por completo, y creo que a Leo se le habrá pasado ya la tontería de la última vez. Pero esa misma tarde descubro que estoy equivocada. Guille, Sam, Chris y yo nos dedicamos a una especie de competición de saltos. Chris y yo nos subimos a los hombros de Sam y Guille y saltamos. Nos reímos y volvemos a la carga para intentar superarnos continuamente, hasta que Leo se mete al agua con nosotros. Sam y Guille se tensan inmediatamente y yo intento quitarle hierro al asunto.

—Hombre, Leo, ¿tú también vienes a saltar? —le digo mientras me acerco a él y miro a mis dos amigos para que se tranquilicen.

—No, no me apetece mucho dar saltos hoy, voy a nadar un poco. —Estira un brazo y toca el mío—. ¿Una carrera como en los viejos tiempos?

—Claro que sí. Chicos, ¿os apuntáis a una carrera? —pregunto mirando al resto.

Pero ninguno quiere unirse a Leo. Nado lo más rápido que puedo hasta la boya donde hemos marcado el final de la carrera. Cuando llego, Leo ya está allí y yo tengo que apoyarme exhausta contra la baliza para no hundirme.

—Está claro que estoy en baja forma —anuncio con una sonrisa—. Creo que este es un buen sitio para quedarme el resto de la tarde.

A Leo le entra la risa.

—Me acabas de recordar la vez que tuve que llevarte encima hasta la orilla porque en una carrera acabaste sin aliento y con un calambre.

Se ríe más fuerte y no puedo evitar reírme también. Siento los ojos de Guille y Sam clavados en mi nuca.

—No descartes esa posibilidad, me duele hasta el alma. —Me pongo la mano en el corazón mientras sonrío y me dejo hundir. Noto que me coge del brazo y me saca del agua. Abro los ojos y compruebo que estamos demasiado cerca. El corazón me da un vuelco. ¿Qué me pasa?—. No me ahogaba de verdad. Era una broma.

Apoya su frente en la mía.

—Me habías asustado.

Me separo un poco de él y comienzo a nadar de vuelta a la orilla.

—¡Si no empiezas a nadar, voy a ganarte! —grito.

Salgo del agua y voy hasta la toalla. Sam tarda dos segundos en acercarse. Me mira y niega con la cabeza. Después se sienta a mi lado y se queda en silencio, contemplando el mar.

—Dilo o vas a explotar —le pido.

—Es que no entiendo por qué coño vas con él si sabes lo que hay. Casi te come la boca y no creo que fuese lo que tú querías.

—No puedo dejar de pasar tiempo con él, Sam. Somos amigos desde que nací y es muy importante para mí. —Me recojo el pelo en una coleta—. No sé qué es lo que quiero en este momento, y por eso voy a intentar retrasar sus movimientos lo más que pueda.

Se gira y me mira furioso.

—¿Retrasar? Ainhoa, no me jodas. ¿Vas a salir con él porque es lo que quiere tu padre?

Se levanta hecho una furia.

—Yo no he dicho eso...

—Tu padre terminará por amargarte del todo la existencia porque tú le dejas. ¡Joder! Yo no puedo más.

Le veo marcharse y apoyo la cabeza en las rodillas. Me echo a llorar y permanezco en esa postura bastante tiempo, para que nadie me vea. Cuando consigo parar y me siento capaz de enfrentarme a las preguntas de los demás, levanto la cabeza. Guille está a mi lado. No lo he oído llegar.

—No entiendo de qué va todo esto, pero me da mucha pena verte llorar.

Me acerca a él y me abraza. Entierro mi cabeza en su cuello, aspiro su aroma y poco a poco me voy sintiendo más cómoda. Me retiro lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Prometo que te lo contaré, pero ahora necesito irme de aquí.

Se separa de mí, se levanta y me tiende la mano.

—Ven conmigo. Te vendrá bien salir un poco de este ambiente.

Paso por casa para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Acompaño a Guille hasta el apartamento que él e Isaac tienen alquilado y espero a que él también acabe de ducharse y cambiarse. Cuando termina, salimos a pasear por la isla.

Hablamos acerca de cosas sin importancia y, para mi sorpresa, el siempre callado Guille me

cuenta algo más de su vida. Me explica que no conoció a su padre y que la relación con su madre era muy especial hasta que la perdió hace un par de años. Siento que para él es muy importante decir esto, puedo ver en sus ojos que realmente es así. Paramos de caminar y nos sentamos en un muro frente al mar. Me estremezco por la intimidad que estamos compartiendo y Guille me pasa el brazo por encima y me acerca a su cuerpo cálido y musculado. Apoyo mi cabeza en su hombro y le cuento mi vida. Le cuento lo mucho que quería a mi madre, cuánto me dolió su pérdida y cómo desde entonces mi padre se ha convertido en un tirano al que le importa bien poco lo que yo quiera. Hablo de Beatriz, del odio que nos profesamos, de mis dos carreras y de mi trabajo en Nueva York. Cuando termino de hablar, le miro y por primera vez siento que alguien comprende lo que sucede dentro de mí.

—Creo que es mejor que te acompañe ya a casa, antes de que Leo saque sus conclusiones.

Vuelvo a apoyarme en él, que me estrecha un poco contra sí.

—Está bien, vamos.

—Si no quieres contestarme porque me estoy metiendo donde no me llaman, dímelo —me dice nada más levantarnos y comenzar a andar. Yo asiento—. ¿Sam y tú sois algo más que amigos?

Sonríó ampliamente y niego con la cabeza.

—Fuimos pareja durante algo más de un año. Nos dimos cuenta de que nos queríamos mucho, pero nunca funcionaríamos como pareja, y desde entonces es mi mejor amigo. No puedo negar que hemos tenido nuestros acercamientos, pero ambos sabemos que no podemos ser más que amigos.

—Te quiere mucho, lo puede ver cualquiera.

—Yo también le quiero mucho.

—Ahora entiendo mejor por qué reacciona así ante Leo. —Se para, porque ya estamos frente a la casa—. Esta noche, si Sam no se queda contigo, lo haré yo. Ese Leo no me da buena espina.

Me quedo alucinada. Sonríó sin querer. No sé por qué, pero me gusta que se preocupe por mí.

—De acuerdo, pero sois unos exagerados. Leo no es malo. Anda, vamos a entrar antes de que salga alguien y nos meta por los pelos. —Sonreímos.

—Que lo intenten.

La cena es algo extraña. Si no fuese porque Willie e Isaac no paran de bromear, sería un auténtico infierno. Sam sigue enfadado conmigo y ni siquiera me mira. Cuando salimos de casa, el ambiente es un poco mejor, pero aun así no es el de siempre. A las tres, viendo que sigue cargado, anuncio que me voy a casa. Guille habla con Sam y finalmente es Guille quien me acompaña. Voy a la habitación de Sam y cojo un pijama para Guille, entro en mi cuarto y se lo doy, después voy al baño para cambiarme yo. Al volver, no veo a Guille hasta que me giro para cerrar la puerta y lo descubro pegado a la pared.

—¡Qué susto me has dado! —Doy un pequeño salto al verle y él sonríe.

—No sabía quién entraba, por eso me he puesto aquí.

Cierro la puerta con el pestillo y me acerco a la cama. Guille no se mueve.

—¿Quieres que te traiga en brazos o puedes caminar tú solito?

Levanta una ceja y sonrío de medio lado.

—¿Me estás invitando a tu cama?

—Es más cómoda que el suelo, y no podría dejar que duermas ahí tirado.

Abro la cama del lado donde debería acostarse y se acerca para meterse dentro.

—Es la primera vez que voy a dormir en una cama con una mujer sin haber tenido nada con ella.

Su afirmación y el tono con el que habla hacen que me dé la risa y no puedo parar.

—¿Nunca? ¿En serio? —digo aún entre carcajada y carcajada.

—Nunca. ¿Tan gracioso te parece?

Asiento.

—Bueno, para todo hay una primera vez.—Y, dicho esto, nos disponemos a dormir.

He de decir que esta ha sido una de las noches que mejor he descansado. Despierto con su musculado pecho pegado a mi espalda y uno de sus fuertes brazos rodeándome la cintura. La intimidad de ese gesto hace que me sonroje. Me muevo para levantarme y él hace lo mismo. Me mira, un poco desorientado, y cuando se ubica me da los buenos días. Le acompaño hasta la puerta de la casa y me despido de él con un beso en la mejilla. Me sujeta por la cintura y pienso que va a besarme. Le miro a los ojos y puedo ver cómo duda. Roza sus labios contra los míos y se marcha.

Cierro la puerta y me apoyo en ella tocándome los labios y sonriendo. Subo al cuarto a cambiarme de ropa para ir a la piscina al terminar el desayuno. Termino de vestirme y estoy empezando a bajar las escaleras cuando oigo pasos detrás de mí. Me giro con tan mala suerte que me tuerzo un tobillo y bajo las escaleras rodando.

—Ainhoa, ¿estás bien? —grita Sam mientras baja corriendo las escaleras—. Joder, no quería asustarte.

—Me duele mucho el tobillo. —Se agacha y lo toca—. ¡Aaaah! Para, para, que me duele.

—Va a ser mejor que vayamos al médico.

Muy a su pesar, Sam va a avisar a Leo para que nos acompañe. Nos dirigimos a una clínica privada, como no podía ser de otra forma tratándose de Leo, y enseguida me atienden. Consigo que me dejen entrar sola y, tras hacerme una radiografía, el doctor da el diagnóstico. Esguince de grado tres, el más grave de los esguinces en el tobillo. Tendré que llevar una odiosa escayola entre cuatro y seis semanas y rezar para que finalmente no haya que operarme.

Vuelvo a la casa desolada. Leo ha llamado a mi padre para contarle lo de mi mala pata, nunca mejor dicho, y, por supuesto, salgo hacia Madrid ya mismo, en el primer vuelo. Con Leo. Sam y Erika me ayudan a hacer la maleta e insisten en venirse conmigo, pero me niego.

Me marchó con Leo. Por el camino intenta que le hable, pero estoy muy cabreada con él y muy triste por no haber podido despedirme de las chicas, de Willie, de Isaac y, por supuesto, de Guille.

Cuando entro a la que siempre fue mi casa, nadie sale a recibirme. Me encamino a mi habitación y Leo me acompaña con la maleta. Me dejo caer en la cama y me coloco boca abajo. Noto la mano de Leo en mi cabeza. No me giro.

—Voy a avisar a tu padre de que ya hemos llegado.

No le contesto y él se marcha.

Grito contra la almohada y tengo ganas de morirme. No voy a poder aguantar un mes entero en esta casa, con Beatriz y mi padre. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Leo salió hasta que mi padre entra en el cuarto.

—La cena estará lista en media hora, ¿puedes bajar o le digo a alguien que te la suba? —me dice. Me giro lentamente y me incorporo en la cama.

—No tengo hambre.

—Te subirán algo, Leo me ha dicho que los calmantes que te han dado son fuertes y tienes que comer. —Esta faceta de padre preocupado no le pega nada—. ¿Te duele mucho?

—Bastante, pero puedo soportarlo.

—Mañana iremos a ver al doctor que te hará el control aquí.

Estoy alucinando en colores, desde que mi madre murió nunca se ha preocupado por mí, ni siquiera cuando a los dieciséis años tuvieron que operarme de las amígdalas.

—Está bien —le digo. Él me da una palmada en la pierna sana, se levanta y se va.

Paso el resto del día sola en mi habitación, pensando en lo que me ha ocurrido. Me parece muy lejano el beso que nos dimos Guille y yo esta mañana. Cada vez que pienso en ello, una sonrisa aparece en mi cara, pero luego, al caer en la cuenta de que nunca más volveré a verlo, me entran ganas de darme cabezazos contra la pared. Después de cenar un bocadillo ligero que la nueva cocinera me ha traído, me tomo la medicación y me meto en la cama. Aunque la medicina que me han recetado me deja adormilada, no consigo dormirme del todo. Sobre las cuatro de la mañana, mi móvil empieza a vibrar en la mesita de noche. Miro la pantalla y sonrío al ver que es Erika. Probablemente estén todos borrachos reunidos alrededor del teléfono. Sonrío de nuevo y descuelgo.

—Hola, Erika, ¿ya me echas de menos? —saludo. A lo lejos se escucha música.

—¡Ainhoaaaaaa! —oigo gritar a todos.

—Trae eso. —Es Willie—. Pata chula, nos hemos bebido unos chupitos a tu salud, ¿cuándo vuelves?

—No puedo volver, Willie. Allí no tengo al sargento para vigilarme.

—Yo te... —oigo un forcejeo en el teléfono.

—Ojos azules a ojos verdes, ¿me recibes? —Esa es Nadia.

—Claro, ojitos, dime.

—Has descompensado la paridad de la casa. Ahora somos impares, eso es un mal augurio.

Sonrío por sus manías y oigo cómo el teléfono vuelve a cambiar de manos.

—Amooooor, te necesito conmigo —me suelta Erika, aunque al fondo escucho a Isaac decir

«Me tienes a mí, preciosa», y también «Ainhoa, yo te la cuido».

—Al parecer, estás muy bien acompañada. —Me río y ella también lo hace.

—Sinvergüenza, te has ido sin despertarme —me recrimina Chris.

—No me ha dado tiempo, te lo juro, Chris, te lo compensaré.

—Iré a tu casa a por una copa de helado doble que... —Otro ir y venir del teléfono.

—¿Cómo está la chica más guapa del grupo? —dice Sam.

—Me duele un tobillo y estoy encerrada en casa... He estado mejor, la verdad.

—Lo siento mucho, Ainhoa, no fue mi intención asustarte de esa manera.

—No fue tu culpa, soy un maldito pato andando, lo sabes. Me tropiezo con mis pies más veces de las que quiero reconocer. —Lo oigo carcajearse al otro lado del teléfono y sonrío.

—Tienes razón, eres un poco patosa. Te echamos de menos, vamos a irnos antes de lo previsto para pasarnos unos días a verte, así que más te vale convencer a tu padre o acampamos en tu jardín. —Me río.

—Veré qué puedo hacer.

—Muy bien, guapa. Te dejo descansar, que estos se van sin mí. Un beso. —Cuelga.

Me siento un poco decepcionada por no haber escuchado a Guille. ¿Qué me pasa con ese chico? Dejo de nuevo el teléfono en la mesita y me dispongo a dormir. Aunque he de decir que tardo bastante en conseguir abandonarme en los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente, cuando volvemos del médico, mi padre me comunica que estaremos solos todo el mes, ya que Beatriz se ha ido de vacaciones con sus amigas. Asiento con la cabeza, aunque por dentro estoy saltando y bailando de alegría. Le pregunto si pueden quedarse en casa mis amigos unos días, al final del mes, le explico que quieren verme para asegurarse de mi buen estado, y, para mi sorpresa, accede sin rechistar. No sé si nota mi asombro, pero esboza una leve sonrisa que me deja todavía más alucinada. Nada de lo que está pasando desde que llegué me parece normal.

Capítulo 3

Los días pasan más rápido de lo que en un principio había esperado. La ausencia de Beatriz es un gran alivio, y que mi padre me trate con una pizca de cariño, no mucho, pero algo es algo, hace que estar en casa no sea tan incómodo. Lo único que consigue ponerme un poco nerviosa es el acercamiento que Leo está intentando conmigo. Viene todas las tardes a verme y poco a poco se toma más confianzas de las que nunca hemos tenido. Es cierto que el verano pasado no le habría dado más importancia, pero desde que me dijo que deseaba que algún día fuese su mujer las cosas han cambiado. Mi padre le invita a cenar todos los días y entonces me doy cuenta de que estoy perdida.

Por fin llega el día en que mis queridos amigos vienen a casa. Nada más llegar, Sam y Willie se acercan corriendo y me aprietan tanto que creo que van a partirme en dos. Después es el turno de las chicas, que me llenan de besos y abrazos más suaves. Les acompaño a sus habitaciones. Como siempre, Erika dormirá conmigo.

Mientras los demás se acomodan en sus respectivos cuartos, Erika y yo nos quedamos hablando en el mío. Me cuenta cómo ha avanzado con Isaac, hasta tal punto que han decidido seguir viéndose aquí, en Madrid. Mi loca amiga se está enamorando, puedo verlo en sus ojos, y le advierto de que no vaya demasiado deprisa para no terminar mal parada. Me muero de ganas de preguntarle por Guille, pero me aguanto y bajamos al salón a esperar a los otros.

Aparece mi padre y se queda hablando con nosotras. Cuando llegan los demás, se los presento y espero a que haga algún comentario hiriente, pero como viene siendo habitual desde que volví de Ibiza, me sorprende que no diga nada y que, además, les dé la enhorabuena por haber superado el máster. Erika también se queda alucinada. Cuando se marcha a su despacho, salimos todos al jardín. Mis amigos hablan sin parar, me cuentan un montón de historias y me río tanto que termina doliéndome la tripa. En todas esas historias aparece Isaac, pero a Guille apenas le nombran. Y decido preguntar por él.

—¿Guille no estaba con vosotros? Porque casi no habéis dicho nada de él. —Me encojo de hombros para quitarle algo de importancia.

—Sí estaba, pero ya sabes —responde Willie imitando mi gesto de antes—. Es muy raro y normalmente no se mete en nuestros juegos.

Asiento y continúan contándome mil cosas más.

Esa tarde, Leo no aparece y yo se lo agradezco infinitamente. Necesito tiempo con mis amigos. Cenamos en el comedor con mi padre y, de nuevo para mi sorpresa, la conversación fluye. Por

primera vez en mucho tiempo le veo cenar sin su pose estirada y su ceño fruncido. Erika me mira sin salir de su asombro, porque el que está cenando con nosotros no parece mi padre. Tras la cena, todos se van a dormir menos yo, que me quedo en el jardín. Sam sale al poco tiempo y se sienta a mi lado en el suelo. Me pasa un brazo por los hombros y me aprieta contra él. Pongo mi cabeza en su hombro y no puedo evitar pensar en el día en que le conté, en resumen, mi vida a Guille en esa misma postura. Sonrío como una idiota recordando la calidez de su cuerpo musculado.

—Nunca me imaginé que tu padre fuese tan poco ogro —dice Sam sacándome de mis pensamientos.

—La verdad es que me tiene alucinada. Desde que he vuelto de Ibiza está más pendiente de mí, e incluso ha sido amable con vosotros. Estoy esperando el momento en que la burbuja revienta.

Escondo la cara en su cuello.

—Eh, sabes que tienes opción a escapar de esta mierda cuando quieras. Mi casa es la tuya. Además, ahora viviré en Londres con Willie y a él tampoco le importaría que estuvieses con nosotros.

Levanto la cabeza para mirarle y veo que sonrío.

—¿Os han dado el trabajo? —pregunto. Sam asiente—. Oh, ¡eso es genial! Necesito vuestra dirección en cuanto tengáis un lugar fijo, para poder ir a veros. Vamos a tener que sincronizar las vacaciones del verano que viene para repetir el viaje de este año. Prometo no romperme nada.

Sam se carcajea abiertamente.

—Pss, si nadie se accidenta, el viaje no es lo mismo. —Ahora es mi turno de reírme.

Permanecemos en silencio hasta que decidimos irnos a dormir. Me ayuda a subir las escaleras y me acompaña hasta la puerta de mi habitación.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, desayunamos y salimos en dirección al parque de atracciones. Yo les digo que les espero en casa, pero no les convengo y allí que me llevan en una silla de ruedas para que no tenga que ir con las muletas. Vamos en mi coche y en el de Erika. Sam conduce el mío y Nadia y yo nos morimos de risa cada vez que le entra el pánico y dice, a voz en grito, que su cerebro no es capaz de entender que debe conducir por el lado que no es.

Llegamos a la entrada del parque sin dejar de reír. Ahora ya dice que su cerebro está en coma tras el esfuerzo por controlar los impulsos para cambiarse de carril. Esperamos a que lleguen los demás y cuando los veo aparecer pienso que los ojos se me van a salir de su sitio de la sorpresa. Con Erika, Chris y Willie vienen Isaac y Guille. Ambos me saludan y se interesan por mi tobillo. Isaac, además, me regaña porque no me despedí de él.

Entramos y Willie, que está fatal de la cabeza, empieza a correr empujando mi silla. No sé si reír o llorar. Me decanto por reír y parecemos dos trastornados con la silla. Hacemos cola para un montón de atracciones y, aunque no me subo a todas porque no quiero terminar de romperme el pie, me lo paso como una enana. Decidimos comer en uno de los restaurantes del parque. Willie empieza a ligar con todas las chicas que se cruzan en su camino y yo no puedo dejar de reír. Tras la comida, quieren ir a un par de atracciones a las que no debo subir, así que, después de mucho

insistir, me dejan quedarme en una zona de descanso y me sorprende —sí, últimamente no hago más que sorprenderme— al ver que Guille se queda conmigo.

—¿Cómo estás? —me pregunta después de un rato de silencio.

—Estaría mejor si pudiese caminar sin esto, pero no puedo quejarme. —Le sonrío y me devuelve la sonrisa. Creo que voy a morir al volver a ver esa sonrisa tan bonita.

—¿Qué fue lo que hiciste para romperte el pie? —Frunce el ceño mientras habla.

—Oh, bueno, soy un poco pato andando. Cuando me disponía a bajar las escaleras noté que alguien venía detrás. Me giré a mirar y al hacerlo me torcí el pie y caí rodando. Como puedes ver, soy todo *glamour*. —Le hago una extraña reverencia desde mi silla y, al ver que se ríe, sonrío también.

Seguimos bromeando un buen rato y me siento tan bien con él que no quiero que este momento termine nunca, pero con la llegada de Erika e Isaac mi gozo acaba en el pozo. Guille vuelve a ser el chico de hierro que apenas sonrío y que participa poco con el resto. Isaac coge las empuñaduras de mi silla, le dice algo a Erika y me empuja corriendo entre la gente. Cuando para y dejo de reír, estamos a unos metros de mis amigos. Isaac se pone delante de mí y se agacha para quedar a la misma altura.

—Esto va a sonar raro —le miro esperando que me pida la mano de Erika o cualquier chorrada por el estilo—, no sé por qué se ha abierto contigo, pero es algo que no hace casi nunca. He visto cómo se reía y eso solo lo hace con quienes le conocemos de siempre. No le hagas daño, por favor.

Se incorpora rápidamente sin darme tiempo a contestar. Erika y Guille llegan a nuestro lado y nos unimos al resto del grupo. La tarde pasa, al igual que la mañana, entre risas y bromas. Cuando nos entra hambre, decidimos ir a una pizzería fuera del parque para cenar. Guille e Isaac, que habían venido en moto, llegan mucho antes que nosotros. Mi coche lo lleva Nadia esta vez. Al llegar decido caminar con las muletas y evitar así que alguno de mis amigos salga corriendo conmigo por la ciudad.

El día está siendo perfecto. Nos despedimos de los chicos y vamos a mi casa. Nada más entrar, mi padre me ordena ir sola al salón, y allí está Beatriz de nuevo. La saludo y, acto seguido, mi padre me echa una buena bronca por llegar tan tarde y sin avisar. Intento disculparme, pero no me da opción. Al día siguiente mis amigos se tienen que ir. Subo a mi habitación frustrada y muy cabreada. Allí están Sam y Erika esperándome.

—No podía durar mucho la tregua. —Erika me sonrío, triste, desde la cama y Sam me abraza.

—Mañana nos iremos, pero tienes que prometerme que vendrás cuando seas capaz de irte de aquí. —Le miro, también triste—. Ainhoa, no dejes que te ahoguen en esta casa, por favor.

Sam se marcha a su cuarto y Erika y yo nos metemos en la cama. No puedo dormir y, en cuanto oigo que la respiración de mi amiga es mucho más pausada y profunda, me echo a llorar. Me siento humillada y poco valorada en mi propia casa. Sam me pide que no les deje que me ahoguen, pero la realidad es que ya me tienen asfixiada. Estudié lo que mi padre quiso, en unos días

empezaré a trabajar en algo que no me gusta y, muy probablemente, terminaré viviendo mi vida al lado de la persona que mi padre decida que es la más conveniente para mí para no perderle a él también. Me quedo dormida en algún momento de mi llantina.

—Prométeme que vendrás a vernos, «zorrasca» —me dice Christina al oído cuando me abraza para despedirse.

—Lo prometo. Iré a Nueva York a veros. —Me sonrío ella y Nadia también.

—Como no vengas a vernos a nosotros, volveré y te llevaré de los pelos —me amenaza Sam mientras me levanta y me da vueltas en el aire. Sonrío.

—Iré por ver a Willie, no a ti. —Willie se carcajea y me da un beso en la mejilla mientras Sam aún me sostiene en el aire.

—Eso me ha dolido, ojitos. —Me guiña un ojo y me da un suave beso en los labios—. Voy a extrañarte, apiádate de mí y envíame mensajes, llámame o lo que sea.

—Lo prometo, y ahora marchaos antes de que el general salga a decir lo indecoroso que es que un hombre me sostenga en brazos. —Todos se ríen y finalmente se marchan.

Por la tarde Leo vuelve a visitarme. He de reconocer que no soy muy buena compañía hoy y me disculpo con él por haber sido más seta que persona. Es muy amable y le quita importancia. Beatriz le invita a cenar con nosotros y él acepta encantado. Tras las mil y una insinuaciones de mi madrastra sobre lo buena pareja que hacemos y un millón de cosas más, me disculpo y me marcho a mi cuarto. No soporto más tantas tonterías.

Los siguientes dos días son más de lo mismo, la única diferencia es que uno de ellos Erika viene a visitarme y me cuenta lo bien que le va con Isaac.

El día que tengo que ir al médico, lo hago sola. Si mi padre no me acompaña, mucho menos lo va a hacer su mujer. Me retiran el yeso y las vendas y, tras hacerme las pruebas pertinentes, me mandan unos días de rehabilitación para recuperar el movimiento normal del pie. Aunque cojeo un poco, ya puedo caminar sin las engorrosas muletas, y eso me hace sentir algo mejor.

Para celebrar que vuelvo a tener mi pie en movimiento, me acerco a un centro comercial del barrio de Carabanchel. Suelo ir porque está fuera de la vista de mi padre, Beatriz y los asquerosamente pijos de sus amigos. Entro en algunas tiendas y me compro un par de cosas que me gustan. Después decido tomarme un helado, me acuerdo de Chris y me hago una foto con mi helado para enviársela.

Cuando llego a casa no hay nadie. Voy a mi habitación y me pongo el bañador. Cojo mis cascos, un libro y me relajo en las tumbonas que hay junto la piscina, en el jardín. Estoy muy tranquila hasta que aparece mi padre. Me informa de que al día siguiente, sábado, debo acompañarle a un cóctel de la empresa para ir conociendo a la gente. Ni siquiera me pregunta por el tobillo y, aunque estaba acostumbrada a su falta de preocupación, me siento decepcionada.

A lo largo del día mis amigos me llaman y me envían multitud de mensajes. Ellos sí están realmente preocupados por mí. Hablo con Erika y me dice que también irá al cóctel. Eso me consuela, porque además me ayudará a elegir la ropa y a peinarme y maquillarme un poco.

Después llega Leo. Se mete un rato conmigo en la piscina y me distrae. Vuelve a cenar en mi casa, y esta vez espero a que se marche para retirarme educadamente a mi cuarto.

—Estás muy guapa, así ligas fijo —me suelta Erika mientras se ríe y me guiña un ojo.

—Desde que estás enamorada, te has vuelto tremendamente chistosa. —Le sonrío—. ¿Crees que tu padre aceptará vuestra relación?

—La verdad, me da igual. Voy a hacer lo que quiera con mi vida. Que se contente con haberme obligado a estudiar una carrera que no me gusta y con que trabaje en su odiosa empresa. —Pone los ojos en blanco y me enorgullezco al ver que, por lo menos ella, tiene la posibilidad de rebelarse.

—Te olvidas del guardaespaldas que tendrás a partir del lunes. —Abre la boca sorprendida—. ¿No lo sabías? —Niega con la cabeza—. Pues sí, me lo contó tu hermano cuando estábamos en Ibiza. Las dos tendremos uno de esos.

Vamos al dichoso cóctel y juro que si no llega a ser porque Erika está conmigo, hubiese muerto de aburrimiento. Nos presentan a un montón de gente que no deja de pelotearnos y que, probablemente, piensa que nunca seremos competentes para realizar nuestro trabajo. Leo se acerca a nosotras en varias ocasiones, incluso bailamos con él, eso sí, por turnos. Cuando se nos permite irnos, él nos lleva a casa. Muy caballeroso, me acompaña hasta la puerta y se despide de mí con un beso en la mano. Evito ponerle los ojos en blanco, que es lo que realmente quiero hacer, y esbozo una leve sonrisa antes de entrar.

El domingo me quedo en casa, sola todo el día, y me siento tan en paz que cuando a la hora de la cena aparecen mi padre y Beatriz hasta sonrío sinceramente.

El lunes estoy muy nerviosa. Me despierto antes de que suene la alarma y, cuando mi padre termina de prepararse para salir, yo ya estoy lista desde hace más de media hora. Llegamos al edificio donde se encuentran las oficinas centrales del grupo empresarial de mi padre y Fernando. Poseen empresas de diferentes tipos, pero a Leo, a Erika y a mí nos toca trabajar en la sede central, donde se toman las grandes decisiones y se llevan realmente los temas importantes de todas ellas. En definitiva, trabajaremos en lo más aburrido de todo. Subimos a la planta y entramos en una sala de juntas donde ya nos esperan Fernando y Erika.

Durante más de una hora, nos explican cuáles serán nuestras funciones en los próximos quince días —supliremos cada una a las asistentes de nuestros respectivos padres, que están de vacaciones— y qué haremos después. Nos dicen, oficialmente, que a partir de ahora tendremos personal de seguridad individual que también ejercerá de chófer. Asentimos a todo lo que nos están imponiendo y cuando, por fin, la reunión está terminando, mi padre llama a su guardaespaldas para que traiga a los nuestros y así conocerlos.

En el momento en que los veo entrar por la puerta, pienso que se trata de una maldita broma. Miro a mi amiga e intuyo que piensa lo mismo. A ellos no se les nota la sorpresa, pero diría que

tampoco se lo esperaban. Fernando se acerca a ellos y les tiende la mano. Mi padre hace lo mismo y después Fernando nos los presenta.

—Erika, él es Isaac y será la persona que a partir de ahora se convertirá en tu sombra. Deberá acompañarte a todos los sitios, y ya te digo desde este momento que no hay discusión posible. Ainhoa, querida, él es Guillermo y será quien te acompañe a ti.

Dicho esto, Isaac y Guille desaparecen tan rápido como habían llegado. Mi padre y Fernando nos dan cinco minutos para centrarnos e incorporarnos al trabajo y, acto seguido, también se van. En cuanto cierran la puerta de la sala de juntas, miro a Erika y comenzamos a reírnos de tal forma que terminamos llorando y todo. La situación es tan increíble que espero despertarme del sueño en cualquier momento. Pero no es un sueño.

Mi padre enseguida me pone muchas tareas. Trabajo incansable toda la mañana y ni siquiera salgo a la hora de la comida. Me tomo un bocadillo de una de las máquinas expendedoras que hay en la planta y sigo con la montaña que mi padre me ha dado. A las cinco y media de la tarde, entro de nuevo a su despacho y, orgullosa, le digo que ya he terminado. Se queda sorprendido y así me lo hace saber, pues pensaba que tardaría dos días. Como recompensa, me deja marcharme, aunque queda media hora para que la jornada termine. Le mando un mensaje a Erika para decirle que recojo mis cosas y me marcho. En la puerta del edificio, el chico de seguridad me llama.

—Señorita Ainhoa.

—¿Sí?

—Su chófer la espera en el garaje. —Se me había olvidado por completo.

—Cierto, ha sido un despiste. Gracias. —Doy media vuelta y me encamino al garaje.

Allí están Guille e Isaac hablando con los chóferes de mi padre, Leo y Fernando. Cuando me ven, todos me saludan y, muy profesional, Guille me abre la puerta del coche. Se despide de los demás y se sube él también. En cuanto salimos del garaje no espero más para hablar.

—Para el coche —le digo lo más seria que puedo. Lo detiene a un lado y me bajo para volver a subirme en el asiento del copiloto. Me mira e intenta ocultar una sonrisa.

—Señorita, es inapropiado que se siente aquí.

—¡Por Dios, cállate! —Sonrío—. Arranca y llévame al parque Emperatriz María de Austria.

—¿Eso no está en un barrio demasiado pobre para ti? —pregunta extrañado.

—Para la gente que rodea a mi padre sí, a mí me encanta. —Sonrío y veo que él lo hace también, levemente—. No sabía que fueses personal de seguridad y chófer.

—Y no lo era hasta que empecé a trabajar para tu padre. Que, por cierto, no tenía ni idea de que era tu padre. —Me río—. Tenías que haber visto a Isaac cuando salimos del despacho tras conoceros, oficialmente. ¡Estaba pálido! —Me río con más ganas y él hace lo mismo.

—Para cara, la nuestra, casi no fuimos capaces de esperar a quedarnos solas para poder reírnos a gusto.

Suena mi móvil y suspiro al ver que es Leo.

—Tengo que responder —le digo y él asiente—. Hola, Leo, dime. —Guille se tensa casi

imperceptiblemente.

—Hola, hermosa. He ido a buscarte para tomar algo y celebrar tu primer día, con mucho éxito, por lo que he oído, y resulta que ya te habías ido. ¿Estás en casa?

—No, verás, Leo, estoy haciendo unos recados ahora mismo y tardaré en volver, pero puedes venir a cenar a casa, seguro que a mi padre y a su mujer no les importa.

—Tengo una idea mejor. Voy a llamar a tu padre y vienes a cenar conmigo. Te doy la dirección y que te lleve tu chófer. Cuando te deje dile que se puede ir, que ya te acercaré luego a tu casa.

—Está bien. Hasta luego, Leo. —Cuelgo y me hundo un poco en mi asiento.

—¿Problemas? —pregunta Guille.

—Oh, no. Era Leo, voy a cenar con él esta noche. —Guille detiene el coche y me doy cuenta de que hemos llegado—. Ven a pasear conmigo.

—No puedo, estoy trabajando —dice muy serio.

—Ya lo creo que puedes, yo no soy una pija estirada, así que, venga, sal del maldito coche y haz que vuelva Guille el simpático. —Sonríe y sale del coche.

Damos un largo paseo, hablamos de todo y nada. Nos reímos mucho y me siento tan cómoda a su lado que el tiempo se me pasa volando. Volvemos de nuevo al coche y me lleva hasta el restaurante donde tengo que cenar con Leo. Para unas calles antes para que me cambie en la parte de atrás y se baja a abrirme la puerta en la entrada del restaurante. Cuando voy a salir, me tiende la mano para ayudarme y me da un apretón antes de dejarme ir.

La cena con Leo no está nada mal, pero después de haber pasado la tarde con Guille cualquier cosa que haga me va a saber a poco. No voy a hacerme ilusiones con algo que nunca podrá ser, pero Guille me hace sentir de una manera especial, y cuando estoy con él me siento libre y feliz. Me da miedo que estos sentimientos no sean reales, que se trate solo de una válvula de escape, y eso me pone triste.

Tal y como Leo me dijo, después de la cena me lleva a casa y, al igual que hizo el sábado, me acompaña hasta la puerta y me besa la mano para despedirse. Entro y me voy directamente a mi habitación.

El resto de la semana es casi igual, salgo a trabajar en el coche con Guille, cumplo con todo el trabajo que mi padre me da, que he de decir que no es poco, salgo a comer con Erika a un restaurante algo alejado de la oficina al que nuestros guardaespaldas nos acompañan y, como no están en una zona de influencia de nuestros padres, comen con nosotras. Volvemos al trabajo, al salir me voy a dar una vuelta con Guille y después a casa.

El sábado me levanto más tarde que el resto de la semana. Desayuno en el jardín y tengo que soportar a mi querida madrastra, que aparece cuando estoy terminando. Habla sin parar sobre Leo. Se le nota que quiere deshacerse cuanto antes de mí. Yo me limito a asentir cuando es necesario y aprovecho una breve pausa para excusarme y volver a la tranquilidad de mi cuarto. Me siento en una hamaca en la pequeña terraza de mi habitación y me pongo a leer un rato. Mi padre viene a interrumpirme nada más empezar mi lectura.

—Ainhoa, necesito que bajes a mi despacho. Trae tu agenda.

Cojo lo que me ordena, además de un bolígrafo y mi móvil, y voy. Llamo a la puerta y espero paciente a que me dé paso. En cuanto entro y me siento, comienza a decirme un montón de cosas que debemos hacer a lo largo de la semana. Además, el miércoles él tiene que ir a uno de los hoteles pertenecientes al grupo y no volverá hasta el viernes, así que las reuniones que tenía el miércoles por la tarde y el jueves quedan bajo mi responsabilidad y también de Leo. Me informa igualmente de que si esta semana trabajo tan bien como la anterior, me mandará a otra planta de la empresa, donde está la editorial y se edita la revista del grupo. Allí seré la responsable de ambas cosas. Pienso en que a Leo le costó un año que le diesen tanta responsabilidad y me siento muy orgullosa de haberlo conseguido en tan solo dos semanas.

Salgo del despacho muy contenta. Como con mi padre y su mujer y después me marcho a pasear. Como siempre, me voy lejos de su alcance y termino en el parque Europa. Paseo entre las réplicas de los monumentos más emblemáticos de Europa y cuando ya vuelvo hacia el coche suena mi móvil. Respondo sin mirar quién es.

—¿Sí?

—Hola, petarda, ¿cenamos juntas? —Es Erika.

—Por supuesto, ¿quieres que te recoja?

—No, te espero ya allí. Te mando la dirección y vente ya.

—Estás impaciente por verme, ¿eh? —La escucho reír al otro lado—. Bueno, mándame la dirección y ya voy. Hasta ahora.

Cuelgo y, cuando estoy en el coche, recibo el mensaje de Erika. Me extraña que me haya citado en esa zona, pero luego caigo en la cuenta de que, probablemente, ella habrá quedado con Isaac después de la cena. Arranco y voy al encuentro de mi amiga.

Cenamos hablando de cómo nos hemos sentido en la primera semana de trabajo y también de Isaac. Solo hace un mes que se conocen y mi amiga está ya perdidamente enamorada. La he visto con varios chicos en estos años, pero nunca con ninguno como la veo ahora con él. Solo el brillo que adquieren sus ojos cuando lo nombra es extraordinario.

Salimos del restaurante en dirección a un local donde ha quedado con Isaac. Cuando llegamos, aún no está, así que me quedo acompañando a mi amiga. Llevamos ya media hora cuando aparece acompañado de Guille. Se me hace un nudo en el estómago al verlo. Soy consciente de que cada día me gusta un poco más y también sé que nunca podré estar con él. Les sonrío y me levanto de mi silla para irme a casa.

—¿Por qué te vas? —pregunta Guille mientras frunce un poco el ceño—. Todavía es muy temprano.

—Estoy cansada, ha sido un día agotador. —Miento, me voy para no pasar más tiempo con él.

—Te acompaño hasta el coche —propone y, cuando abro la boca para contestar, me interrumpe—: Es tarde para que una chica ande sola por ahí.

No protesto más. Le doy un beso a Erika y otro a Isaac y salgo del local seguida de Guille.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a mi coche. Paramos delante de él y le miro para despedirme. Está muy guapo, para variar, con su pelo castaño, algo más largo que cuando le conocí, pero aun así bastante corto, sus ojos azules y esa postura de perdonavidas que tiene constantemente.

—Gracias por acompañarme, pero no hacía falta. —Le sonrío.

—Es mi trabajo. —Sonríe de medio lado y yo hago un mohín que le hace agrandar más la sonrisa—. Era broma, no estoy de servicio. —Me guiña un ojo.

—Ja, ja, qué gracioso. Bueno, me marcho. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Él mientras me agarra la cintura y me aprieta contra él un poco. Me suelta y me subo al coche.

Espera a que arranque para volver hasta donde están nuestros amigos. Durante todo el trayecto, siento calor allí donde Guille me ha tocado. Otra vez esa sonrisa de idiota está en mi cara. Cuando entro en casa, todavía sonriendo, Beatriz me ve y me pregunta a qué se debe tanta alegría. Miento y le digo que a una divertida conversación con Erika. Le doy las buenas noches y me voy a mi cuarto. En cuanto me meto en la cama, mi móvil vibra. Lo cojo y leo el mensaje que acaba de llegarme.

¿Has llegado o no sabes ir en coche sin tu chófer?

Es Guille. La sonrisa vuelve a mi cara.

A todo lo bueno se acostumbra una, pero he sabido llegar. Llámalo buena suerte si quieres.

No tarda en responder.

No tienes mucho a la suerte, que todo se acaba. Descansa, rubita.

No le contesto nada más. Dejo mi móvil sobre la mesita de noche y me dispongo a dormir.

Noto que alguien me toca un brazo y me mueve. Abro un poco los ojos y la sorpresa me hace abrirlos del todo e incorporarme rápidamente en la cama.

—Buenos días, dormilona. —Es Leo quien ha venido a despertarme.

—Buenos días. ¿Qué hora es? Y no te molestes, pero ¿por qué vienes tú a despertarme?

—Son las once de la mañana y vengo a despertarte porque llevo media hora esperándote y, como no bajabas, Beatriz me dijo que subiese a por ti. —Asiento varias veces.

—¿A qué debo tu visita? —pregunto aún sin entender muy bien por qué tanta prisa por verme un domingo.

—Odio estropear el día, pero necesitamos preparar cosas para las reuniones del miércoles y el jueves, y como hasta entonces estarás ayudando a tu padre, he pensado que era mejor dejar todo preparado hoy. —El día está mejorando a cada instante, y eso que solo hace cinco minutos, o menos, que me he despertado.

—Está bien. —Me levanto de la cama—. Espérame aquí, voy a darme una ducha rápida, a por algo a la cocina y empezamos. Si necesitas ir abajo a por algo aprovecha ahora, que cuando me centre ya no te voy a dejar levantar el culo de la silla. —Se ríe y salimos ambos de la habitación.

El día está repleto de papeleo. Trabajar con Leo está muy bien. No nos descentramos ni una sola vez y puedo comprobar que es muy profesional. Bajamos en un par de ocasiones a consultar con mi padre algún detalle que nos queda colgando y cuando terminamos y le enseñamos todo lo que hemos preparado, nos da la enhorabuena por el buen trabajo. Como recompensa, nos invita a cenar fuera y también se apuntan Fernando y Rosa, los padres de Leo. Erika no viene, según Fernando, ha salido con unas amigas. Yo sé que esas amigas son un tío de metro noventa, pelo y ojos castaños, muy cachas y, de profesión, guardaespaldas.

Toda la cena se centra en el trabajo. Rosa y Beatriz charlan sobre moda, fiestas y ese tipo de cosas. Intentan incluirme en la conversación, pero yo estoy más cómoda hablando de trabajo con los hombres. Al terminar, Leo insiste en llevarme a tomar un helado en compensación por haberme quitado un día de descanso y, finalmente, acepto.

Mi relación con Leo vuelve a ser la misma de antes de Ibiza. Somos buenos amigos y nos lo pasamos bien juntos. Sin malos entendidos ni dobles intenciones. Así no me cuesta nada pasar tiempo con él, y la verdad es que disfruto mucho. Terminamos el helado y me acompaña a casa.

Capítulo 4

La semana se me está haciendo un poco cuesta arriba. El lunes y el martes he trabajado muy duro adelantando todo lo que las reuniones de hoy y mañana me impedirán hacer. Por si fuera poco el tute, he tomado la firme decisión de no involucrarme más con Guille, ya que la única que terminará mal parada en esa historia seré yo. Así que como sola todos los días y, tras mis largas jornadas, termino pasando en casa mucho más tiempo del que deseo. Hoy la cosa no va mucho mejor. Mi padre ha estado toda la mañana de un humor terrible y, para cuando se marcha, el mío también deja bastante que desear.

—¿Estás lista para ir a la reunión? —Me sobresalta oír la voz de Leo. Levanto la cabeza de los papeles que tengo sobre el escritorio.

—Sí, recojo esto y podemos irnos. Guillermo ya nos está esperando en el garaje —digo mientras guardo las cosas.

Caminamos hasta el ascensor y mi tensión va creciendo por momentos. Leo, que debe notarlo, comienza a hacer bromas y a contarme chistes realmente malos para que consiga sonreír. Cuando lo hago, la puerta del ascensor se abre ya en el garaje. Al ver quién es mi chófer, Leo da un pequeño bote sorprendido, pero enseguida se sobrepone y le tiende la mano para saludarle de manera cordial aunque un poco tensa. Subimos al coche y, una vez que arrancamos, me coge la mano.

—No tienes que estar nerviosa, lo vas a hacer muy bien. —Me sonrío mientras me acaricia la mano con uno de sus dedos.

—Eso espero. ¿Repasamos un poco los temas de la reunión?

Nos sumergimos durante todo el trayecto en cómo abordar lo que tenemos que hacer. Cuando llegamos, estoy algo más tranquila.

La reunión, que se alarga más de lo previsto, es todo un éxito. Estoy muy orgullosa del trabajo que hemos hecho. En el coche llamamos a mi padre para comentarle lo que ha sucedido y decirle que hemos conseguido lo que nos proponíamos. Nos da la enhorabuena y se despide de nosotros diciéndonos que formamos un gran equipo. Llevamos a Leo a su casa y después Guille me lleva a la mía. Me bajo del coche antes de darle tiempo a hablar, entro en casa y me encamino directa al baño para darme una ducha.

—Señorita Ainhoa —me dice la cocinera—, su padre ordenó que le entregásemos esto.

—Gracias —le digo mientras le sonrío. Terminó mi café rápidamente para salir antes de que se haga tarde.

Me acerco al coche, donde Guille ya me espera, a paso acelerado.

—Buenos días, Guille, necesito que vayamos directamente a esta dirección. —Le tiendo un papel—. Voy muy justita de tiempo.

—No te preocupes, llegarás a la hora.

Llamo a Leo para decirle que le veré directamente en la dirección acordada y después abro el sobre que mi padre ha dejado para mí. Son un montón de papeles sobre mi nuevo puesto como directora de la editorial y de la revista. Los meto de nuevo en el sobre y los pongo en el asiento delantero.

—¿Te importaría guardarme estos papeles hasta la salida? Son importantes y no quiero llevarlos encima.

—Claro, tranquila. Yo me los quedo, y relájate, o al final tendré que llevarte al hospital en lugar de a esa reunión. —Le sonrío levemente y me sumerjo de nuevo en un montón de papeles acerca de la reunión.

Al igual que la tarde anterior, la reunión sale estupendamente bien y Leo y yo estamos con el ego subido. Comemos juntos al salir y después Guille nos lleva de nuevo al edificio de la empresa. Hago todo lo que me queda pendiente y salgo de trabajar una hora más tarde de lo que debo. Vuelvo a casa y, como llevo haciendo toda la semana, salgo del coche antes de que Guille se baje. Me meto en mi habitación dispuesta a repasar los papeles que me ha dado mi padre, pero me doy cuenta de que los he olvidado en el coche. Me siento en la silla frente al escritorio y apoyo la cabeza en él. Así estoy cuando alguien llama a la puerta.

—Pasa —digo mientras levanto la cabeza de la mesa. La última persona a la que esperaba encontrarme es él, y mi cara de sorpresa le hace gracia. Al ver su sonrisa no puedo reprimir la mía—. ¿Qué pasa?

—Nada, doña agobio —suelta Guille sin dejar de sonreír—, te has ido tan rápido que no me has dado tiempo para darte esto.

Me tiende el sobre con los documentos que me disponía a leer.

—Gracias. Ya me había dado cuenta e iba a ir a por ellos ahora mismo.

—Te he ahorrado el viaje —dice metiéndose las manos en los bolsillos del traje que lleva como uniforme.

—Gracias de nuevo —resoplo—. ¿No conocerás a alguien que se me parezca tanto que pueda sustituirme unos días?

Se ríe.

—No. Déjame darte un consejo, Ainhoa, no te tomes todo tan a pecho. Estás empezando a trabajar, no tienes que ser la mejor, y el ritmo al que vas es demasiado incluso para alguien que lleve ya mucho tiempo en esto.

Suspiro y me hundo en mi silla.

—Es complicado, Guille. Mi vida no es tan fácil como parece, y créeme, esto es exactamente lo que se espera de mí.

Se acerca a mi oído y me susurra.

—Tú, sin nada más, ya eres más de lo que cualquiera podría esperar.

Me besa en la frente y se marcha, dejándome con el corazón acelerado y la piel donde me ha besado ardiendo por su contacto.

Apenas puedo centrarme en los documentos que tengo que leer. Mi mente viaja continuamente a Guille. Finalmente, desisto y bajo a cenar. Me encuentro a Leo nada más entrar al comedor y me obsequia con una sonrisa. Cenamos hablando de la empresa con mi padre y al terminar acompaño amablemente a Leo hasta la puerta de casa. Después me marcho a dormir.

—¿Vienes a comer hoy con nosotros? —me dice Erika en nuestro descanso del café.

—No, tengo cosas que hacer. —Bajo la cabeza centrándome en la taza que contiene mi café.

—No me mientas. —La miro, ella me hace un gesto con la mano para que no diga nada y prosigue—: Es por Guille, lo sé, y te equivocas evitándole. Él también está muy pillado por ti.

—Erika, es mejor así. Déjalo, ¿vale?

—No, esta vez no voy a dejarlo. —Se acerca más a mí y baja la voz—. Estás jodiendo tu maldita vida por hacer lo que le sale del moño a tu padre y a la estirada de su mujer. Y lo peor de todo es que si tu madre estuviese aquí, la decepcionarías por no hacer lo que quieres.

Dicho esto, se levanta y se va. Me quedo fatal. Tiene toda la razón del mundo. Pero ¿qué puedo hacer? Mi madre estaría decepcionada, y si mi padre fuese el que era, también. Ahora todo es diferente y yo estoy entre la espada y la pared. Voy hasta el despacho de mi padre y le pido permiso para marcharme porque no me encuentro bien; también le digo que no se preocupe, que ya he terminado el trabajo de esta tarde. Acepta, no muy convencido, y aviso a Guille para que esté listo. Recojo mis cosas y me marcho. En cuanto me subo al coche le digo que me lleve a casa y que tiene el resto del día libre. Él se gira en el asiento y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? —Niego con la cabeza bajando la vista, que se me empieza a empañar—. Está bien.

Apoyo la espalda y la cabeza en el asiento, cierro los ojos y empiezo a darle vueltas a todo lo que podría ser y no soy y, lo más importante, a lo que quiero ser y no soy. Cojo el móvil sin pensar y llamo a la única persona que puede ayudarme.

—Hombre, ojitos, por fin me llamas, ¿qué tal va la cosa? —me responde Sam al otro lado de la línea con su habitual simpatía. Sonrío triste al escucharle.

—Hola, tenías razón. No quiero seguir así, no quiero seguir aquí.

Miro al espejo retrovisor y veo el ceño fruncido de Guille.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —Me quedo callada, sin saber qué decirle—. Ainhoa, no me jodas que es por un tío.

—Sam, es más complicado que todo eso. Es decir, no solo es por eso. —No sé bien cómo seguir.

—Me alegro de que quieras cambiar tu vida, ojitos, pero no hagas el imbécil cambiándolo todo por un tío. Hazlo porque tú lo quieres, no porque crees que quieres a alguien que tu padre no va a aceptar.

—¿Estás enfadado? —pregunto recordando las mil discusiones que mantuvimos por esto cuando estábamos juntos.

—Contigo no puedo enfadarme, solo gritar hasta quedarme sin voz. —Sonrío—. Me duele un poco que nunca te planteases eso conmigo y ahora lo hagas por alguien con quien no tienes nada. Porque no tenéis nada, ¿no?

—Claro que no. Te lo hubiese contado al segundo para que pudieses chismorrear con Willie. Mi humor está algo mejor después de hablar con él.

—Eso me halaga. Tengo una idea, ¿por qué no te coges un avión y vienes a verme? Después de un fin de semana conmigo y con Willie todo será mucho mejor.

—Te aviso en un rato. Ahora te dejo. Un beso.

Cuando cuelgo ya estamos entrando en el recinto de mi casa. Me bajo del coche y espero a que lo haga Guille.

—¿Hoy no huyes despavorida? —pregunta—. ¿Piensas que soy tan tonto como para no darme cuenta? —Niego con la cabeza, porque a mi voz le da por esconderse en algún lugar de mi garganta—. Vale, ahora dime qué es eso que te he hecho para que me evites.

—No es por ti en realidad, es por mí cuando estoy contigo.

Sonríe.

—Ya... —Se apoya en el coche justo delante de mí—. ¿Te conviertes en mala persona si estás cerca de mí? —Se está riendo de mí. Pongo una mano en mi cintura y una cara que debe decirlo todo—. Vale, vale, ya paro. —Estira los brazos, agarra mi cintura y me atrae hasta él. Quedo encajada entre sus piernas. Mete un mechón de pelo, que se me ha soltado de la coleta, detrás de mi oreja—. No quiero que huyas más de mí.

Me acaricia la cara y la acerca a la suya. Mi corazón empieza a latir como si quisiese salirse de mi pecho. Me besa. Nos besamos. Me aprieta más contra él y le rodeo el cuello con mis brazos. No sé cuánto tiempo estamos besándonos, pero cuando nuestros labios se separan ambos tenemos la respiración agitada.

—No consideres esto como una huida, pero tengo que irme y no volveré hasta el domingo por la noche.

Él frunce el ceño y apoya su cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

—¿Vas a ver a Sam? —Asiento, levanta la cabeza y me besa de nuevo—. No te olvides de mí.

—No lo haré. —Le beso y me meto en casa.

Llamo a mi padre para decirle que pasaré el fin de semana fuera. Aguanto un largo discurso sobre lo mal que estoy actuando y lo irresponsable que estoy siendo. Cuelgo con la oreja roja y de

mal humor otra vez. Hago una pequeña maleta y aviso a Erika de que me marcho. Salgo al aeropuerto con el tiempo justo.

Al aterrizar en Londres me siento muy cansada, pero se me pasa todo al ver a mis dos amigos con un cartel en las manos en el que pone «LA OJITOS». Me río y salgo corriendo hacia ellos, que me reciben con un abrazo de los que hacen crujir todos los huesos, pero reconfortan.

El fin de semana se resume en mucha fiesta por la noche con los amigos de Willie y Sam, dormir hasta las tantas y salir de visita turística por la tarde. Cuando el domingo por la noche Sam me lleva de nuevo al aeropuerto, hablamos de nuestras cosas. Él sigue sin conocer a ninguna chica que le llene y yo..., yo no sé definir bien qué es lo que me está pasando con Guille. Nos despedimos a la entrada de la terminal con un abrazo en el que me cuelgo de él como un koala. La gente nos mira y nosotros nos reímos divertidos.

Llego de madrugada a Madrid. Enciendo el móvil antes de subir en el coche y al segundo me arrepiento de haberlo tenido apagado estos días. Hay un montón de mensajes y llamadas perdidas. Las llamadas son prácticamente todas de Leo, excepto tres o cuatro de Guille y Erika. Los mensajes, de Chris, Nadia, Leo y, sobre todo, de Guille. Leo me dice que está muy preocupado y que le llame en cuanto vea sus mensajes, Chris y Nadia me mandan cosas sin sentido, como es habitual, y muchas frases del tipo «acaba de pasar ante mis ojos el padre de mis hijos». Me río leyéndolos y después me detengo en los de Guille. En los primeros hay un tono de preocupación por no saber de mí, pero debió hablar con Erika y en los siguientes ya me cuenta por qué no debería huir de él y por qué es una mala idea marcharme después de que me haya besado. Me río mucho con sus ideas. Le envío un mensaje a Leo disculpándome y explicándole por qué no he dado señales de vida, y otro a Guille para decirle que deberá ser más convincente si lo que desea es hacerme entrar en razón.

Una vez en el coche, me dirijo a casa. A pesar de la hora que es, Leo me llama. Activo el manos libres y hablamos. Me muestra su enfado por haberle tenido preocupado todo el fin de semana y, tras conseguir que me perdone, colgamos. Guille me responde al mensaje. Lo veo ya en casa.

Se me ocurren varias razones más convincentes. ¿Comerá la señorita con nosotros mañana?

No sé si mi chófer querrá llevarme. Te lo diré cuando hablé con él.

Ajj, odio a ese tipo. Está jodidamente bueno. Ahora descansa, nos vemos mañana, rubita.

Realmente bueno. Descansa tú también.

Lo primero que oigo al salir de mi habitación es una gran charla sobre lo poco que cuido mi reputación marchándome un fin de semana entero sola a una casa con dos hombres. Beatriz habla

sobre mi cuestionable moralidad hasta que llega la hora de irme al trabajo. Tengo la cabeza como un bombo de escuchar la voz de esa rubia de bote.

—Buenos días, señorita —dice Guille guiñándome un ojo.

—Serán para ti. —Me meto en el coche y después lo hace él.

—No sé por qué una rubita de moralidad cuestionable como tú me habla de esa manera.

Nos miramos a través del retrovisor y rompemos los dos a reír.

A partir de ahí el día mejora mucho. En la editorial me reciben con los brazos abiertos y en la revista más de lo mismo. Hay mucho trabajo por hacer, pero no es tan agobiante como el que desempeñaba al lado de mi padre. El equipo de las dos empresas, que ahora dirijo yo, es buenísimo y trabajar con ellos es un placer. Ahora tengo dos asistentes que valen su peso en oro y que además son muy majos. El de los temas de la revista es Miguel, un chico majísimo de treinta años, y la de la editorial, Natalia, una mujer de treinta y seis que podría ser una versión de mí misma en unos años, si cambiamos mis ojos verdes por los suyos negros. A la hora de la comida, estoy completamente sumergida en mis labores y, si no llega a ser porque Erika entra a mi despacho, no me habría dado cuenta de que he de comer.

La comida es divertida y tras ella volvemos a la oficina. Termino todo antes de mi hora de salida y, como es mi primer día, decido quedarme hasta el final de la jornada para ir adelantando trabajo. Antes de irnos, Miguel entra a mi despacho para recordarme que al día siguiente tendré una reunión con el encargado de los editores para repasar los temas del próximo número de la revista. Salimos juntos de la oficina, él, Natalia y yo. Charlamos amigablemente hasta que se bajan del ascensor en la planta baja. Yo continúo hasta el garaje. Allí me espera Guille. No está ya el coche de mi padre ni tampoco el de Fernando, Leo y Erika.

—Vaya prisa tiene todo el mundo, ¿no? —digo mientras me acerco a la puerta del copiloto.

—No es prisa, es salir a la hora.

Sonríó y me monto en el coche. Viajamos en un silencio cómodo, solamente roto por la música de la radio, hasta uno de los parques a los que suelo ir. Nos bajamos del coche y caminamos. Charlamos y reímos hasta que nos cansamos y nos sentamos en un banco. Guille me pasa un brazo por los hombros y yo apoyo mi cabeza en el suyo. Permanecemos así un rato.

—¿Qué tal el fin de semana en Londres? —pregunta rompiendo el silencio.

—Ha sido estupendo. Con Sam y Willie el tiempo se pasa volando y los problemas se olvidan —respondo sentándome de nuevo erguida y mirándole.

—Una noche Sam me contó que te había pedido un montón de veces que te mudases con ellos, ¿por qué no lo haces? Con ellos se te ve feliz y aquí siempre estás agobiada. —Habla con el ceño fruncido.

—Si me voy, mi padre no querrá que vuelva nunca más, y no sé si estoy preparada para dejar a la única persona de mi familia que me queda. —Miro fijamente las puntas de mis pies.

—Perdóname, no quería hacerte sentir mal. —Me levanta la barbilla para que le mire.

—No pasa nada. —Intento sonreír, pero no lo consigo.

—¿Quieres que te lleve a casa ya? —Niego con la cabeza. Me mira fijamente y coge mis piernas para pasarlas por encima de las suyas. Después, empuja un poco mi cabeza para que me apoye en su hombro—. Perdóname otra vez. —Pone mis manos alrededor de su cuello.

—Estás perdonado. —Me inclino un poco hacia atrás para verle y le sonrío tímidamente.

—Tienes una sonrisa preciosa. —Me devuelve la sonrisa y me acaricia la mejilla.

—Gracias, la tuya tampoco está mal. —Acerca su boca a la mía y nos besamos.

No sé cuánto tiempo pasamos sentados en el banco. Nos besamos, reímos y nos hacemos bromas. Empieza a anochecer y nos encaminamos al coche de nuevo. El silencio reina todo el camino. Cuando nos bajamos en el garaje de mi casa, y tras asegurarnos de que no hay nadie por ahí, Guille me atrae de nuevo hacia él para volver a besarme.

—Así es un placer venir a trabajar. —Le doy un suave manotazo en su musculado brazo y ambos sonreímos.

—Anda, márchate antes de que alguien nos vea. —Le doy un largo beso y me separo de él—. Hasta mañana. —Le guiño un ojo y me voy.

Me dirijo directamente al comedor, donde mi padre y Beatriz estarán a punto de empezar a cenar. Entro y están sentándose en ese instante. Les saludo y también me sienta. Mi padre me pregunta cómo veo las dos empresas que ahora debo dirigir, si me creo capaz de llevar tanta responsabilidad y ese tipo de cosas. Cuando queda satisfecho con mis respuestas, es el turno de Beatriz. Como no puede ser de otra manera, habla de Leo. Estoy a punto de levantarme de la mesa e irme a mi cuarto. Gracias a Dios, mi padre interviene diciendo que, si sigue alabando tanto al chico, creará que le interesa más para ella que para mí. Bromean con eso, aunque a mí no me hace gracia, y después terminamos de cenar en un incómodo y tenso silencio.

Por la mañana, mi despertador suena media hora antes. Tengo que llegar con antelación a la oficina para prepararme bien los temas que voy a darle al jefe de los editores. Confío en que Guille esté esperándome ya, si no tendré que irme sin él. Desayuno deprisa en la cocina. La cocinera me mira como si me hubiese salido otra cabeza, ya que mi padre no nos permite hacer ese tipo de cosas. Termina y me voy al garaje en el preciso momento en que aparece Guille.

—Llegas justo a tiempo, vámonos —le digo mientras subo a la parte delantera. Él entra antes de responderme.

—¿Por qué tanta prisa? Aún falta casi una hora.

—Hoy entro media hora antes. Tengo que preparar una reunión.

Salimos de la finca y entonces detiene el coche.

—Muy bien, pero no pienso llevarte hasta que me des mi beso de buenos días. —Le sonrío y me acerco a su boca para darle un corto beso y separarme enseguida—. Vaya churro, esta tarde pienso cobrármelo.

—Anda, arranca, donjuán, que tengo prisa.

Llegamos a la oficina y Guille sube conmigo para recoger unos documentos que debe entregar a mi padre. Nos despedimos con un beso de película en la intimidad de mi despacho. El resto de la

mañana va bastante bien. No me gusta mucho mi empleo y cada día extraño más poder trabajar por y para los que más lo necesitan, pero supongo que no puedo quejarme. A la hora de la comida, Erika y yo nos vamos solas, ya que los chicos están con algo que Fernando les ha pedido.

—Estoy pensando en independizarme —me dice Erika mientras come una patata frita—. No aguanto en casa después de ver lo bien que nos iba solas en Nueva York. ¿Por qué no nos vamos a vivir juntas?

—Yo encantada de la vida me voy contigo, pero a ver qué opina mi señor padre. —Erika pone los ojos en blanco—. Va a ponerse como una fiera.

—Ve a decírselo a su oficina, así los gritos no serán tan fuertes. —Me quedo mirándola con el tenedor delante de la boca y las dos rompemos a reír.

—Está bien. Iré esta tarde y a ver qué le parece. Si acepta, cosa que dudo, mañana mismo nos mudamos, ¿de acuerdo? —Sonrío y ella sigue riéndose.

—Esta tarde si es preciso.

Seguimos comiendo entre risas y volvemos a la oficina de mucho mejor humor. A mitad de la tarde subo al despacho de mi padre. Cuando al fin entro a verle, empieza a hablarme de los documentos que esa misma mañana le ha llevado Guille. Concretamos un par de detalles que habían quedado en el aire y cuando me voy a ir recuerdo a qué había venido.

—Papá, Erika y yo hemos estado hablando y ella va a independizarse. Me ha pedido que me vaya con ella, como cuando estábamos en Nueva York. Creo que es una buena idea, pero antes de decidir nada quería comentártelo para saber tu opinión.

Se queda pensativo, mirándome.

—Hablaré con Fernando a ver qué opina él. Una cosa te digo, si os vais a vivir juntas como allí, siempre tendréis a uno de los chicos de seguridad con vosotras, y eso no es negociable. Hablaremos en casa de ello.

—De acuerdo. Buenas tardes, papá.

Camino de mi despacho, casi voy dando saltitos de felicidad. Esa contestación de mi padre significa que hay muchas posibilidades de que pueda marcharme. Llamo a Erika desde mi despacho y me pasa varios enlaces de pisos en uno de los mejores barrios de Madrid. Los veo y todos me parecen preciosos. Por supuesto, el barrio debe ser ese para que nuestros padres acepten. Quedamos para ir a verlos al salir de la oficina.

—Toc, toc, su horario de trabajo ha finalizado y la estupendísima de su mejor amiga la está esperando. —Es Erika, que acaba de entrar en mi despacho.

—Estaba apagando el ordenador, impaciente. —Recojo mi bolso y la americana—. Vamos.

Bajamos al garaje e Isaac nos espera junto al resto de los chóferes. Guille no está.

—Señorita Ainhoa, Guillermo está ocupado todavía, nosotros la llevaremos a donde tenga que ir. —Aguanto las ganas de reír. Asiento y me meto en el coche con Erika. En cuanto arranca y salimos del garaje, ambas empezamos a reír sin control—. Vaya par. Burlándose de un pobre empleado. —Nuestra risa se acrecienta y él no puede evitar sonreír.

Visitamos todos los pisos que hemos visto por internet y decidimos sin dudar que nos quedamos con uno de tres grandes habitaciones, dos baños, salón-comedor, cocina y una terraza enorme. Tiene también garaje y trastero, pero a nosotras lo que nos enamora es la terraza y la posibilidad de entrar a vivir al día siguiente si queremos. Solo tenemos que avisar a la inmobiliaria por la mañana para que prepare los papeles y listo.

Me llevan de nuevo a casa de mi padre y estoy ansiosa por saber si finalmente aceptará que me marche. Si he de ser sincera, me da igual que no esté de acuerdo. Decido que esta vez no voy a ceder. Quiera él o no, me iré a vivir con Erika.

Capítulo 5

—¡La *pizza* ya está aquí! —grita Erika. Leo y yo estamos esperándola en el salón.

—No sé cómo no engordáis comiendo toda la porquería que coméis.

Me río.

—Tenemos mucho nervio.

—Eso, hermanito, cuidadito con nosotras.

El día ha sido agotador para mi amiga y para mí, pero sobre todo lo ha sido para Guille e Isaac. Finalmente, mi padre accedió a dejarme ir con Erika y no demoramos la mudanza ni un día. Durante toda la mañana los chicos han traído nuestras cajas con ropa y ayudado a entrar y montar los muebles. Como el edificio tiene portero y cámaras de vigilancia, Fernando y mi padre han acordado que no será necesario que Isaac y Guille hagan guardias nocturnas. A partir de ahora, por las mañanas solo vendrá uno de ellos a llevarnos al trabajo, y a la salida ya estarán ambos para tenernos vigiladas el resto de la tarde. Llamamos a nuestras amigas a Nueva York y a los chicos a Londres. Vendrán a visitarnos pronto.

—Bueno, como no me invitáis a dormir, tendré que irme —dice Leo levantándose del sofá.

—Aunque te invitásemos no te quedarías porque no tienes ropa para ir a trabajar mañana —le responde su hermana sonriente.

—*Touché*.

Nos da un beso a cada una y se marcha.

Nosotras también nos vamos a dormir. He quedado con mi padre en que iré a cenar a casa una vez entre semana y a comer todos los domingos, y me siento mucho más libre. Tener la posibilidad de vivir como en Nueva York es perfecto. Solo me falta poder trabajar en lo que me gusta. Y estoy segura de que, con mi expediente académico y el año que trabajé en Nueva York, no me sería difícil encontrar un buen empleo.

—Buenos días, dormilona. —Abro los ojos y me encuentro a Guille sentado en mi cama.

—Mmm..., cinco minutos más. —Los cierro de nuevo y me tapo hasta las orejas. Él da un tirón a las sábanas, me destapa completamente y me carga sobre su hombro.

—A desayunar —dice mientras sale del cuarto conmigo colgando.

—Vale, vale, pero déjame ir caminando. —Me baja al suelo y me mira de arriba abajo. Me sonrojo y eso le hace sonreír. Tira de mí contra su cuerpo y pone sus manos en mi cintura después.

—Estás muy guapa recién levantada. —Me besa.

—Mentiroso —le digo y le doy un suave beso en los labios. Luego me dirijo a la cocina. Él

viene detrás.

El día en la oficina se me hace un poco cuesta arriba. Miguel y Natalia me ayudan en todo lo que pueden y eso facilita mucho las cosas. No obstante, no me gusta lo que hago y, aunque procuro ser muy profesional, no me siento realizada. Apenas llevo una semana en mi nuevo puesto y tres semanas en la empresa y ya sé que no quiero pasarme aquí el resto de mi vida.

A la hora de la salida, como siempre, Guille me espera en el garaje. Me subo en el coche y le pido que me lleve a casa. Sube conmigo y vemos una película en el salón. Erika está de compras con Isaac y me llama para decirme que no la espere para cenar y que tampoco me preocupe si no viene a dormir.

Cuando termina la película, yo solo tengo ganas de meterme en la cama y dormir hasta el día siguiente, pero como está Guille decido preparar una cena sencilla. Erika y yo hicimos varios cursos de cocina en nuestro primer año de universidad, porque ninguna teníamos ni idea y no queríamos morir envenenadas con nuestros platos.

Charlamos durante la cena sobre Isaac, Erika y su relación. Yo no estoy demasiado centrada en la conversación y Guille lo nota, pero espera a que terminemos de cenar para preguntarme.

—¿Qué te pasa hoy, rubita? —Se sienta en el sofá y me tira del brazo para que me eche encima de él.

—No me pasa nada, estoy bien. —Le sonrío.

—Eres una mala mentirosa. Si no quieres contármelo dímelo, pero no me mientas, que no sabes. —Me mete un mechón de pelo detrás de la oreja. Suspiro.

—Es una tontería. —Me mira animándome a seguir hablando—. Quiero dejar la empresa de mi padre, mejor dicho, nunca quise trabajar ahí, pero, como en todo, no he tenido opción.

—Haz lo que tú quieras y no lo que quiera él, Ainhoa, si no, nunca vas a disfrutar de la vida. —Apoyo la cabeza en su pecho—. Tienes unos amigos que te adoran y te respetan por quién eres, y me tienes a mí también. No vas a estar sola nunca. —Levanto la cabeza de su pecho y miro esos preciosos ojos azules. Le beso y una corriente recorre toda mi columna.

—No sé qué hacer —digo al separarme de sus labios—. Si mi madre estuviese aquí, todo sería tan distinto... —Me acaricia el pelo y me abraza. Estamos así unos minutos y noto que me relajo por primera vez en el día.

—Creo que ya va siendo hora de irme. Mañana tengo que madrugar para llevar a dos megapijamas a su trabajo. —Le hago burla y me sonrío.

—Puedes quedarte a dormir aquí, Erika está en tu piso y, además, no será la primera vez que dormimos juntos. —Pone cara de pensárselo, pero sé que ya lo tiene decidido.

—Está bien. A la cama entonces, señorita.

Nos vamos a la cama. A diferencia de como hizo en Ibiza, esta vez Guille se acerca más a mí y me abraza. No tardo nada en quedarme dormida.

Me despierto cubierta por su cuerpo. Me levanto con cuidado de no despertarlo y me voy a la ducha. Después preparo el desayuno y lo pongo en una bandeja muy mona. Lo llevo a la

habitación.

—Buenos días, dormilón. —Le revuelvo un poco el pelo y le doy un beso. Tira de mí a la cama.

—Tienes el pelo mojado —dice con voz somnolienta.

—Eso es porque acabo de ducharme y, como soy muy maja, te he traído el desayuno. —Le guiño un ojo y me estiro para poner la bandeja encima de la cama.

—Mmm... Podría acostumbrarme a esto. —Mi corazón se acelera al oírle. Frunce el ceño y se queda callado. Espero a que termine el desayuno para volver a hablar.

—¿Estaba rico? Porque esto solo es para que rindas como debes en el trabajo. Sé que tu jefa es una tía buenorra muy exigente. —Se echa a reír y, como siempre, su preciosa sonrisa me hace sonreír a mí.

—Sobre todo buenorra —dice acercándose a él de nuevo. Me besa y me levanto de la cama.

—Date prisa o no llegaré a tiempo, y hoy, por fin, es viernes. —Abro el armario para coger la ropa. Guille se pone detrás de mí, me rodea la cintura y me da besos en el cuello—. Guille, para o no llegaré a tiempo.

Sonríe.

—No me importaría que llegases tarde.

Me doy la vuelta para mirarle.

—¿Qué te parece si dejamos esta interesante conversación para cuando salga de la oficina?

—No me queda otra opción, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Está bien.

Terminamos de prepararnos y salimos hacia la oficina. Erika viene en taxi, ya que no ha dormido en casa esta noche. La mañana es de locos. Tengo varias reuniones con diferentes departamentos y cada uno exige lo suyo sin dar su brazo a torcer. Lo peor de todo es cuando se juntan todos y casi hacen que mi cabeza y la de Natalia exploten. Para terminar con ánimo la poco movida mañana, he de subir al despacho de mi padre. Necesita el presupuesto de los próximos tres meses de la editorial y la revista, lo que me obliga a saltarme la hora de la comida y reunirme con los departamentos de contabilidad de cada una de ellas, priorizar las diferentes peticiones que hacen y, finalmente, volver al despacho de mi padre de nuevo para entregarle los malditos presupuestos. Tras revisarlos, me informa de que la semana siguiente deberé acudir a un congreso. Como aún llevo muy poco tiempo a cargo de la editorial, Leo me acompañará, así que de miércoles a viernes Leo y yo seremos inseparables.

Cuando logro salir de la oficina son las ocho de la tarde. En el garaje de la empresa solo está Guille esperándome.

—Te juro que he intentado acabar pronto. —Me acerco y le doy un suave beso—. Ha sido un día de locos.

—No te preocupes. —Me da un abrazo—. Isaac y Erika nos esperan en mi piso para cenar. ¿Quieres pasar por tu casa primero?

—Como entre en mi casa ya no salgo, así que mejor no.

Vamos al piso que comparte con Isaac. Es más pequeño que el que Erika y yo compartimos, pero muy acogedor. Nada más verme, mi amiga me regaña por no haber salido a comer y después, mientras los chicos trastean en la cocina, me interroga acerca de lo que tenemos Guille y yo. Le cuento todo lo que ha pasado hasta el momento y cuando estoy terminando aparecen ellos con la cena. Erika, que siempre quiere tener la última palabra, mueve los labios diciéndome sin hablar «tíratelo ya». Me río a carcajadas y cuando me preguntan por qué, ella les responde que me dejen, que simplemente estoy loca.

Cenamos entre risas y siento cómo me relajo poco a poco. Nos llaman Nadia y Chris cuando estamos terminando y nos dicen que vendrán el próximo fin de semana. Llegan el jueves y las recogerán Erika e Isaac, porque yo estaré todavía en el congreso. Será una visita corta, porque tienen pensado marcharse el martes. Las echo de menos y estoy deseando verlas. Empieza a hacerse tarde y quiero irme a casa, así que le pido a Guille que me lleve. Aparca en el garaje y subimos a mi piso. Vamos directamente a mi cuarto. Nos metemos en la cama y apoyo la cabeza en su pecho.

—¿Cuándo tienes que irte? —pregunta.

—El miércoles por la mañana. Pasaremos allí todo el día, el día siguiente y volveremos el viernes por la mañana. —Suspiro y le abrazo—. No quiero ir.

—Natalia es muy maja, seguro que lo pasáis bien. —Me incorporo de golpe y le miro—. ¿He dicho algo que te ha sentado mal? —pregunta incorporándose también. Enciendo la luz de la mesilla.

—No viene Natalia. Voy con Leo. —Le cambia la cara—. Sé lo que piensas de él, pero, Guille, te prometo que no va a pasar nada. —Le acaricio la cara.

—No me fío de ese tío, Ainhoa. —Se rasca la nuca y me doy cuenta de que hace ese gesto cuando algo le incomoda—. No voy a estar tranquilo sabiendo que duerme a dos malditos metros de ti.

—¿Estás celoso? —pregunto sin darme cuenta. Me levanta y me sienta a horcajadas sobre él.

—Sí. Estoy celoso. No me gusta compartir lo que es mío. —Me coge la cara entre sus manos.

—No tienes que compartirme con nadie. —Le rodeo el cuello con los brazos y le beso.

Nos devoramos el uno al otro. Son besos cargados de palabras no dichas. Sin quererlo, me he enganchado increíblemente a él, tan rápido que a veces dudo que pueda ser amor de verdad. Apenas le conozco y mis días sin Guille en ellos no me parecen tan buenos.

La pasión se desborda entre nosotros y terminamos haciendo el amor. Encajamos a la perfección, parecemos estar hechos especialmente para el otro. Veo en sus ojos la intensidad con la que él también está viviendo todo esto y me siento un poco más aliviada. Llegamos juntos al clímax y nos ponemos frente a frente en la cama. Nuestras respiraciones agitadas vuelven poco a poco a la calma.

—Nunca había sentido nada parecido. —Habla en un susurro y sus ojos brillan más azules que nunca.

—Yo tampoco lo había sentido nunca. —Pego mi frente a la suya y cierro los ojos.

—Tienes que descansar, rubita. —Me da un rápido beso y me doy la vuelta. Mi espalda desnuda queda apoyada en su duro pecho—. Duerme, preciosa.

—Buenas noches.

Me despierto sobresaltada. He tenido una pesadilla horrible. Guille me atrae más hacia él, me besa en la nuca y me susurra al oído que esté tranquila, que está conmigo. Vuelvo a dormirme enseguida.

Por la mañana, remoloneamos en la cama. Hacemos de nuevo el amor, nos reímos, nos abrazamos y conversamos. Descubro que no le gusta hablar de su trabajo en la Armada y que, a pesar de ser poco hablador con la gente, cuando gana confianza se convierte en todo lo contrario. Me gusta escucharle y ver cómo rememora algunas cosas. Nos levantamos después de que Erika me avise de que Leo viene a comer. Guille se levanta a regañadientes, rumiando un «cada día me cae mejor» que hace que me carcajee.

Nos despedimos en la puerta de mi piso cuando llega Erika. Isaac llevará a Guille de vuelta a casa. Me hace prometerle que le llamaré en cuanto Leo se marche y se va con el ceño fruncido.

Leo no tarda en llegar. Nos invita a comer fuera y tras la comida insiste en llevarnos al cine. Intentamos evitarlo, pero insiste tanto que finalmente vamos. Nada más terminar la película miro mi móvil. Tengo un montón de llamadas de Guille. Me disculpo con Leo y Erika y me retiro para llamarle.

—Por fin me llamas —dice sin apenas dar tiempo a que termine de sonar el primer tono de llamada—. Estaba preocupado, no he sabido nada de ti en toda la tarde y, estando con ese, no puede ser bueno.

—Estamos en el cine. Leo nos ha invitado para estar más tiempo con su hermana. Te invito a cenar para compensar, ¿te parece?

—No me sirve de compensación, pero acepto. ¿Te espero en tu casa?

—Sí, sube cuando llegues. Ahora te dejo, que voy a despedirme de Leo y a avisar a Erika.

—Si no os deja venir, llámame y voy a por ti, rubita.

Cuelgo y me acerco de nuevo a Erika y Leo. Voy pensando en qué decir.

—Erika, tenemos que irnos. Acabo de hablar con Natalia y nos espera para cenar.

La miro muy fijamente para que no me lleve la contraria.

—¿Era hoy? —dice tras unos segundos de desconcierto inicial. Asiento—. Bueno, pues nada, Leo, otro día iremos a cenar.

—Es una pena. Venga, os llevo a casa, chicas.

Mientras subimos en el ascensor para llegar a nuestro piso, Erika rompe a reír. Después me abraza y me besa y me da las gracias por haberme librado de Leo. Entramos al piso y vemos a Guille e Isaac sentados en nuestro sofá. Mi amiga corre como una loca para tirarse encima de su chico como si hiciese años que no lo ve. Guille se pone de pie y viene hacia mí. Me levanta del

suelo mientras en su cara se refleja la alegría de verme y me besa. Le rodeo la cintura con mis piernas y el cuello con los brazos.

—Nos vamos a cenar por ahí. No nos esperéis despiertos —dice Isaac. Erika me guiña un ojo y me pellizca el culo antes de irse.

—Mmm... —susurra Guille acariciando donde Erika me ha pellizcado—. Voy a tener que enseñarle a tu amiga dónde no debe tocar.

Me carcajeo con ganas.

—Eres terrible. —Me acerco a su boca y le beso.

La noche entre los brazos de Guille se me hace muy corta, y cuando llega la hora de levantarme para ir a casa de mi padre a comer, literalmente, Guille tiene que arrastrarme de la cama. Me lleva puntual allí y en cuanto pongo un pie fuera del coche siento que algo va a pasar.

Mi padre está esperándome en la puerta de casa y me hace entrar en su despacho. Hablamos acerca de lo que pasará en el congreso y la posición que espera que yo represente. Cuando terminamos, nos dirigimos al salón a comer con la siempre simpática Beatriz. Todo va bastante bien hasta que al terminar la comida mi padre, de manera no muy sutil, me sugiere que debería plantearme ver a Leo de una manera menos profesional y más íntima. Juro que me quedo pasmada. Beatriz da pequeñas palmadas y me sugiere cómo debo hacer para conquistar a Leo. No soy capaz de reaccionar. Cuando salgo de casa hacia el coche debo tener muy mala cara, ya que nada más entrar y cerrar la puerta Guille me pregunta que qué me pasa. Ni siquiera puedo contestar.

Al llegar a casa me siento en el sillón con Guille al lado. Me mira y, al ver que no hablo, me sienta en sus piernas. Al notar su contacto, algo en mí despierta y empiezo a desternillarme sin control.

—¿Se puede saber qué es lo que ha ocurrido en esa casa? —pregunta desconcertado.

—¡Dios! ¡Ha sido demasiado surrealista! —respondo intentando respirar normalmente de nuevo y secándome las lágrimas que tanta risotada me ha provocado—. Mi padre dice que tengo que ligarme a Leo, te juro que eso no me lo esperaba. Y, claro, mi madrastra, encantada de la vida, hasta me ha dado consejos para atraerle. —Me hace gracia de nuevo, aunque soy consciente de que a Guille no—. ¿Qué pasa, Guille?

—¿En qué posición me deja esto a mí, Ainhoa? —Me mira serio y mi humor cambia de golpe—. Siempre terminas haciendo lo que él quiere, tú lo has dicho. ¿Me tendré que conformar con ser tu chófer mientras veo cómo te casas con Leo y tenéis una docena de hijos?

Le cojo la cara entre mis manos.

—Guille, no sé cómo lo voy a hacer, pero no quiero estar con Leo. No puedo saber qué va a pasar mañana, solo que ahora quiero estar contigo. Sé que tendré que plantar cara a mi padre, pero aún no estoy preparada. Yo quiero estar contigo, lo tengo claro. Pero esto debo hacerlo por mí misma, cuando llegue el momento.

Suspiro y suspira él también.

—Desde que te vi en Ibiza supe que ibas a darme más de un dolor de cabeza.

Me levanta y quedo sentada a horcajadas sobre él.

—Lo tenías fácil, podías haberte ligado a otra. —Acaricio con mi nariz la suya.

—Como si hubiese tenido elección —dice con gesto burlón y se lanza a devorar mi boca.

Los días con Guille a mi lado pasan mucho más rápido. El miércoles por la mañana estoy despidiéndome de él en el aeropuerto con una sonrisa profesional, ya que Leo viene conmigo. Leo y yo nos encaminamos a la zona de embarque y, desde ese momento hasta que llegamos al hotel del congreso, repasamos todo lo que tenemos que hacer. He de decir que formamos muy buen equipo juntos, y sé que, si sigo en la empresa, llegaremos a ser mucho más que buenos. Este pensamiento hace que me sienta un poco desleal hacia Guille, pero no puedo negar lo evidente.

Pasamos el día de reunión en reunión, grupales e individuales. Al terminar, por fin, la última, Leo y yo vamos a cenar al restaurante del hotel. Después de la tensión de todo el día, nos relajamos y nos divertimos en la cena. Cuando no intenta ligar conmigo, Leo es genial. Al terminar nos vamos cada uno a nuestra habitación. Decido llamar a Guille y mientras estamos hablando llaman a la puerta. Me acerco a abrir con el teléfono en la oreja y me sorprendo al ver a Leo.

—Leo, ¿qué te trae por aquí?

Al otro lado de la línea, Guille dice palabras no muy agradables.

—He venido para repasar las reuniones de mañana. —Me señala las carpetas que lleva bajo el brazo.

—Sí, claro, pasa. —Guille comienza a gritar—. Dame dos minutos.

Salgo a la terraza para hablar con Guille.

—Relájate de una vez, por favor, solo vamos a repasar las reuniones de mañana, nada más.

—No me hace ninguna gracia, Ainhoa. Júrame que si pasa algo me llamarás. Si hace falta voy a recogerte con mi moto, aunque eso me llevará varias horas, pero no importa. Llámame y voy.

Sonrío.

—De acuerdo, pero ahora, tranquilo, y vete a dormir. Un beso.

Cuelgo y entro a mirar todo el papeleo con Leo. Nos tiramos hasta altas horas de la madrugada repasando. Lo dejamos cuando Leo se da cuenta de que si seguimos me acabaré durmiendo sobre los papeles. Me da un beso en la frente y se marcha a su cuarto. A la mañana siguiente, a pesar de las pocas horas que hemos dormido, rendimos al cien por cien. Conseguimos varios acuerdos muy ventajosos para nosotros, y cuando llamamos a mi padre y a Fernando para comunicarles las buenas noticias, ambos nos dan la enhorabuena y se quedan encantados con nuestro trabajo.

Esa tarde me llaman mis amigas desde mi casa. Las tres locas apenas me dejan hablar y me instan a que vuelva ya corriendo. Me evado de la realidad durante un buen rato con ellas y cuelgo cuando Leo me avisa para que bajemos a cenar. Salimos fuera del hotel para celebrar lo bien que nos ha ido todo. Al volver, me acompaña hasta la puerta de mi habitación y cuando me dispongo a entrar me agarra por la cintura y pega su frente a la mía. Cierra los ojos y yo pongo una mano en su pecho para tomar algo de distancia.

—Leo, no sigas. Por favor —le digo en un susurro. Abre los ojos y me mira.

—¿Por qué, Ainhoa? Tú me gustas muchísimo y no veo que yo te desagrade.

No suelta mi cintura y yo, aunque suene extraño, no me siento para nada incómoda, lo que me deja un poco confusa.

—Leo, te quiero un montón, lo sabes, pero... —respiro hondo— no quiero estar contigo de esta manera.

Suspiro y me separo un poco de él, aunque él no aparta sus manos de mi cintura.

—¿Hay otro? —Me mira esperando una respuesta que no quiero darle—. Es eso entonces. Hay otro. ¿Lo sabe tu padre? ¿Crees que tu padre lo aceptará? Porque si no cuentas nada, es que sabes que nunca lo aceptaría.

Me acerca más a él. Apoyo mi frente en su pecho unos segundos y me echo hacia atrás de nuevo.

—Leo, suéltame, por favor. —Retira una de sus manos, pero la otra no—. No hay otro, es solo que no quiero estar con nadie. Necesito ser independiente —miento y él termina soltándome.

—Ainhoa, sé que terminarás dándote cuenta de que estás enamorada de mí. Lo veo en tus ojos cuando me miras aunque tú aún no seas consciente de ello. Voy a esperarte. No me importa hacerlo. Te lo prometo.

Me besa y estoy a punto de devolverle el beso, pero no lo hago. Me suelta y entro en mi habitación. Pienso en Guille. Si se entera de esto la va a liar, y con toda la razón. Decido que lo mejor será no decirle nada. Me meto en la cama temprano, pero el sueño no me llega hasta bien entrada la noche.

Nuestro avión despegamos a su hora. La tensión entre Leo y yo es palpable y apenas hablamos hasta que montamos en el coche, que conduce Guille, en Madrid.

—Vale, esta tensión es insoportable. —Se gira y me mira, yo veo a Guille de reojo por el retrovisor—. No voy a disculparme por lo que siento por ti, Ainhoa. Nada va a cambiar este hecho.

—Leo, este no es el momento. Déjalo. Está bien —digo en el tono más neutro que puedo.

—Este es un buen momento. —Me agarra la mano y deposita un beso en ella. Veo cómo Guille se tensa y yo retiro mi mano de la de Leo—. Ainhoa... —Suspira—. Es que no lo entiendo, de verdad. ¿Tan ogro soy? ¿Tan mal me he portado contigo para que mi contacto te dé asco?

—Leo, para. Sabes que nunca has sido malo conmigo y, por Dios, ¿cómo vas a darme asco? ¿Pero no te das cuenta de que para mí eres una persona muy importante? Algo parecido a un hermano. —Decido no mirar a Guille y centrarme en Leo, los problemas, de uno en uno—. Entiende que no puedo verte de otra manera. Es algo impensable para mí en este momento.

—Pues entiende tú de una vez que no somos hermanos, Ainhoa. Sé que algún día cambiarás tu manera de verme, porque en el fondo nunca me has visto así, y lo sabes. —Suspira una vez más—. Sé que tengo que esperarte porque, aunque lo niegas, estoy seguro de que te ves con alguien. Pero

esperaré por ti el tiempo que sea necesario. Además, sabes que conmigo nunca vas a tener problemas con tu padre, y sé lo importante que eso es para ti. —Me acaricia la cara y yo me retiro suavemente. Soy consciente de que hemos llegado y Leo se baja del coche sin esperarme.

—Guille —digo al cabo de unos segundos—. Te prometo que luego te lo explico todo, pero deja de imaginar cosas, porque no ha pasado nada de lo que probablemente estás pensando.

—¡No me jodas, Ainhoa! —Se baja del coche y me abre la puerta. —Que tenga buena mañana, señorita.

Me voy a la oficina con un cabreo monumental. Tengo una reunión con Fernando, mi padre y Leo, y eso hace que mi humor solo empeore. Fernando y mi padre están encantados con el trabajo que hemos hecho y nos proponen que, en lugar de llevar individualmente nuestras respectivas direcciones, trabajemos como codirectores. Yo me niego, ya que el trabajo de Leo incluye muchos viajes, es el director de la cadena de hoteles y debe acudir a ellos a menudo. Pero, como compruebo solo unos segundos después, mi opinión no cuenta y Leo y yo pasamos a ser codirectores de las tres empresas. Nos dan la tarde libre y yo salgo disparada.

Al llegar a casa, mi cabreo es aún mayor. Me ha traído Isaac porque Guille no ha respondido a mis llamadas. Me reciben mis tres locas amigas e intento disimular. Me veo envuelta en un montón de alocados planes que llevamos a cabo durante todo el fin de semana. Isaac nos acompaña todos los días mientras que Guille no da señales de vida.

El lunes por la mañana, Isaac nos lleva al trabajo a Erika y a mí. Sigo sin saber nada de Guille y eso me cabrea. La mañana es un horror. Hay un montón de trabajo y Leo aparece en varias ocasiones para darme más con la cadena de hoteles. Al mediodía estoy agotada. Chris y Nadia vienen a comer con nosotras. Intentan animarme, pero es imposible. Como ven que nada funciona, deciden que esa tarde comeremos ración triple de helado. Así pues, cuando termino la montaña de trabajo pendiente, salgo dispuesta a tomármelo.

El martes aparece Guille al fin. Sigue sin querer hablar conmigo. Esa tarde nos lleva al aeropuerto para despedir a las chicas. Cuando estamos a punto de llegar a mi casa suena el teléfono. Es Fernando.

—Hola, Fernando, dime —respondo sin mucho ánimo.

—Hola, Ainhoa, he hablado con tu padre y vamos a hacer una pequeña cena hoy en casa, solo la familia. Te esperamos sobre las nueve. He hablado ya con mi hija y ella ya viene hacia aquí. Dile a Guillermo que te traiga y que después será él quien os lleve de nuevo.

—De acuerdo, Fernando.

Cuelgo. Se lo digo a Guille y él asiente a todo con un movimiento de cabeza, sin decir palabra.

—Por el amor de Dios, Guille. ¿No vas a volver a hablarme nunca?

Sigue sin hablarme. Aparca en el garaje, me bajo y mientras sale del coche le grito.

—¡Lo único que consigues así es que termine como ellos quieren! ¡Vais a volverme loca entre todos!

Subo a mi casa hecha una furia. Empiezo a darle vueltas a mil cosas en la cabeza y finalmente

decido que es el momento de mandar todo a la mierda. Esta noche se acabó todo. Llamo a Sam para contarle lo que voy a hacer. Enseguida me anima a que lo haga y me ofrece su casa como refugio. Sonrío y le prometo que le llamaré con las novedades. Me ducho y me visto con calma. Cuando termino, estoy más relajada. Bajo al coche y ahí está Guille. Me subo sin decir una palabra y veo que de vez en cuando me mira por el retrovisor, pero me da igual.

La cena en casa de Fernando y Rosa es algo tensa. Me da la sensación de que todo el mundo sabe algo que yo desconozco. Al terminar le pido a mi padre hablar en privado. Accede y salimos al jardín. Soy consciente de que los demás están pendientes y de que la cristalera por la que hemos salido no va a amortiguar la conversación.

—¿Me vas a contar algo o entro de nuevo? —pregunta mi padre al cabo de un minuto.

—Sí —me aclaro la garganta antes de continuar—: Papá, voy a dejar la empresa.

Me mira como si tuviese dos cabezas.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Lo que has oído, papá. Voy a dejar la empresa. Quiero buscar otro trabajo. Como educadora social.

Se echa a reír.

—Para eso hace falta una carrera. Hija, deja de decir tonterías y vamos dentro.

Hace una inclinación para que pase.

—Te piensas que soy una idiota, ¿verdad? —Mi tono de voz va subiendo hasta que empiezo a gritar—. ¿Sabes qué, papá? La tonta de tu hija tiene la carrera de Educación Social, ¿y sabes por qué? Porque mientras todos mis amigos se divertían y dormían yo me sacaba esa carrera a la vez que estudiaba la otra, la que tú me obligaste a hacer. Y me salió muy bien. Trabajé un año como educadora, si te interesa saberlo.

—¿Cómo? —grita furioso—. Eres una malcriada, siempre tiene que ser lo que tú quieres, ¿verdad? ¿Te crees que me has ganado? ¡Pues no! Desde ahora mismo quedas fuera de la empresa, y olvídate de que me encargue de tus gastos. Por mí puedes quedarte en la calle.

Aunque me las esperaba, sus palabras son como un bofetón.

—No te preocupes, sé cómo cuidarme solita.

Vuelvo al comedor y todos me miran. Me despido, cojo mi chaqueta y me voy. Llamo a un taxi para que venga a recogerme. Mientras espero a que llegue, Guille se acerca.

—¿Te llevo a casa?

—No. Me voy sola. Ya no tienes que cuidarme. Supongo que te has quedado sin trabajo, lo siento. Aunque así te librarás por fin de mí.

Llega el taxi que he pedido. Abro la puerta y me despido de él.

—Ha sido un placer conocerte, Guille.

Cierro la puerta y me marcho a casa llorando a moco tendido.

Capítulo 6

—¿Cuánto hace que no duermes? —me pregunta Sam mientras me abraza hasta que casi me espachurra.

—Desde hace exactamente seis horas. Tú también tienes muy buen aspecto —le respondo y sonrío.

Apenas dormí la noche anterior, me dediqué a hacer la maleta y a llorar. Después llegó Erika y lloramos juntas hasta que nos quedamos dormidas. Nuestro aspecto esta mañana era horrible. Intentó convencerme una vez más de que no me fuera, pero terminé convenciéndola yo de que lo mejor para mí era irme con Sam y Willie. Lloramos un poco más y antes de despedirnos apostó conmigo a que terminaría con Sam otra vez. Me reí con ganas y, tras darle un beso, le pedí de nuevo que no le dijese a nadie a dónde iba.

Y aquí estoy ahora. En el piso de mis desordenados amigos. Nada más verme, Willie se lanza en mi dirección. Casi terminamos en el suelo. Me río a más no poder.

—Vosotros me queríais aquí para que os limpie la casa.

—Por supuesto —dice Sam—. Hasta te hemos comprado un uniforme muy mono.

Nos tronchamos y así pasamos el resto del día.

Me despierto a la mañana siguiente y tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. Sonrío al pensar en mis dos locos amigos y voy a la cocina. Ya se han ido ambos a trabajar. Desayuno y decido dejarles el piso reluciente. Solo paro de limpiar para ir al supermercado y hacer la compra. Tenían la nevera y la despensa vacías. Van a alucinar cuando vuelvan del trabajo.

Cuando llegan son las cuatro de la tarde.

—Sam, creo que nos hemos confundido de piso —dice Willie según entran. Se acerca a mí y me levanta en volandas—. Eres un sol, ojitos.

—Espera a ver la nevera y la despensa para adularme. —Me suelta y va rápido a la cocina.

—Tío —le dice a Sam—, uno de nosotros tiene que casarse con esta mujer.

Nos reímos los tres y cuando consigo que dejen de besarme y abrazarme salimos a dar una vuelta. Me cuentan sus aventuras mientras paseamos y descubro que Willie está pilladito por una chica de su trabajo. Según Sam, ella también está loca por él, pero los dos son demasiado imbéciles para comprometerse. Me río al ver que se ruboriza y cambio de tema para que vuelva a ser el bromista de siempre. Llegamos de nuevo a su piso muertos de hambre y, ya que soy su invitada, les preparo una cena de chuparse los dedos. Me declaran su amor eterno y me piden que no me vaya nunca. Yo disfruto al ver lo mucho que me quieren.

Llamo a Erika al terminar la cena. Me dice cuánto me extraña mientras Isaac, de fondo, pide que vuelva pronto, pues Guille está de un humor de perros. Hablo un buen rato con ella y me pregunta que cuándo volveré. Le digo la verdad, no sé si volveré. Cuelgo y me voy al salón con mis dos amigos.

La mañana siguiente la dedico a buscar ofertas de empleo de educadora social en Londres y Madrid. Sé que si quiero volver al centro donde trabajaba en Nueva York tengo las puertas abiertas, pero decido buscar algo por aquí. Encuentro varias ofertas y una llama especialmente mi atención. Es una empresa española que busca un educador en Londres, en principio para seis meses. Me lo pienso un poco y llamo por teléfono. Hablo con el responsable de contratación y me hace una pequeña entrevista telefónica. Se queda encantado al saber que tengo experiencia y que obtuve muy altas calificaciones en la carrera. También dice que ser española me da muchos puntos, ya que están buscando a alguien que sea completamente bilingüe. Acordamos que me llamará un día de la semana que viene para decirme si soy la elegida o no.

Tras la llamada, me siento más optimista y busco algún apartamento pequeño cerca del piso de Sam y Willie. Cuando llegan a casa les cuento que es probable que empiece a trabajar en Londres pronto y que ya estoy buscando piso para dejarles tranquilos. Se niegan en redondo a que les abandone y terminan convenciéndome para que me quede con ellos si consigo el trabajo.

Cenamos y después salimos para tomar algo con unos compañeros de su trabajo. Me presentan a la chica de la que Willie está prendado. Es muy guapa y tengo que coincidir con Sam en que ella está loca por él. Después de un par de copas y de que Sam y yo insistamos mucho, Willie se decide y se acerca a Sarah. Les observamos sin disimulo ninguno, él se aproxima cada vez más para hablarle y ella no deja de tocarse el pelo continuamente. Terminan besándose, por fin, y Sam y yo lo celebramos como si nuestro equipo hubiese ganado una final importante.

Un par de horas después, cuando salimos para volver a casa, nos cae encima una tormenta horrorosa. Llegamos a casa empapados. Nos vamos cada uno a nuestra habitación y justo cuando voy a acostarme entra Sam. Me quedo mirándole, de pie, mientras se mete en mi cama.

—Vamos, no seas boba —me dice—. Sé que tienes un miedo horroroso a las tormentas. Venga, métete en la cama y durmamos de una vez.

—Si es que eres un sol —le digo enternecida por su gesto y le hago caso.

Nos despierta un tirón de la ropa que nos deja completamente destapados.

—¡Levantaos, sinvergüenzas! —Es Willie, con una energía terrible—. No me digáis que vais a empezar otra vez. Juntos. —Hace señas más explícitas con las manos y me carcajeo.

—William, déjanos en paz. Ve a fornicar por ahí con tu novia y déjame vivir —le dice Sam mientras le tira un cojín. Willie se libra del golpe cerrando la puerta de la habitación—. Buenos días, ojitos, ¿has dormido bien? —me pregunta.

—Muy bien. —Me siento en la cama—. Será mejor que nos levantemos o Willie volverá al ataque.

—Que lo intente.

Me levanto y voy a la cocina con Willie. Sam se queda en mi cama a dormir un rato más. Me acerco sigilosamente y le agarro de la cintura por detrás.

—¿Buena noche, amigo? —Le suelto y le doy un beso en la mejilla. Después me sirvo un vaso de zumo y me preparo unas tostadas.

—Mmm... Ha sido muy raro. Necesito una visión femenina.

—Soy toda oídos.

Me siento en una de las sillas de la cocina, dispuesta a escucharle.

—Vamos a ver, nos enrollamos, ¿no? Nos fuimos a su casa y simplemente empezamos a hablar y hablar hasta que nos quedamos dormidos. —Asiento y evito como puedo que mis labios no se curven hacia arriba—. Esta mañana, al despertarme, estaba abrazándola. No pude soltarla, y cuando se despertó nos enrollamos, sin ir muy lejos, y me vine. —Se rasca la barbilla—. No sé si eso es bueno, es malo o qué cojones, pero juro que nunca en mi vida había hecho eso con una tía. —Me da la risa y no la reprimo. Me mira desconcertado.

—Willie, tienes un grave problema. Te has enamorado. —No soy capaz de cambiar el gesto de mi cara—. Anda, desayuna conmigo y olvídate un rato de tu chica.

Pasado el primer impacto al darse cuenta de que yo tenía razón, Willie vuelve a ser el chico de las bromas. Terminamos el desayuno y mi móvil empieza a sonar. Es Erika. Willie lo ve y decide responder él. Charlan unos minutos y después me pasa el teléfono. Hablamos largo rato, nos burlamos de Willie un poco mientras él se hace el ofendido y justo antes de colgar me confiesa que Guille ha preguntado por mí. No contesto.

—Está preocupado —continúa—, dice que no respondes a los mensajes ni le devuelves las llamadas. —Suspiro—. Quiere saber dónde estás. Quiere ir a verte.

—No, de ninguna manera, Erika, no voy a volver. No le contesto porque no se merece que le conteste. Además, ¿qué sentido tendría empezar algo que no va a llegar a ningún sitio? Él allí, yo aquí... No, si te pregunta otra vez, le dices que yo no te dejo decir nada hasta que no me establezca en un sitio definitivamente.

—Está bien —se conforma—. Voy a ir a verte pronto, que te extraño mucho, boba.

—Yo también a ti. Te dejo, que está amaneciendo don ojos azules.

Sam le pide a gritos a Erika que venga a cumplir con sus labores y ella suelta una risotada al otro lado de la línea. Cuelgo con una sensación agridulce.

—Bueno, bueno, ¿quién es entonces ese chico de allí que no va a llegar a ningún sitio? —Miro a Willie con la boca abierta—. Desembucha, ojitos. —Resoplo y veo que los dos están esperando a que hable.

—Está bien. —Me acerco a la mesa de la cocina y me siento con ellos—. Es Guille, el chico de Ibiza. Bueno, resulta que ahora es también mi guardaespaldas, pero no pasa nada más. Así que, marujos, no hay nada más que saber.

El resto del fin de semana lo pasamos, como es habitual, entre bromas y buen rollo, aunque la mayor parte del domingo estamos solos Sam y yo. Willie nos abandona por su nueva chica y

nosotros, muy teatrales, le ponemos cara de perro abandonado. Durante toda la tarde le enviamos muchos mensajes con fotos donde se nos ve desolados. Le enviamos fotos también a las chicas y llegamos a las lágrimas con alguna de Chris y Nadia. Así, el lunes por la mañana, cuando me quedo sola mientras mis dos chicos van a trabajar, me siento triste y sola. Cerca de las cuatro recibo una llamada. Me han dado el trabajo. Estoy eufórica y en cuanto mis amigos entran por la puerta me tiro a sus brazos. Les cuento que empiezo al día siguiente y que tengo su mismo horario.

Después de cenar llamo a Erika y le cuento la buena noticia. Se alegra mucho por mí y me promete que va a venir el fin de semana. Según cuelgo, mi móvil vuelve a sonar. Es Leo. Decido contestar, porque me ha estado llamando desde que llegué a Londres.

—Hola, Leo.

—Por fin me coges el teléfono. —Suspira al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás? ¿Y dónde estás? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, Leo. He venido a Londres, a casa de mis amigos, y no, no necesito nada. He encontrado trabajo. Puedo mantenerme sola. —Lo digo con cierto orgullo. Sé que se lo va a contar a mi padre.

—Ainhoa, vuelve aquí. Tu padre estaba muy enfadado, sí, pero se le pasará, y si no se le pasa puedes quedarte conmigo. Vuelve, por favor.

—Leo, no voy a volver. Mi padre no quiere saber nada de mí y yo no voy a arrastrarme más ante él. Bastante tiempo lo he hecho. Mi vida ahora está aquí, con Sam y Willie.

—Por lo menos, ¿puedo ir a verte?

—Puedes venir siempre que vengas como mi amigo, nada más —digo firmemente.

—Está bien. Tengo que colgar. Un beso, hermosa.

Tras esta llamada decido que es hora de que me vaya a dormir.

Me levanto de muy buen humor. Desayuno con mis dos amigos y me encamino a mi nuevo empleo. Me explican un poco la dinámica. Es un centro de menores muy parecido al de Nueva York, así que enseguida pillo el funcionamiento y me veo sumergida de lleno en mi trabajo. Salgo con una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez desde que me fui de Nueva York, vuelvo a sentirme útil.

La semana se pasa volando y el viernes Sam y yo vamos a recoger a Erika al aeropuerto. Se lanza hacia nosotros en cuanto nos ve. Nos llena de besos y abrazos y nos cuenta infinidad de cosas de camino a casa. La mayoría tienen que ver con Isaac. En cuanto ponemos un pie en la casa, le llama. Antes de colgar, Isaac me obliga a prometer que la voy a cuidar. Le mando a paseo diciéndole que eso me lo tendría que prometer él a mí. Se divierte con lo que le digo y oigo a Guille pedirle el teléfono.

—No cuelgues, por favor, Ainhoa. —Su voz suena diferente.

—Di todo lo que tengas que decir. —Sam y Erika se giran al oír cómo he cambiado de tono.

—Me comporté como un gilipollas, no dejé que me explicaras qué fue lo que pasó. No confié en ti y eso me está matando. —Se queda un momento callado—. No lo he hecho bien, pero tú tampoco. Te marchaste sin siquiera despedirte. Llevas más de una semana sin dar señales de vida y yo muerto de preocupación.

—Guille, para. Los dos lo hemos hecho mal, vale, pero yo no traicioné tu confianza y tampoco dejé de confiar en ti. Es lo más básico que tiene que haber entre dos personas. —Trago el nudo que se me forma en la garganta—. Tú y yo ya no tenemos ni eso, es mejor dejar las cosas así. Estoy lejos ahora y es probable que no volvamos a vernos más. Haz tu vida y deja que yo haga la mía. Y por cierto —añado justo cuando él iba a decir algo—, sí me despedí de ti. Justo antes de montarme en el taxi. Adiós, Guille. —Cuelgo, aunque me pide que no lo haga.

Cenamos *pizza* tirados los cuatro en el suelo del salón. Hablamos y nos hacemos bromas. Erika le pide a Willie que le presente a Sarah y quedamos en que al día siguiente cenaremos con ella. Cuando ya no podemos más, nos vamos a la cama. Erika y yo dormimos juntas. Me cuenta mil cosas acerca de su relación con Isaac y cuando intenta convencerme para que vuelva con Guille le pido que deje ese tema. Nos dormimos enseguida.

—¡Arriba, dormilonas! —dice Sam tumbándose entre las dos.

—Mira quién fue a hablar —le respondo mientras me estiro perezosamente.

—No te quejes, al menos no te he destapado mientras compartes cama. —Me incorporo y le miro.

—En eso te doy la razón.

—¿Con quién has compartido cama? —pregunta Erika incorporándose, rápida, ante un posible cotilleo.

—Conmigo, ¿con quién si no? —responde Sam. Erika nos mira y abre la boca—. No, Erika, no. Ya conoces su pánico a las pequeñas tormentas, y también sabes que soy un caballero. —Erika me mira y empezamos a reír como locas—. Eso, encima que me porto bien, os burláis de mí.

Pasamos todo el día en la calle. Erika es incansable y nos tiene recorriendo la ciudad de punta a punta. Finalmente, a la hora de la cena, vamos a un local que hay cerca para cenar con Willie y Sarah. Enseguida Sarah se anima y congenia a la perfección con nosotros. Salimos un rato a bailar y Sarah baila con nosotras como si nos conociese de toda la vida. Sam baila también con ella, que ahora parece menos tímida con él. Termina por perdernos la vergüenza a todos y se viene a casa a dormir con nosotros.

El domingo por la noche, cuando dejamos a Erika en el aeropuerto, ambas nos ponemos sensibleras y lloramos como dos bebés. Sam se queda consolándome como buenamente puede. Esa noche apenas duermo.

La semana se me hace cuesta arriba y el viernes Sam, Willie y Sarah, que últimamente pasa mucho tiempo con nosotros, deciden que tengo que salir a emborracharme para volver a animarme. Salimos y creo que nos bebemos todo el bar. En algún momento de la noche, Willie y Sarah se marchan. Cuando por fin también Sam y yo nos vamos, no podemos hacerlo peor.

Primero nos tiramos más de cinco minutos intentando abrir el portal; tras conseguirlo y festejarlo, subimos a la puerta de nuestro piso. Tampoco logramos abrirla y a punto estamos de dormir en el rellano, pero en un último intento acierto con la cerradura y en la euforia del momento empezamos a besarnos con tanta pasión que terminamos en mi cama. Juntos, revueltos y desnudos.

—¡Dios, cómo me duele la cabeza! —digo cuando me despierto.

—Shhh —responde Sam—. Creo que nunca había bebido tanto.

En ese momento Willie abre la puerta de la habitación y se acerca dispuesto a destaparnos.

—Willie, no creo que quieras hacer eso —le prevengo. Nos mira y sale negando de la habitación.

—Lo has escandalizado al pobre —dice Sam sonriendo.

Me visto y salgo del cuarto mientras Sam lloriquea y se queja porque, según él, el abandono de la cama antes de las diez de la mañana en fin de semana o vacaciones es un delito. Llego a la cocina y desayuno con Willie. Me pregunta cómo llegamos a casa y, tras contarle la aventura, acabamos llorando de la risa. Sam entra poco después a la cocina y, después de tomarse un analgésico, se une a nosotros.

Los días y las semanas con mis amigos y mi nuevo trabajo pasan volando y cuando quiero darme cuenta ya es Navidad. Sam y Willie se marchan una semana a ver a sus familias. Me invitan a ir con ellos, pero declino la invitación. También Erika y Leo me piden que la celebre con ellos en Madrid, pero tampoco voy. Me quedo en Londres y trabajo esas semanas en que todo el mundo quiere vacaciones. Guille me manda mensajes a menudo y contesto de vez en cuando. También me pide que vaya a Madrid a pasar las fiestas.

Esa semana se me hace muy pesada. Estar sola en un país lejos del mío en estas fechas me pone más sentimental. No puedo evitar llorar en varias ocasiones recordando lo feliz que era de niña cuando llegaba la Navidad. Mis padres y yo decorábamos el árbol y toda la casa. Poníamos un pequeño belén, escuchábamos villancicos y siempre había muchos regalos bajo el árbol, pero todo terminó el año en que mi madre murió. Ahí se acabó la Navidad para mí.

Mi padre no me llama para desearme feliz Navidad ni para ninguna otra cosa, y yo tampoco lo hago. Me decido a preparar la maleta y olvidarme de todo. Sam, Willie y yo nos vamos a celebrar el Año Nuevo a Nueva York con Isaac y las chicas.

El día que cogemos el vuelo los dos hacen todo lo posible para que mi melancolía navideña quede casi olvidada. No obstante, antes de aterrizar ya en Nueva York, y mientras Willie duerme, Sam me abraza y me dice que no va a dejarme estar triste y me hace prometerle que las próximas Navidades no seré tan cabezona y me irá con él. Le sonrío y me apoyo en él hasta que aterrizamos.

Las chicas nos esperan en la terminal y las besamos y abrazamos en cuanto las vemos. Tenemos

que esperar una hora más a que lleguen Erika e Isaac, así que nos acercamos a una de las cafeterías para tomar algo mientras. Willie les habla orgulloso de Sarah y ellas alucinan al verle tan enamorado. Enseguida comenzamos con las bromas y la algarabía, y la hora se nos pasa volando. Vamos a la puerta por la que deberían entrar Erika e Isaac y casi me caigo del susto. Guille viene con ellos. Le pregunto a Chris por lo bajo si ella sabía algo y asiente.

—¿Tú no? —me pregunta. Niego con la cabeza.

Tras los besos y abrazos pertinentes, nos vamos al piso de las chicas. Tiene cuatro habitaciones, así que dormiremos de dos en dos. Cenamos y nos tiramos en el suelo mientras nos tronchamos con las bromas de unos y otros. Y nos quedamos gratamente sorprendidos al ver que Guille también participa con todos. Nos acostamos muy tarde. Erika y yo dormimos juntas y abrazadas como tantas otras veces.

Cuando nos despertamos, es un caos. Tenemos que prepararnos pronto para salir a Times Square después de comer y asegurarnos posiciones privilegiadas para la fiesta de fin de año. Soy la primera en terminar de prepararme y decido esperar al resto en la pequeña terraza. No han pasado ni dos minutos cuando Guille aparece a mi lado.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. —Nos quedamos callados un rato y decido romper el silencio—. ¿Has encontrado otro trabajo? —Me mira con el ceño fruncido.

—Nunca perdí mi trabajo. Sigo trabajando para la empresa de tu padre y Fernando. Irónicamente, ahora me encargo de Leo. —Le miro y se me escapa una carcajada.

—Eso sí que es un giro dramático de los acontecimientos. —Me apoyo en la barandilla de la terraza y Guille se acerca mucho a mí.

—Ainhoa, no te imaginas cuánto te he extrañado. —Pega su frente a la mía y me agarra la cintura. Mi mano sube a su cara y le acaricio.

—Yo también te he extrañado, Guille. —Me aprieta contra él—. Pero eso no cambia las cosas.

Abre los ojos y me mira. Nos quedamos callados unos minutos, pegados uno contra otro. Mirándonos a los ojos.

—Para mí, saber que has estado como yo sí que cambia las cosas. —Acerca su boca a la mía y me besa. Y le beso.

—Guille. —Me retiro un poco—. No me hagas esto, por favor. —Apoyo mi frente en su pecho.

—Sé que necesitas estar bien contigo misma y que eso lleva tiempo. Te lo estoy dando, pero no me pidas que si te veo no te bese, no te toque o no te abrace. Porque no puedo evitarlo. —Pone una mano en mi nuca y me atrae hacia él de nuevo. Nos besamos.

—Guille, tengo miedo. —Me mira sin entender—. Tengo miedo a enamorarme perdidamente de ti y que un día te vayas. —Suspiro—. No podría soportarlo. Necesito estar muy segura antes de empezar algo contigo que sé que va a conducirme a enamorarme. —Sus labios se curvan hacia arriba y me mira con intensidad.

—No tengas miedo, porque yo ya estoy perdidamente enamorado de ti. Es verdad que nos

conocemos muy poco, y realmente no sé cómo ha ocurrido, pero te tengo bajo la piel y ni puedo ni quiero sacarte. —Coge mi cara entre sus manos—. Te esperaré el tiempo que haga falta, Ainhoa, te lo juro.

Willie aparece en la terraza y conversamos los tres amigablemente. Poco a poco va sumándose el resto y cuando estamos todos cogemos las provisiones, unos sándwiches y unos refrescos para cenar y nos vamos. Pasamos la tarde y la noche en el bullicio que se forma en la calle. Conocemos a un grupo de españoles y a otro de argentinos con los que enseguida congeniamos, así que terminamos siendo un grupo de veinte. Nos lo pasamos como enanos y sin duda somos los más ruidosos de todos. A medianoche vemos caer la bola, emocionados, y después cumplimos con la tradición del beso de los estadounidenses. Mi primer beso de este nuevo año es para Guille, aunque terminamos besándonos todos con todos. Continuamos la fiesta durante varias horas más. Los primeros en irse son Erika, Isaac y Willie. Nadia y Sam se pierden con los nuevos amores de sus vidas, Guille y yo decidimos volver a casa y Chris se queda con nuestros nuevos amigos.

—Ha sido una noche divertida —comenta Guille mientras caminamos cogidos de la mano.

—Mucho. —Le digo contenta—. Nunca te había visto divertirse tanto.

—Creo que nunca me lo había pasado tan bien en mi vida.

Cuando llegamos a casa de las chicas, me encuentro con un papel en la puerta de mi habitación. «Tía, te cambio por Isaac, vete con Guille, que no te va a morder (o eso creo). Te he dejado tu pijama en su cama. Te quiero, boba.»

Me dirijo a la habitación de Guille y nos chocamos cuando él abre la puerta y sale con mi pijama en la mano.

—¿Esto es tuyo? —pregunta con una sonrisa.

—Sí, es mío. Erika me ha cambiado por Isaac, así que, o me das asilo, o me toca dormir en el sofá.

Me levanta del suelo y me lleva dentro de la habitación. Cierra la puerta con el pie y camina hasta la cama. En su mirada puedo ver lo mucho que me desea y supongo que él ve lo mismo en mis ojos.

—Me muero de ganas de estar dentro de ti, preciosa, pero si no quieres dilo ahora, porque como te toque no voy a poder parar.

Me pongo de rodillas en la cama y me acerco al borde. Le paso las manos lentamente por el cuello y me detengo en su nuca. Cierra los ojos y puedo ver el trabajo que le está costando estar quieto.

—Nada en el mundo me gustaría más. —Abre los ojos lentamente y me lanza una mirada feroz.

Esa noche apenas dormimos. Hacemos el amor varias veces y hablamos de mil cosas. No llevamos ni tres horas de sueño cuando Erika entra como un vendaval a la habitación.

—Ainhoa, las chicas nos vamos de compras, ¿te vienes? —Se acerca a la cama lo suficiente como para darse cuenta de que no llevo pijama y de que Guille y yo estamos muy juntos—. Perdón, no quería..., es decir..., no sabía...

—Erika, respira, solo estamos durmiendo. —Noto en mi espalda cómo vibra el pecho de Guille por las risotadas contenidas—. Ahora mismo me levanto y vamos donde queráis.

—De acuerdo. Yo..., esto..., voy a preparar el desayuno.

Al cerrar la puerta, Guille estalla en carcajadas y termino acompañándolo. Me levanto a pesar de que mi compañero de cama se opone con bastante resistencia. Me pongo el pijama bajo su atenta mirada y salgo a desayunar con las chicas. Desayunamos en un silencio tranquilo y observo la cara de resaca que tienen nuestras anfitrionas. Al terminar, nos preparamos y salimos de compras. Interrogamos a Nadia sobre su ligue y nos da muchos más detalles de los que le pedimos. En una ocasión, Chris le suplica que pare o acabará vomitando, pero ella sigue. Erika y yo nos tronchamos cuando las dos se pelean. Chris nos habla de lo bien que se lo pasó con los argentinos, que han tenido un aguante tremendo en la fiesta. Cuando acaban con sus historias empiezan a interrogarme sobre Guille. Al principio no quiero contarles nada, pero termino contándoles todo. Incluso les confieso que creo que me estoy enamorando de él. Después es el turno de Erika y su romance con Isaac, y nos anuncia que está dispuesta a hablar con sus padres sobre su relación y lo poco que le importa si lo aceptan o no.

—Hombre, las mujeres de la casa —dice Sam en cuanto entramos en el piso—, menudas horas de volver.

—Anda, ligón, a sermonear a otras. —Le doy un beso en la mejilla mientras sonrío.

—No te pongas celosona, tonta. —Le saco la lengua y voy a llevar las bolsas a mi cuarto.

En cuanto entro, alguien aparece detrás y cierra la puerta.

—Necesito que hablemos cinco minutos. ¿Me los concedes? —Es Sam.

—Claro que sí, tonto. Desembucha.

—No me vas a creer, pero creo..., creo que me he enamorado. —Abro mucho los ojos—. Lo sé, es difícil de creer.

—No seas bobo, es solo que no me lo esperaba. ¿Y de quién te has enamorado?

—Verás... Anoche, entre toda la gente, vi a una chica que me llamaba la atención. Me acerqué a hablar con ella y nos dimos cuenta de que nos conocíamos. Veraneábamos en el mismo sitio de adolescentes. Hablamos durante un buen rato y, en una ocasión, un mechón rebelde se le escapó del recogido. Te juro que creí que nunca había visto a una chica tan bonita. Le puse el pelo detrás de la oreja y una descarga me sacudió por completo. No pude despegarme más de ella y tengo claro que no quiero despegarme nunca más.

—Madre mía, Sam, estás hasta las trancas. —Se muestra tímido de repente—. ¿Vive aquí?

—No. Vive en Londres. —Se le ilumina la cara—. Siempre pensé que tú eras la mujer de mi vida, Ainhoa, y ahora me doy cuenta de que nunca he pensado en ti de la manera en que pienso en ella.

—Eso me ha dolido. —Me toco el corazón y me tiro hacia atrás en la cama. Oigo cómo bufá y me incorpora—. Sam, me alegro muchísimo por ti, de verdad. —Le abrazo—. ¿Cuándo vas a presentármela?

Salimos de la habitación juntos y todos se giran para mirarnos. Sam me mira y yo le miro a él. Intento no empezar a desternillarme porque sé lo que todos piensan, pero Sam, que ha debido leerme la mente, empieza a carcajearse y yo le sigo enseguida.

—No, otra vez no. Sois insaciables. Pervertidos —dice Willie, y Sam y yo no podemos parar de troncharnos. Veo a Guille tensarse y me acerco hasta él. Me siento en sus piernas y le paso una mano por el cuello.

—No, Willie, solo estábamos hablando. —Guille pasa una mano por mi cintura y me acerca a su cuerpo un poco más.

—Aaah, vale, ya lo he entendido. —Le guiña un ojo a Guille y le dice a Sam—: Tío, dale una patada en el culo al grandullón. Te ha levantado a tu futura esposa.

Sam me mira y volvemos a estallar en carcajadas.

Cada uno se marcha en una dirección y nos quedamos Guille y yo solos en el salón. Me da un suave beso en los labios.

—¿Qué hacíais los dos en la habitación? ¿Y a qué ha venido eso de «tu futura esposa»? —Frunce un poco el ceño y no puedo evitar sonreír.

—¿Celoso? —No contesta—. Está bien. Estábamos hablando. Sam es mi mejor amigo y siempre que le pasa algo me lo cuenta. Como habrás comprobado, mis amigos son una panda de cotillas, y en la habitación estábamos resguardados de oídos indiscretos.

—Mmm..., vale, pero no has contestado a mi segunda pregunta. —Le miro un instante antes de responder.

—Te conté que Sam y yo salimos juntos, ¿verdad? —Asiente—. Bien, una noche, tiempo después de que cortáramos, bebimos mucho. Nos enrollamos y, en pleno subidón del alcohol, firmamos un contrato que estipula que si a los cuarenta ambos estamos solteros, nos casaremos. —Veo su cara entre incrédula y divertida—. No me preguntes de dónde sacamos el papel, que lleva hasta sello y todo. —Sigo con gesto alegre—. A eso venía.

—Bueno, entonces tendré que casarme contigo antes de que cumplas los cuarenta —dice con gracia y nos besamos.

Los dos días siguientes son geniales. Salimos a pasear por las calles de Nueva York y, lo más importante, estamos de nuevo juntos y felices. Nadia y Chris nos llevan al aeropuerto, nos despedimos de ellas y, cuando se van, Sam, Willie y yo nos despedimos de Erika, Isaac y Guille. Nos obligan a prometer que iremos a verles en el próximo mes. Guille me aparta del resto.

—Prométeme que vas a cogerme el teléfono cuando te llame —me dice con angustia, el pobre.

—Te lo prometo, grandullón. —Le doy un beso mientras me aprieta fuerte contra él—. Enseguida vamos a vernos de nuevo, ya verás.

—Eso espero, pero como no vengas voy a ir yo a buscarte. —Vuelve a besarme.

Sam viene a por mí y me arranca de los brazos de Guille. Nos separamos y cada pequeño grupo coge su vuelo.

Al llegar a Londres estamos agotados, y al día siguiente los tres empezamos de nuevo en

nuestros respectivos trabajos.

Capítulo 7

—No te haces una idea de lo mucho que te he extrañado —dice mi chico en cuanto me recoge en el aeropuerto.

—¡Pero si viniste a verme el fin de semana pasado!

—Una eternidad.

En los últimos cuatro meses, Guille y yo nos hemos estado visitando continuamente. De no haber sido porque Sam y Willie estaban perdidamente enamorados de sus chicas, sus bromas acerca de lo enamorada que parezco yo hubiesen sido tremendas. Guille quería que viniera antes, pero mi trabajo en Londres me ha retenido allí hasta ahora, porque después de mi contrato de seis meses no han querido que me vaya. Están encantados con mi trabajo y me han ofrecido un puesto fijo en la empresa. Al comentarles que quería volver a España, enseguida han accedido a trasladarme a su centro de Madrid. He tenido que arreglar el papeleo, lo que me ha llevado una semana, en la que Guille no ha dejado de pedirme que volviese ya.

—Hemos llegado —dice mientras aparca delante del piso que ahora comparte con Isaac y Erika.

Erika vive con ellos desde que le contó a su padre que salía con Isaac. Fernando puso el grito en el cielo y despidió al pobre Isaac, que ahora trabaja en otro sitio. Intentó que Erika le dejase y para presionarla le quitó de un día para otro todos los caprichos. A ella le dio igual y sigue con Isaac. Por suerte, no la despidió, y gracias a eso han podido mudarse a un piso más grande que el que los chicos tenían, aunque más pequeño que el nuestro. Ahora que he vuelto, Guille y yo empezaremos a mirar uno para nosotros dos.

Al entrar en la vivienda, mi mejor amiga corre a saludarme. Me abraza, me besa y enseguida empieza a hablarme de mil y una cosas. Sonríe por estar de nuevo con ella. Me preparan, entre ella y Guille, una cena deliciosa que tomamos en cuanto llega Isaac. Cenamos entre bromas y buen rollo y me siento una privilegiada por tenerlos en mi vida.

—Mira esto —me dice Guille mientras se sienta en nuestra cama. Me muestra la pantalla del portátil—. ¿Qué te parece?

Veo el piso que ha escogido para nosotros. Es pequeño, pero muy bonito, y, lo más importante, tiene una pequeña terraza y no se nos va de presupuesto.

—Es precioso —le digo—. Me encanta.

—Sabía que te iba a gustar. —Cierra el portátil y lo guarda—. Por eso...

Me enseña unas llaves.

—Nooooo..., ¿ya podemos ir allí a vivir?

Deja las llaves en la mesilla.

—Sí. —Se mete en la cama conmigo—. Esta semana, como no llegabas, tenía que entretenerme con algo, aparte de llevar al mequetrefe de tu amigo de un sitio a otro. Busqué y vi este. Sabía que te iba a encantar, así que lo alquilé. Ayer me dieron las llaves y ya he llevado mis cosas y las que tú tenías aquí. Solo falta lo que has traído hoy.

—Dios, Guille. Eres el mejor novio del mundo. —Me tiro a sus brazos y le beso mientras me mira orgulloso y feliz—. Te quiero.

—Yo también te quiero, rubita.

Cuando me despierto al día siguiente, mi chico ya se ha ido a trabajar. No le he sentido levantarse. Voy a la cocina a desayunar y, en cuanto termino, bajo a buscar mi coche, que Guille tiene aparcado en su garaje desde que yo me fui, y llevo el resto de mis cosas a nuestro nuevo piso. Las coloco y cuando termino llamo a Erika para comer juntas.

—Hola, dormilona, ¿qué tal?

—Oye, que no he dormido tanto. ¿Puedes quedar a comer conmigo?

—Espera, que miro mi agenda... ¡Claro que sí, boba! Bueno, si no te importa que venga Leo, hoy había quedado con él para comer.

—Está bien. Mándame la dirección y voy.

Colgamos y al segundo recibo la dirección. No me apetece llevar el coche, así que decido ir en metro. Mientras espero en la puerta del restaurante veo aparecer el coche que conduce mi chico. Le sonrío y le guiño un ojo mientras Leo y Erika se bajan. Es mi amiga quien me saluda primero, lo que da tiempo para que Guille arranque de nuevo el coche. Leo me levanta del suelo en un fuerte abrazo a modo de saludo.

Mientras comemos, Leo no deja de preguntarme cosas. Que si tengo trabajo, que dónde voy a vivir, si voy a vivir sola... Le contesto que tengo trabajo y que no voy a vivir sola, que vivo con un chico muy majo. Esto último le saca de quicio e intenta convencerme de que me vaya a vivir con él, que le conozco y sé que no es un perturbado que puede intentar matarme. A Erika y a mí nos hace mucha gracia su ocurrencia y él se lo toma todavía más en serio.

Terminamos de comer y Leo insiste en que Guille me lleve a casa. Yo acepto enseguida. Les dejamos primero en la oficina y, como siempre, Guille para el coche un par de calles más adelante para que ocupe el asiento del copiloto. Le beso nada más subir y nos vamos a casa.

Esa tarde, cuando vuelve al piso después del trabajo, trae un humor de perros.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras se sienta a mi lado en el sofá. Me mira de reojo y cierra los ojos.

—Tu amiguito me ha pedido tu dirección. He tenido que dársela.

—Bueno, no pasa nada. —Me mira como si hubiese dicho la peor barbaridad del mundo.

—¿Y si viene? ¿Voy a tener que esconderme en mi propia casa?

—No, si viene, tú estás en tu casa. Le conté que compartía piso, además, ya no me importa, que

se enteren todos de que tengo el mejor novio del mundo. —Le sonrío y me siento a horcajadas sobre él. Pasa las manos por mi cintura y me devuelve el gesto.

—Si viene y yo no estoy, avísame enseguida.

—Sí, señor. —Le beso y nos fundimos en uno.

Los días están siendo aburridos. Me han dado la semana libre para instalarme, y como Erika y Guille trabajan, no tengo nada demasiado interesante que hacer. El viernes decido preparar una cena especial para Guille y para mí. Él llega cuando casi lo tengo todo a punto. Me entretiene un rato, pero consigo que me deje y se va a la ducha. No han pasado ni dos minutos cuando suena el timbre de la puerta. Me acerco pensando que será algún vecino.

—Hola, hermosa —me dice Leo en cuanto abro. Me quedo un momento confundida, pero enseguida me repongo.

—Hola, Leo, pasa. ¿Qué te trae por aquí? —pregunto mientras le hago una señal para que pase. Después me sigue a la cocina.

—Venía a invitarte a cenar, pero ya veo que llego tarde para eso. ¿Esperas a alguien? —Se mete las manos en los bolsillos y se apoya en la pared.

—La verdad es que no. Solo estamos mi compañero y yo. —Se queda callado mirándome y me veo en la obligación de invitarle—. ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros?

—Será un placer, así conozco a tu compañero. —Le doy la espalda porque me hace gracia y continúo con los últimos preparativos de la cena—. ¿Tardará en llegar?

Me giro.

—¿Quién? —pregunto extrañada.

—Tu compañero.

—¡Ah! En realidad, no. Está duchándose en este momento.

Como si estuviese conectado con mis palabras, Guille entra en la cocina. Leo está de espaldas, así que Guille le lleva ventaja para sorprenderse y poder cambiar la cara. Leo no tarda en girarse al ver que yo miro detrás de él.

—Mira, hablando del rey de Roma. Creo que ya os conocéis.

Leo está muy sorprendido y veo la felicidad que eso le causa a Guille.

—Hola, jefe —dice mi novio con toda la guasa que tiene extendiendo la mano a Leo.

—Guille —le da un apretón formal en la mano—, no sabía que tú eras su compañero de piso.

—Bueno, Leo, ahora ya sabes que no vivo con un perturbado —añado y sonrío—. Id al salón, ahora voy yo con la cena.

Salen los dos de la cocina y Guille no tarda nada en volver con la excusa de coger los platos y demás. Me descubre sonriendo. La situación me hace gracia.

—No sé dónde coño le ves tú la gracia —me dice en voz baja.

—Déjame troncharme a gusto. —Le saco la lengua con humor—. ¿Eres consciente de que esta noche podría darse cuenta de que somos más que compañeros de piso? —Refunfuña algo, aunque veo que hace un mohín divertido.

Salimos ambos hacia el salón. Él con los platos y vasos, yo con la cena. La situación es un poco incómoda. Puedo notar la tensión que existe entre ellos y que no disminuye ni un ápice cada minuto que pasa. Yo aguanto como puedo, pero llega un momento, al final de la cena, en el que todo me parece tan surrealista que comienzo a carcajearme hasta las lágrimas. Leo me pregunta que qué es eso tan divertido que se me pasa por la cabeza, pero no soy capaz de contestar.

—Trastorno múltiple de personalidad —suelta Guille—. Se está medicando. —Leo me mira atónito.

—Guille, por Dios —digo como puedo intentando respirar normalmente de nuevo, y me seco las lágrimas—. No le hagas caso, Leo. Solo es la situación. —Vuelvo a reírme—. En serio, chicos, parece que os han metido a los dos un palo por el culo. Podéis pasároslo bien. —Ante eso, Guille ya empieza a cambiar su rictus y Leo nos mira sin un ápice de humor en el rostro. Finalmente, intento retomar la conversación—. Perdón. —Aún no consigo ponerme seria—. Entonces, Leo, ¿qué tal va el trabajo? —Se relaja visiblemente ante un tema del que puede hablar.

—Bueno, la verdad es que hay mucho por hacer. Desde que te fuiste, tu padre no ha dejado de cargarme de trabajo. —Se inclina hacia adelante—. Ainhoa, ¿por qué no te planteas volver? Sé de buena tinta que tu padre aceptaría que vuelvas.

—Leo —pongo mi mano encima de la suya y noto la de Guille en mi muslo—, no voy a volver a un lugar donde no me siento a gusto, además, no tardaría ni dos días en despedirme otra vez.

Retiro mi mano de la suya y me recuesto hacia atrás.

—Eres muy eficiente, Ainhoa, hasta tu padre puede ver eso. No va a despedirte.

Miro a Guille antes de hablar.

—Me despediría en cuanto supiera que estoy saliendo con alguien, Leo, y tengo muy claro que no voy a dejar de estar con él solo porque mi padre no quiera.

Veo cómo aprieta los puños y la pequeña sonrisa que asoma en la boca de Guille. Nos quedamos en silencio y Guille, que ha entendido que debo hablar con Leo, se marcha a la cocina con la excusa de recoger.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? ¿Es ese chico de Londres? —pregunta de carrerilla.

—Sí, lo conoces, y no, no es el chico de Londres, ya te expliqué mil veces que Sam es simplemente mi mejor amigo. Puedo tener amigos hombres —digo un poco exasperada—. Estoy saliendo con Guille.

Se gira de forma instintiva y vuelve a mirarme rápidamente. Luego agacha la cabeza y me mira de nuevo.

—¿El chófer? ¡Dios santo! ¿Pero en qué estáis pensando mi hermana y tú? —Niega con la cabeza—. Primero mi hermana y ahora tú... ¡con tu chófer! ¿Le prefieres a él antes que a mí?

A estas alturas ya me he cabreado e intuyo que Guille en la cocina no estará mucho mejor.

—Mira, Leo, no voy a discutir contigo. Guille es mi novio, sí, es chófer, como bien has dicho las cincuenta veces que lo has hecho, y sí, le prefiero a él antes que a todos los demás, porque él

me quiere por lo que soy, no por quién soy. Y ahora, si no te importa, te pido que te vayas de mi casa.

Me mira durante unos instantes como si no comprendiera lo que digo, pero finalmente se levanta y se marcha. Apoyo la cabeza contra la mesa. No entiendo por qué se ha puesto así. Un chófer, dice, como si fuese algo malo. La cabeza me da mil vueltas. Noto dos manos en mis hombros. Me incorporo y veo a mi chico mirándome. Me da la mano, me levanto y nos sentamos en el sofá. Estamos un rato en silencio. Yo apoyada en su clavícula mientras él acaricia mi cabeza. Me retiro un poco y le miro. Está muy callado y así se lo digo.

—Es que estoy pensando. —Me mira y remira—. Me siento muy orgulloso de que me hayas defendido tan bien, pero no puedo evitar pensar en lo que Leo no ha dicho pero ha dejado ver.

—¿A qué te refieres? —pregunto confundida.

—Soy un chófer, eso ha quedado claro —comienza a decir tristemente—. Ainhoa, no voy a poder darte nunca lo que él puede ofrecerte. Una mansión enorme, doce hijos, cuatro coches, dos yates, un avión privado..., todo eso lo has perdido conmigo. Tú estás acostumbrada a esa vida. —Sueno cansado—. Yo no solo te lo estoy quitando, sino que también te quito toda posibilidad de recuperar todo eso.

—¿Piensas de verdad que soy tan materialista? ¿No crees que de haber querido todo eso hubiese seguido en la empresa de mi padre? ¿Piensas que como educadora social voy a hacerme rica? ¡Por Dios! Me da la sensación de que no me conoces de nada, Guille. —Me levanto del sofá—. Creo que será mejor que me vaya ahora. No me apetece seguir aquí.

Salgo del piso con las lágrimas rodando por mis mejillas. Llamo a Erika y enseguida queda conmigo en una cafetería entre su casa y la mía. Al verme llorar se asusta. Le cuento todo lo que ha pasado. Ella se limita a escuchar atentamente. No me dice nada, sabe que en este momento nada de lo que me diga me va a servir. Está conmigo hasta altas horas de la madrugada y, finalmente, me marcho a dormir a su casa. Cuando llegamos, Isaac está dormido. Le pido que no le cuente nada y que no le diga que he venido a dormir. Acepta y nos vamos a la cama.

Apenas he dormido un par de horas. Me levanto y salgo antes de que se levanten Erika e Isaac. Le mando un mensaje a mi amiga para que sepa que me he ido. Deambulo por las calles hasta que me decido a entrar en una cafetería y desayunar. Tengo varias llamadas y multitud de mensajes de Guille, pero no me apetece hablar con él. Vuelve a sonar mi móvil. Miro y veo el nombre de Willie. Cojo el teléfono sin dudar y hablo con mi amigo un rato. Sarah está con él y también se pone al teléfono. Después se lo pasa a Sam.

—¿Dónde estás, ojitos? —pregunta muy serio.

—¿A qué viene eso? —digo a la defensiva.

—Viene a que me ha llamado Guille muy preocupado porque llevas sin dar señales de vida desde ayer por la noche, y llamo a Erika y me dice que no sabe nada. Miente muy mal, ya la conoces. Cuéntame de una vez qué pasa y dime dónde estás.

—Estoy desayunando en un bar, Sam. —Le cuento toda la historia—. Por eso necesitaba

alejarme un poco y respirar.

—Ainhoa, solo dime que le vas a llamar para decirle que estás bien. Ha pasado un infierno de noche, que no digo que no se la merezca por capullo y dudar de que le elegirás siempre, pero no seas cruel, ya le has dado su merecido.

—Está bien. Ahora le llamo.

—Así me gusta, ojitos. Que seas obediente. Un beso.

—Un beso, bobo.

Cuelgo y me paso al menos un cuarto de hora mirando la pantalla de mi móvil. Al final decido que lo mejor es que vuelva a casa. Estoy cerca y prefiero que hablemos cara a cara. Me paro antes de entrar al portal y vuelvo a hacerlo al llegar a la puerta del piso. Respiro hondo y entro. Nada más abrir, me encuentro a Guille sentado en el suelo, con el móvil en la mano y mirando hacia mí. Cierro la puerta y me siento frente a él.

—¿Dónde has estado toda la noche? —pregunta.

—He dormido en casa de Erika e Isaac.

—No me mientas. He llamado a Isaac y me ha dicho que no te había visto, y tu amiga lo mismo.

—Llamé a Erika al salir de aquí. Estuvimos en una cafetería no muy lejos hasta muy tarde y después me fui con ella a su casa. Isaac no me ha visto porque me levanté temprano, y le pedí a Erika que no os dijese nada, ni a ti ni a Isaac. Necesitaba un poco de espacio. —Acercó las piernas a mi cuerpo y me las abrazo.

—¿Por qué te has ido? —pregunta con el ceño fruncido y clavando sus ojos en los míos.

—¿Que por qué? —Niego con la cabeza—. No esperarías que después de decirme lo que piensas, que me voy a aburrir de ti a la primera de cambio, que Leo es mejor para mí y que soy una materialista, me quedase a tu lado haciéndote la ola. No tenía ganas de gritarte y de que terminásemos los dos diciendo cosas de las que nos íbamos a arrepentir.

—No dije eso —dice suavizando el tono.

—Ciertamente no lo dijiste con esas palabras, pero ese era el contenido. —Me levanto del suelo y él también lo hace rápidamente.

—¿Vuelves a irte? Ainhoa...

—Solo voy al salón —le corto. Viene detrás y se sienta a mi lado en el sofá. Nuestras piernas se rozan y ese simple contacto hace que mi enfado baje al mínimo.

—Perdóname, cariño. No debí dudar de ti. —Agacha la cabeza y la sostiene con sus manos.

—No debiste dudar de nuevo, Guille, te quiero, te quiero mucho, pero no puedo vivir pensando en que vas a desconfiar de mí a la primera de cambio. Quizás es mejor que nos demos un tiempo...

—De ninguna manera —me interrumpe. Se incorpora y coge mi cara en sus manos—. No voy a dejar que te vayas otra vez, Ainhoa, porque te quiero como no he querido antes a nadie. Soy un cabrón con suerte por tenerte. Esta noche ha sido un jodido infierno, no sabía qué hacer. Y no quiero ni pensar si te vas. La sola idea de que otro pueda tocarte, de que puedas amar a otro, me

mata. —Apoya su frente en la mía sin soltarme y cierra los ojos. Le acaricio la cara y, como si eso fuese lo que estaba esperando, sus hombros se destensan y me besa.

Dicen que lo mejor de las peleas son las reconciliaciones, y después del fin de semana que hemos pasado no puedo estar más de acuerdo. Apenas salimos de la cama en los dos días. Cuando el lunes tenemos que levantarnos para trabajar, nos cuesta horrores. Salimos cada uno a nuestro trabajo y Guille promete llamarme en cuanto sepa si Leo quiere o no despedirlo. Me hace una breve llamada una hora después para decirme que sigue con su trabajo y yo le mando mil besos para animarle la jornada. Yo aquí hago lo mismo que en Londres, así que no tengo problema para poner al día los temas pendientes. Mis compañeros son muy majos y la mayoría de los niños con los que me toca trabajar son un amor. Hay algunos un poco conflictivos, pero después de la vida que han llevado es lo normal.

—Estoy llegando, te lo juro —le digo a Erika por teléfono.

—Guille dice que muevas más rápido el culo.

Sonrío. Es viernes, y para celebrar mi primera semana de trabajo hemos quedado los cuatro a cenar en una pizzería cerca de casa de Erika. Entro casi corriendo al local y los veo sentados en una mesita al fondo. Me siento con ellos y, como las *pizzas* ya están en la mesa, cenamos. Nos lo pasamos bien mientras hablamos de todo un poco. Cuando hemos terminado, Erika empieza a sincronizarnos. Quiere que volvamos a Ibiza este verano, así que hay que encontrar unas semanas que nos vayan bien a todos. Sam, Willie y sus chicas le han dicho que no hay problema mientras elijan ya la fecha. Nadia y Chris prefieren el mes de julio, y aquí está mi amiga intentando cuadrarnos a todos. Yo solo tengo quince días de vacaciones, y eso la está matando.

—Deberías tener un mes, no es justo —dice haciéndome un mohín.

—No todo el mundo se puede permitir esas vacaciones, bonita. Por cierto, Isaac, ¿te dan el mes entero a ti?

Él niega con la cabeza.

—Solo me dan dos semanas, como a ti.

—Lo único que me consuela es que cuando te vayas llegará Isaac. —Se apoya en su chico, que le besa en la frente.

—¿Y tus vacaciones? —le pregunto a Guille.

—No lo sé, aún no me ha contestado Leo.

—No te preocupes, te va a dar la quincena de Ainhoa, de eso me encargo yo. Mi hermano va a tener que escucharme. —Sonrío. Cuando Erika se propone algo, lo intenta hasta las últimas consecuencias.

Enseguida envía mensajes a los demás y todos comienzan a aportar sus ideas, a cada cual más

loca. Salimos de la pizzería y vamos a tomar algo a un bar cercano con unos amigos de los chicos. Me encanta observar a Guille en su ambiente. Se le ve relajado y eso es algo inusual. Erika y yo hablamos mientras ellos hacen lo mismo con sus amigos. Al cabo de una hora, Guille se acerca a mí y me abraza desde atrás.

—¿Nos vamos a casa? —me susurra al oído con tal sensualidad que, si no llego a estar sentada, las piernas se me hubiesen derretido.

—Cuando tú quieras, cielo. —Me giro y le beso.

Nos vamos a casa y apenas dormimos en toda la noche. Por la mañana me levanto cansadísima. A pesar de ser sábado, tengo que trabajar. Necesitamos todo el dinero que podamos conseguir para pagar nuestras vacaciones. Así que haré horas extras y Guille trabajará los sábados por la noche como portero en una discoteca. Salgo con el tiempo justo para llegar al centro y vuelvo a casa poco antes de las cuatro de la tarde. Él está en la cama durmiendo la siesta. Decido no molestarle y me voy a la cocina a comer.

Esa noche Guille se va a regañadientes a trabajar y yo me quedo viendo una película en el sofá. Me duermo antes de que termine y cuando él llega me coge en brazos y me lleva a la cama. Mientras, le beso varias veces en el cuello y le pregunto por su primer día de trabajo. Se queja de los borrachos al tiempo que me deja en la cama. También protesta porque, con todas las discotecas que hay en la ciudad, Leo ha tenido que ir precisamente a la suya. Frunce el ceño y se mete en la cama conmigo. Le toco el ceño fruncido y después le levanto las comisuras de los labios con mis dedos mientras yo hago el mismo gesto.

—Parece mentira que no sepas todavía que las casualidades te persiguen. —Levanto una ceja y ya no hace falta que le sujete las comisuras.

—Tienes razón. Desde que te vi la primera vez, las casualidades me han perseguido. —Me besa.

—Benditas casualidades —le digo entre beso y beso.

—Benditas.

Los días pasan deprisa. Entre semana trabajamos todas las horas que podemos; cuantas más, más dinero ese mes, así que llegamos a casa agotados. Eso no impide que nuestra vida como pareja sea perfecta. Casi no discutimos, y cuando lo hacemos las reconciliaciones son maravillosas. Ahora que trabajamos los sábados, no tenemos tanto tiempo para estar juntos el fin de semana, pero eso hace que los domingos nos sepan a gloria.

Poco a poco, se acerca el día de nuestras tan merecidas vacaciones. Erika lo ha organizado todo, para variar. Últimamente está de mejor humor, su padre y ella se han reconciliado y, finalmente, Fernando ha aceptado a Isaac. Le ha ofrecido trabajar de nuevo para la empresa, pero esta vez como uno de los jefes de seguridad. Isaac ha aceptado encantado, pues al fin ha podido dejar el trabajo precario que tenía y también porque vuelve a estar más cerca de su novia. Además, las condiciones económicas de ese puesto son tremendamente mejores. Me alegro de que

les vaya tan bien, aunque en el fondo siento un poco de envidia de Erika por que su padre la quiera tanto. Es envidia sana, pero envidia al fin y al cabo.

—¡Chicooooooooos! —Erika se tira a los brazos de Willie y Sam según entran por la puerta de la que será nuestra casa estas vacaciones.

—Sí que nos has extrañado, sí —le dice Willie. Ella asiente y les da un montón de besos. Después se acerca a Sarah y Linda y las saluda sin tanta efusividad.

—Ojitos, ¿no vas a saludarnos o qué? —me dice Sam.

—No querrás que me tire encima de ti con Guille y Linda delante, ¿o sí? —Me acerco y le abrazo fuertemente—. Te he extrañado mucho, cabezón.

—Yo también a ti, ojitos.

No me suelta, y es Willie quien me arranca de sus brazos.

—Déjame un poco a mí. —Le miro divertida y le doy un achuchón muy fuerte. Saludo a las chicas y Guille los saluda a todos también.

—¿Dónde están mis neoyorquinas? —pregunta Willie.

—Llegan en una hora —dice Erika—, así que id a vuestras habitaciones y bajad enseguida a ayudar con la cena.

Todos nos reímos al ver que hay cosas que no cambian. Erika es y será siempre la sargento del grupo.

Preparamos la cena, llegan las chicas y, tras la ronda de besos y abrazos, nos ponemos a cenar. El ambiente es tranquilo y relajado y las bromas no tardan mucho en llegar. Esa noche salimos de fiesta por la isla. Todos, incluido Guille, bailamos a lo loco. Bebemos y reímos juntos. Bailo y, pese a las miradas de Guille, entablo conversación con todo aquel que pasa a mi lado, sea o no conocido. Él y yo somos los primeros en irnos. No puedo dejar de sonreír mientras caminamos hacia la casa.

—¿Qué es tan gracioso? —me pregunta cuando ya estamos llegando.

—Si hace un año me hubiesen dicho que estaríamos tú y yo así, no me lo hubiese creído.

—Yo tampoco. —Me pasa un brazo por los hombros y me acerco más a él—. Menudo año hemos tenido, ¿eh?

—Y que lo digas, pero me alegro de todas y cada una de las cosas que he hecho.

Paramos delante de la puerta de la casa.

—Yo cambiaría una cosa. —Me mira con esos ojazos azules que tiene.

—¿Qué cosa? —le pregunto y la alegría se refleja en su rostro.

—Retrocedería hasta el año pasado, a la noche en que dormimos juntos. Al levantarme me habría quedado a desayunar contigo y te habría besado hasta dejarte sin sentido. Así no te habrías caído por la escalera y hubiese sido todo mucho mejor.

Le miro feliz y le beso.

Capítulo 8

—No puedo creer que llevemos una semana ya aquí —dice Sam, tumbado en la playa a mi lado, mientras miramos al resto, que están en el agua.

—Lo sé, todo está pasando muy rápido.

—Sí, todo. El año pasado éramos seis solteros locos que no se perdían una fiesta y ahora somos una panda de parejas que... que...

—Que están locas y no se pierden una —digo con humor—. Además, Nadia y Chris aún siguen solteras.

—Cierto. —Se pone de pie—. Venga, al agua.

—No me apetece ahora, ve tú. —Me mira unos instantes. Se acerca a mí y me levanta rápidamente de la toalla. Protesto y grito mientras me lleva colgando de su hombro, pero no surte efecto. Me tira al agua. Guille aparece a mi lado.

—¿Está fresquita? —Se ríe.

—Sois una panda de malvados.

Pasamos el resto de la tarde jugando como niños. La gente de la playa nos mira como si estuviésemos locos, y quizás lo estemos un poco. Cuando nos entra hambre nos vamos a casa a hacer la cena. Mi móvil empieza a sonar mientras la preparamos. Es Leo. No hemos vuelto a hablar desde el incidente en mi casa. Si me llama debe ser por algo importante, así que salgo al jardín bajo la atenta mirada de Guille y descuelgo el teléfono.

—Leo, dime. —Oigo mucho ruido al otro lado—. ¿Leo?

—Ainhoa, un segundo. —Dejo de oír el ruido—. Ainhoa, tienes que venir ya.

Está muy acelerado.

—¿Por qué? Leo, estoy de vacaciones...

—Es tu padre —me corta—. Está en el hospital. He llamado a Beatriz, que está con sus amigas de viaje, y me ha dicho que no viene.

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Cómo está? —Pienso que no debe ser muy grave si Beatriz no ha ido corriendo.

—Estábamos reunidos y empezó a encontrarse mal, a sudar mucho. Todos creímos que sería estrés, últimamente estamos hasta arriba y ha habido varias complicaciones...

—Leo, ¿qué ha pasado? —le corto.

—Ha sido un infarto, Ainhoa, está en el quirófano.

—Voy ahora mismo. Tardo lo que me lleve coger un vuelo. Avísame en cuanto sepas algo, Leo,

y gracias por avisarme.

Entro en casa como un ciclón, subo corriendo a la habitación y me pongo a hacer la maleta. Guille me sigue y me ve recogiendo mis cosas.

—¿Se puede saber qué haces?

—Me voy —digo sin parar de meter las cosas en la maleta—. A mi padre le ha dado un infarto y está en el hospital. Tengo que ir con él. —Me paro un momento frente a la maleta. Respiro hondo y sigo—. Nos vemos cuando vuelvas a casa.

—Me vuelvo contigo. No voy a dejar que te vayas así. —Empieza a recoger sus cosas y no tardamos ni cinco minutos en bajar con las maletas.

Todos nos miran al vernos aparecer. Yo estoy tan nerviosa que parece que las palabras se han ido de mi boca. Guille les explica lo que ha pasado. Mis amigos me abrazan y me dan un montón de besos. Erika insiste en venir, pero Guille la convence de que se quede, ya la avisaremos si la necesitamos. Salimos al aeropuerto y enseguida cogemos el primer vuelo, donde aún quedan plazas libres.

Llegamos de madrugada a la clínica donde está ingresado mi padre. Leo está esperándome para marcharse. De camino al hospital me ha llamado para decirme que la operación ha sido un éxito y que mi padre está recuperándose. En cuanto me ve aparecer se acerca a mí y me abraza muy fuerte. Le devuelvo el abrazo y permanecemos así un rato. Se retira y le da la mano a Guille. Me explica que puedo pasar con él a la habitación, aunque solo puede quedarse una persona a dormir. Convenzo a Guille para que se vaya a casa, aunque me cuesta bastante que acepte, y Leo se ofrece a llevarle.

Paso la noche en vela mirando a mi padre. Cogí su mano al llegar y, horas más tarde, aquí sigo, con su mano entre las mías. En algún momento, después de que amanezca, me quedo dormida y me despierto al oír dos voces. Es la médica hablando con un enfermero. Enseguida se dirige a mí y me explica que mi padre está bien, que en unos minutos se despertará y que debo evitarle las situaciones de estrés. Se marcha y tan solo dos minutos después —sí, he estado mirando el reloj todo el tiempo— mi padre abre los ojos.

—Hola, papá —digo con voz cansada intentando no mostrar mi ansiedad—. ¿Cómo te encuentras?

Me observa unos instantes, extrañado, y después habla con voz débil.

—Tengo sed. —Le acerco un vaso con una pajita que la doctora me ha dejado para él. Cuando termina de beber se lo retiro.

—¿Qué haces tú aquí?

—Bueno, Leo me llamó para contarme lo que había pasado, así que vine para estar contigo.

—No tenías por qué, Beatriz podría haberse quedado.

Me cabrea un poco que me tenga en tan poca estima, pero su tono me hace saber que tampoco le desagrada que haya venido.

—Bueno, quizá lo hubiera hecho si hubiese dejado sus vacaciones —no puedo evitar decirle

—, pero sigue dondequiera que esté. Y que conste que Leo la llamó a ella primero.

Mi padre frunce levemente el ceño.

—¿Puedes llamar al médico? Necesito ir a casa, tengo mucho trabajo pendiente —dice como si no hubiera pasado nada.

—Ni hablar. La doctora ha dicho que tienes que estar en reposo aquí, en la clínica. ¡Por Dios! Acaban de abrirte el corazón. Tienes que descansar.

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba.

—Te pareces mucho a tu madre, Ainhoa. —No me esperaba ese comentario—. Vete a casa a descansar, tienes cara de no haber dormido en toda la noche.

—Eso es porque no he dormido, y no, no voy a irme a ningún sitio. Me quedaré aquí contigo. Y no insistas, voy a quedarme digas lo que digas.

Poco después se duerme. La doctora me ha dicho que es normal, que durante todo el día estará durmiendo y despertándose constantemente. Mientras tanto, llega Guille. Me trae el desayuno y ropa para que me cambie. Hablamos y cuando termino de desayunar le pido que se marche. Al principio no quiere dejarme sola, pero después es consciente de que si mi padre le ve tal vez se ponga nervioso. Me hace prometerle que comeré y que le llamaré esa noche. Me besa antes de irse y yo me quedo con una boba expresión en la cara.

Lo bueno de estar en una clínica privada es que no hay nadie más en la habitación. Ningún otro enfermo con su familia al lado, y tenemos un baño solo para nosotros. Me doy una ducha rápida y me pongo la ropa que Guille me ha traído. Cuando salgo, Leo y Fernando están en la habitación y mi padre se ha despertado.

—Hola, chicos. —Me acerco y les doy dos besos.

—Hola, Ainhoa, no sabía que estabas aquí —dice Fernando.

—Bueno, no pensaba dejar a mi padre solo. —Mi padre abre la boca para decir algo, pero le interrumpo—: No, papá, no insistas, no voy a irme.

Me siento a su lado.

Fernando y Leo se quedan toda la mañana. Al mediodía, Leo me obliga a salir con él a comer y finalmente accedo, porque Fernando promete no quitarle ojo a mi padre. Comemos con una calma tensa. Ninguno de los dos sabemos muy bien de qué hablar y nos limitamos a tratar cuestiones de la empresa de nuestros padres. Al terminar, regresamos a la habitación y, justo antes de entrar, Leo me para.

—Ainhoa, no puedo cambiar lo que siento por ti, y sé que estás con Guille, pero necesito que volvamos a lo de antes, por favor. Me conformo con ser tu amigo si así puedo verte y pasar buenos ratos, como hacíamos antes.

—Leo, siempre vas a ser mi amigo. —Pongo mi mano en su hombro—. Solo te pido que no metas más en mi relación con Guille, simplemente tienes que aceptarlo si de verdad eres mi amigo.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta. Yo asiento y me da un abrazo que me reconforta.

Entramos a la habitación y charlamos un rato. Después, Fernando y Leo se marchan y me quedo sola con mi padre, que duerme. A mitad de la tarde se despierta.

—¿Ainhoa?

—Dime, papá.

—Quiero..., quiero pedirte perdón. —Me asombro al escuchar esas palabras. Nunca, desde que mi madre murió, le he oído decírselas a nadie.

—¿Por qué? —pregunto sin poder evitarlo. Veo que sonrío tristemente.

—Debería pedirte perdón por los últimos once años, pero deja que vaya poco a poco. No debería haberte obligado a trabajar conmigo y tampoco a estudiar lo que yo quería.

Me incorporo un poco en la silla y le agarro la mano.

—No pasa nada, papá. Estás perdonado.

Le devuelvo el gesto y en mi cabeza, y en mi corazón, estoy dando palmas y haciendo piruetas.

—Sí pasa, hija. —Pone su otra mano encima de la mía—. Por suerte para mí, tienes el corazón de tu madre. —Sonríe un poco y después hace una mueca de dolor.

—Tienes que descansar, papá. Ya hablaremos cuando estés mejor.

—Cuéntame, ¿qué tal en tu trabajo? ¿Te gusta?

Le hablo de mi trabajo en Nueva York, en Londres y aquí, le cuento lo mucho que me apasiona sentirme útil y ayudar a los demás. Él me escucha, atento. Cuando veo que le cuesta trabajo mantenerse despierto, dejo de hablar y enseguida se duerme. Aprovecho y llamo a Erika, que responde rápidamente a mi llamada. Noto que se aleja del resto para hablar conmigo y le pido que llame a Sam para que los dos escuchen lo que tengo que contarles. Les explico todo lo que ha pasado hasta ahora, muy emocionada. Ambos están contentos por mí, pero me advierten de que no debo creermelo todo la victoria, que las personas cambian cuando se ven cerca de la muerte, pero pueden volver a lo mismo cuando se recuperan. Al colgar, mi optimismo ya no es tan alto.

Mi padre pasa dos días más en el hospital. Guille viene cada mañana, me trae el desayuno y ropa y después se marcha de nuevo a casa. También acuden Fernando y Leo, y entre Leo y yo la normalidad vuelve a reinar. En esos dos días se acerca algún que otro conocido y mi padre recibe varias cestas con notas deseándole una pronta recuperación. Por las tardes, los dos hablamos de muchas cosas, incluso me ha preguntado por Guille. La mañana del sábado le dan el alta. Leo está con nosotros y es él quien nos lleva a casa de mi padre. Comemos los tres juntos en una calma increíble.

A media tarde suena el teléfono de casa. Lo cojo yo. Es Beatriz. Al oír mi voz, me pregunta qué estoy haciendo en su casa. Con toda la paciencia de la que dispongo decido no responder y pasarle el teléfono a mi padre. Leo y yo salimos del salón para que tengan privacidad. Mi humor ha cambiado y Leo se da cuenta.

—¿Qué te ha dicho esa mujer?

—Me ha preguntado qué es lo que hago en su casa. —Bufo—. Si después de esto mi padre no la manda a paseo, esa sanguijuela se quedará aquí para siempre.

Leo se ríe al oírme.

—A mí tampoco me cae bien. —Me sorprende oírlo y él ha debido notarlo, por lo que dice—: Por Dios, Ainhoa, llevo viendo lo mal que te trata desde hace años. Una mujer así no puede caerme bien.

Me echo en sus brazos.

—Gracias.

Cuando volvemos al salón, el humor de mi padre también ha cambiado. Dice que se encuentra cansado y que quiere ir a la cama. Le acompaño hasta su cuarto. Compruebo que se queda tranquilo y me dispongo a salir, pero entonces me sorprende.

—Dile a ese novio tuyo que venga a cenar hoy.

Me giro para mirarle con la boca abierta.

—No sé si es buena idea.

—Yo tampoco, tú llámalo y ya lo veremos.

Salgo alucinada de la habitación. Llego al salón y le doy la noticia a Leo. Se queda tan sorprendido como yo. Le propongo que llame a sus padres para que también vengan y ambos cogemos nuestros teléfonos.

—Hola, preciosa, ¿qué tal estás?

—Hola, bien, muy bien, de hecho. ¿Tienes planes para esta noche?

Guille se queda en silencio unos segundos.

—No, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, pues ya los tienes. Vienes a cenar a casa de mi padre. —Cierro los ojos esperando que suelte alguna grosería. No contesta—. ¿Guille? ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí. No creo que sea buena idea. —Suelto varias risotadas al oírle.

—Eso es exactamente lo que yo le he dicho a mi padre, pero ha insistido. Tienes que venir, cariño.

Oigo cómo resopla.

—Está bien. Iré.

—Eres el mejor. Te quiero.

Guille no tarda mucho en llegar. Pasa al salón con Leo y conmigo y, pese a que no estoy muy cómoda al principio, la conversación fluye entre los tres. Incluso en un par de ocasiones somos capaces de cambiar el rictus serio por uno más animado. Cerca de la hora de la cena aparecen Fernando y Rosa. Les presento a Guille, aunque Fernando ya le conoce.

—Nunca debí contrataros a ti y a ese amigo tuyo —murmura.

Todos nos carcajamos con su ocurrencia. Si supiera que ya nos conocíamos de antes y que a esas alturas ya nada podía cambiar... Guille me coge de la cintura y me besa en la sien. Les hago pasar al comedor y voy a la habitación a buscar a mi padre. Le despierto y le digo que Guille ha llegado y también Fernando, Rosa y Leo. Le alegra que los haya invitado, así no será todo tan formal, dice. Me río y nos encaminamos al comedor.

La cena comienza con algo de tensión, pero enseguida se convierte en una reunión familiar normal y corriente. Por mi parte, estoy que no quepo en mí de gozo, aunque, si he de ser franca, espero el momento en que la burbuja explote. Con los postres, la conversación deriva hacia la situación en la empresa, para variar, Fernando y mi padre hablan acerca de contratar a alguien más para ayudar a mi padre, que ahora no podrá trabajar al ritmo de antes.

—Yo podría ayudarlos. —Todos se quedan callados y me miran—. Sé cómo funcionan las cosas y soy perfectamente capaz.

Nadie habla durante unos minutos.

—De ninguna manera —dice mi padre al cabo de un rato—. No quiero que te sientas obligada a dejar tu trabajo por mí, hija. Bastante has hecho ya.

Me siento feliz y se refleja en mi cara.

—Papá, no me siento obligada. Llamaré al centro para explicarles la situación. Podría incorporarme el lunes mismo, así también me aseguro de que no te fuerzas.

Fernando se burla de mi padre.

—Felipe, amigo, ahora resulta que a tu edad tienes niñera. —Mi padre y Rosa se ríen con él—. Eres igual que Alma, siempre lo he pensado y acabas de confirmarlo. Igual que tu madre.

Después de la cena mi padre habla un rato con Guille. Parece que se entienden y me siento casi feliz por completo. Esa noche, cuando dejo a mi padre en su cama, me marcho a casa con Guille.

—No ha ido tan mal, ¿no? —pregunto cuando nos subimos en el coche.

—La verdad es que no. —Parece que está contento, pero, de pronto, muda su gesto—. Aunque me ha cabreado un poco que hayas decidido cambiar de trabajo sin hablar conmigo primero.

—Guille, no lo había pensado. Me salió solo, te lo juro. —Le miro mientras conduce—. Además, nos va a venir muy bien mi cambio de trabajo. Se acabaron las horas extras y llegar justos a fin de mes. —Le sonrío y él frunce el ceño.

—Eso de las horas extras ya lo veremos.

Me levanto temprano. Guille todavía duerme cuando me voy. Le dejo una nota en la nevera antes de marcharme. Dormir con Guille, aunque no hayan sido muchas horas, me ha dejado como nueva. Al llegar a casa de mi padre, me lo encuentro desayunando, con el periódico a un lado, en el comedor.

—Buenos días, papá. —Le doy un beso en la mejilla. Nuestra relación ha mejorado mucho en esta semana.

—Buenos días. Deberías estar durmiendo. Estos días apenas has descansado —dice con preocupación, y me emociono.

—No pasa nada, ya recuperaré las horas de sueño perdidas.

Hablamos de todo un poco y cuando comenta que quiere ir al salón para ver en la tele cómo va la bolsa me mondo. Subo a la que era mi habitación y cojo mi *tablet*, la bajo y se la doy. En un principio se niega a usarla. Pero cuando descubre lo fácil que es y lo mucho que se parece al ordenador, enseguida le coge el gusto.

A la hora de la comida, aparece Guille. Me quedo sorprendida y cuando mi padre me confiesa que ha sido él quien le ha invitado, mi sorpresa crece aún más. Comemos los tres como si lo llevásemos haciendo toda la vida. Al terminar acompaño a mi padre a su cuarto para que descansa, después voy al salón a buscar a Guille y le llevo hasta mi habitación para dormir la siesta nosotros también. Como siempre que nos metemos en la misma cama, no podemos apartar las manos del otro y terminamos haciendo, apasionadamente, el amor.

Nos despertamos cerca de las seis de la tarde y, tras vestirnos, bajamos al salón, donde acaba de entrar mi padre. Charlamos y, al rato, aparecen Leo y Fernando. A la hora de la cena, Leo y Fernando se marchan y Guille y yo cenamos con mi padre. Hablamos acerca de las tareas para el día siguiente. Primero tengo que ir al centro a entregar la renuncia, ya les he avisado hoy, después debo firmar mi nuevo contrato y luego iré directa al despacho de mi padre para atender las cosas más urgentes. A las doce vendrá él para ayudarme, pararemos para comer y después mi padre se quedará en el despacho dos horas más. Yo trabajaré toda la jornada. Antes de irme a casa, acompaño a mi padre a su cuarto.

—Papá, ¿cuándo va a volver Beatriz? —le pregunto. Noto que se tensa mientras se sienta en la cama.

—¡Oh! No te preocupes más por ella. No va a volver.

Me quedo pasmada.

—¿Cómo que no va a volver?

—Le he dicho que no vuelva, mi abogado se está encargando de todo.

—Papá, es lo mejor que has hecho nunca. —Me acerco y le doy un beso y un abrazo—. Aun así, si necesitas desahogarte con alguien, aquí estoy para ti. —Me mira divertido.

—Lo sé, hija. Ahora vete antes de que tu novio tenga que venir a por ti.

—Buenas noches, papá.

Mi primer día en la oficina, de nuevo, es un caos. Hay mil cosas pendientes, parte de la plantilla está de vacaciones y la asistente de mi padre lleva todo el día en las nubes. Cuando él llega, se agobia al ver todo lo que hay, aunque me felicita por haber resuelto ya las primeras cosas. Trabajamos codo con codo hasta la hora de la comida. Intento distraer la cabeza de mi padre mientras comemos. Creo que lo consigo, ya que en varias ocasiones veo que sonrío. Volvemos a la oficina y nos sumergimos de nuevo en el caos.

Dos horas después, casi tengo que empujarle fuera del despacho para que se vaya a casa. Me sumerjo de nuevo en el trabajo y a la hora de la salida puedo decir, orgullosa, que lo más urgente está resuelto y que de lo menos urgente solo queda la mitad por resolver. Voy a casa de mi padre para contarle cómo ha terminado la jornada y me marcho cuando aparece Fernando, que va a cenar con él.

Cuando llego a casa, mi chico me espera. Le beso y me siento acurrucada contra él.

—¿Qué tal te ha ido? —me dice al cabo de un rato. Resoplo.

—Ha sido una locura. Pero casi he puesto todo al día.

Le regalo una sonrisa tímida y él me devuelve una más amplia.

—Esa es mi chica.

—¿Y qué tal tu día?

Le beso y me tumbo con la cabeza sobre sus piernas.

—Bien, he recibido una interesante propuesta de trabajo.

Me incorporo rápido y le miro.

—¿Sí? ¿Quién y qué te han propuesto? —pregunto emocionada.

—Verás, por lo visto mi amigo bocazas, Isaac, me ha recomendado para una de las futuras vacantes. Resulta que en el departamento de seguridad hay cuatro jefes y cuatro asistentes, por así decirlo. Uno de los jefes va a jubilarse en un mes. Me han propuesto ser asesor durante este mes y, si ven que estoy capacitado, sustituiré al jefe cuando se vaya.

—Eso es genial, Guille. —Me siento en sus piernas—. Estoy muy orgullosa de ti. —Le beso mientras veo lo feliz que le hace la noticia.

Mi primera semana ha terminado siendo un éxito. He conseguido acabar con todo lo pendiente y he ayudado a mi padre a preparar un montón de informes que debemos presentar ante la junta de la empresa la semana próxima. Llego a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Me doy una ducha y me cambio de ropa. Hoy salimos a cenar con mi padre y los padres de Leo. Nos han invitado para celebrar la recuperación de mi padre y el éxito de mi primera semana. En cuanto llega Guille, se ducha, se cambia corriendo y salimos hacia el restaurante.

La cena, a pesar de no ser tan informal como la de la semana pasada en casa de mi padre, es animada y no hay tiranteces. Fernando nos cuenta que ha hablado con Erika y que, aunque les queda una semana de vacaciones, se vuelven a casa. A mí no me ha dicho nada y decido preguntarle cuando la llame a la noche.

Salimos del restaurante y Guille me propone que vayamos a dar una vuelta. Cogemos el coche y lo dejamos en casa. Después paseamos por uno de los parques cercanos. Vamos de la mano y no puedo evitar pensar en cómo nos conocimos en Ibiza. Estoy perdida en mis pensamientos cuando soy consciente de que nos hemos detenido.

—¿Por qué paramos? —pregunto mirando los preciosos ojos de mi chico, que me observan sin perder detalle.

—Eres maravillosa, ¿lo sabes? —Asiento con guasa y me acerca a él. Me agarra de la cintura y empieza a susurrarme al oído—. Desde que te vi por primera vez en Ibiza, no he podido dejar de mirarte. Eres tan bonita que me quitas el sentido, pero eres más bonita, si cabe, por dentro. Te desvives por los que quieres aunque no merezcan tu amor. —Me retiro un poco para mirarle con una sonrisa—. Eres tan inocente que tengo miedo a que te lastimen, y sé que no puedo evitarlo, que habrá alguien que te haga daño, e incluso temo ser yo. Pero soy un jodido egoísta y no quiero vivir sin ti. —Veo cómo se arrodilla y mi corazón empieza a latir desbocado. Saca una cajita del

bolsillo—. Ainhoa, ¿quieres casarte conmigo? —Me quedo unos instantes inmóvil, noto las lágrimas caer por mis mejillas.

—Guille... —consigo decir—. Claro que quiero casarme contigo.

Se levanta, me pone el anillo en el dedo y me besa mientras me coge en volandas.

—Por un momento pensé que me ibas a decir que no.

—Nunca es un no para ti. —Le miro con cara de enamorada y nos besamos como si no hubiera un mañana.

Mis amigos, al completo, llegan al día siguiente de Ibiza. Van a quedarse esta semana en Madrid, así que, como podemos, nos repartimos en casa de Erika e Isaac y en la mía y de Guille. Willie, Sarah y Nadia terminan en casa de Erika, y Sam, Linda y Chris, en la nuestra. A pesar de que Guille y yo trabajamos, la semana se convierte en una fiesta. Salimos todos los días a los lugares más disparatados que se les ocurren y el fin de semana lo pasamos en el parque de atracciones y de bar en bar. Cuando se marchan el domingo, todos estamos destrozados.

Capítulo 9

Los días pasan volando. Aunque este no sea el trabajo de mi vida, doy el cien por cien y consigo sacar partido a algunos proyectos que mi padre y Fernando habían dejado de lado. Mi padre me acompaña durante toda la semana a las reuniones más importantes que tengo. Satisfecho con mi trabajo, el viernes, antes de irnos a casa, decide que la semana que viene iré a París en su lugar. Saldré el miércoles y el viernes estaré de vuelta. Me dice que es probable que vaya Leo, pues la reunión es para tratar algunos temas del hotel. Me marcho del trabajo a casa pensando en cómo se va a tomar Guille que me vaya a París con Leo. Me tiro en el sofá con las piernas hacia arriba y la cabeza colgando hasta que llega Guille.

—Un día te va a dar algo por estar en esa posición —me dice sentándose a mi lado.

—Yo también me alegro de verte, cariño. —Me siento bien y le doy un beso.

—Ha sido muy corto, dame otro. —Le sonrío y lo hago—. La semana que viene tengo dos días libres, hazme feliz y dime que intentarás salir pronto de trabajar. —Presiento que llega la tormenta Guille ante lo que voy a decirle. Me tenso y me pongo seria.

—Bueno, si tus dos días libres son el jueves y el viernes, tengo malas noticias para ti. —Le miro intentando calibrar su estado de ánimo y, antes de que continúe, salta:

—No me digas que vas a acompañarle al viaje. Dime que no, Ainhoa. —Se pasa la mano por su corto pelo.

—Mi padre acaba de decírmelo. No sabía con certeza si Leo vendría también hasta que tú has dicho lo de los días libres. Te lo juro. —Se reclina hacia atrás en el sofá—. ¿Estás enfadado conmigo? —Me mira y, unos instantes después, me sienta a horcajadas sobre él.

—No estoy enfadado contigo, estoy molesto con tu puesto y con Leo por trabajar contigo. —Imito el mohín de su cara y, cuando se da cuenta de que me estoy burlando de él, le beso. Nos besamos durante un buen rato hasta que él me frena.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Se me había olvidado que Isaac nos ha invitado a cenar en su casa. —Mira el reloj de su móvil—. Como no salgamos ya, van a darnos una patada en el culo al llegar.

Salimos lo más rápido que podemos y llegamos enseguida a casa de nuestros amigos. Cenamos con una calma y una tranquilidad que en nada se parecen a nuestras últimas cenas juntos. Cuando terminamos, Isaac y Guille se van al salón a ver un partido de baloncesto que están televisando. Erika y yo nos quedamos charlando en la cocina. Le cuento a Erika que Guille y yo vamos a casarnos y, después de dar gritos de alegría, me abraza y me da un montón de besos. Hablamos un

rato de cómo podría ser la boda, ya que Guille y yo aún no lo hemos hecho. Después me dice que ella e Isaac van a mudarse, ahora que ambos ganan más dinero pueden permitirse un piso mejor, y es lo que van a buscar.

Nos marchamos a casa cuando el partido termina y Guille me secuestra para separarme de Erika.

—Me ha comentado Isaac que a finales de la próxima semana llegan unos amigos de Boston — me dice Guille cuando nos estamos metiendo en la cama. Se toca la parte de atrás del cuello y frunce algo el ceño, lo que me da a entender que no está muy cómodo hablando de ello.

—¡Qué bien! —exclamo con entusiasmo—. ¿Van a venir aquí, a casa? A mí no me importa, ya lo sabes, y ya que mis amigos se han quedado, lo justo es que los tuyos también lo hagan.

—No lo sé, Isaac les está organizando. Supongo que ya me avisará.

Se tumba boca arriba y se queda mirando al techo.

—Guille, ¿pasa algo? —le digo mientras le observo. Me mira.

—No, es solo que hace mucho tiempo que no les veo.

No digo nada más y me tumbo a su lado.

Llega el lunes. Desde que Guille me dijo que venían sus amigos, ha estado ausente. Le he preguntado qué le pasa, pero no me ha querido contar nada.

El día está siendo complicado, tengo que dejar mil cosas hechas antes de salir de viaje, no quiero que mi padre trabaje demasiado y me agobio con todo lo que queda por hacer. Erika viene a buscarme para comer y casi me saca de los pelos de mi nuevo despacho (junto al de mi padre). En la comida me habla, emocionada, de las ganas que tiene de conocer a los amigos de los chicos y lo contento que está Isaac. Yo, por mi parte, le cuento lo raro que está Guille desde que me dijo que venían. Ella me mira unos instantes y parece que decide algo. Se inclina hacia adelante en la mesa y baja la voz.

—¿Guille no te ha contado quién viene? —Me mira fijamente.

—Solo me ha dicho que son unos amigos de Boston. —Sigue mirándome sin pestañear—. Erika, suelta ya eso que tú sabes y yo no, por favor.

—Está bien, pero no le digas a nadie que lo he hecho. Debes sorprenderte cuando te lo cuente Guille, porque digo yo que te lo contará.

—Erika, al grano, por favor. —Me está poniendo nerviosa.

—Viene la ex de Guille. —La miro atónita—. Por lo visto, estuvieron juntos ocho años y, de la noche a la mañana, Guille rompió con ella, después dejó la Armada y se vino a España. —Me quedo alucinando. Guille nunca me ha hablado de ella. Es cierto que me ha contado pocas cosas de su vida de antes, pero esto es algo que debería haberme dicho.

—¿Estás bien? —Erika me coge la mano.

—No sabía ni que existía esa chica. ¿Cómo se llama? —No me contesta—. Erika, por favor,

dímelo.

—Susan, se llama Susan.

Poco después, dejamos el restaurante y volvemos a trabajar. Si la mañana me había parecido una tortura, la tarde es peor. Mi cabreo con Guille aumenta a cada segundo. Cuanto más cabreada estoy, menos puedo concentrarme en el trabajo y más me cabreo. Terminó haciendo horas extras para paliar el tiempo que mi mal humor me ha quitado. Llego a casa a las nueve de la noche. Guille me espera con la cena hecha.

—¿Un día duro? —pregunta cuando entro a la cocina.

—Sí. —Me siento en la silla frente a él—. Tiene buena pinta.

La cena transcurre en completo silencio, lo que hace que mi enfado vaya aumentando. Guille está tan ausente que ni siquiera se ha dado cuenta de lo cabreada que estoy. Cuando terminamos, recojo los platos, los friego y, alegando que estoy tremendamente cansada, lo cual no es falso, me voy a la cama.

Me levanto y Guille ya se ha ido a trabajar, está evitándome. Este hecho solo hace que mi cabreo, latente todavía, se fortalezca. Me tomo un analgésico para el dolor de cabeza, desayuno y me marcho al trabajo. Evito pensar en mi mal humor y me centro en adelantar lo máximo posible. A la hora de comer me limito a comprarme un sándwich de las máquinas y como en mi despacho. Sigo incansable con infinidad de papeleo y cerca de las cuatro llamo a Leo para que venga a verme. Le cuento que iré a París. Se sorprende, pero se alegra, y enseguida nos ponemos a trabajar en los asuntos que deberemos solucionar allí. Vuelvo a salir tarde. Esta vez, Leo también se va tarde e insiste en que le acompañe. Guille le espera en el garaje. Rechazo su ofrecimiento y me marcho en transporte público, como todos los días. Al llegar a casa me pongo el pijama, preparo algo fácil para cenar y espero a que llegue Guille. Como la noche anterior, en la cena apenas cruzamos un par de palabras y enseguida me voy a dormir.

Otra vez me despierto y Guille se ha ido. Me levanto y preparo la maleta que me llevaré a París. Estoy muy cabreada, creo que nunca antes lo había estado tanto. Desayuno y me marcho a la oficina con mi maleta. He quedado con Leo a la una para marcharnos. Guille será el que nos lleve, así que le llamo para que suba a mi despacho a las doce. Entra y cierra la puerta tras él. Aún está girándose hacia mí cuando me decido y le pregunto.

—¿Me vas a contar qué demonios está pasando? —Intento controlar mi tono de voz y mi cabreo.

—No está pasando nada. —Se sienta en una de las dos sillas que hay frente a mi mesa.

—Guille, no me mientas, te estoy dando la oportunidad de que me cuentes qué cojones está pasando. Llevas ido desde el viernes, cuando me dijiste que venían tus amigos. ¿Me lo cuentas o voy a tener que hacer de adivina? —Vuelve el dolor de cabeza.

—Ainhoa, ya te lo he dicho, es simplemente que hace mucho que no los veo.

Resoplo tres veces. Intento contenerme, pero no puedo más.

—¿Me ves cara de gilipollas? Mira, Guille, sé perfectamente qué es lo que pasa. —A estas

alturas mi tono es más elevado de lo que debería y apuesto a que toda la planta nos está oyendo. Guille me mira como si no entendiese qué digo—. ¿Piensas de verdad que soy imbécil? Es porque viene ella, ¿verdad? —Su cuerpo se pone en tensión—. ¡Lo sabía! Eres un imbécil.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Isaac? —Espera unos segundos—. Ha sido tu amiguita. Vio un buen cotilleo y no pudo resistirse, ¿no? —Su tono es igual o más elevado que el mío.

—No metas a Erika e Isaac en esto, Guille. Debías habérmelo dicho tú. Yo te he contado toda mi vida. —Estoy llorando y gritando como una descosida—. ¿Y qué me has contado tú? ¡Joder, Guille! ¿Cómo no me has contado que estuviste ocho años con una mujer? ¿Cómo no me has dicho que un día dejaste todo y te fuiste? —No dice nada—. ¡Contéstame, maldita sea!

—No tienes ni puta idea, Ainhoa. —Me agarro el anillo de compromiso.

—¿Todavía la quieres? —No responde. Espero. Sigue en silencio—. Muy bien. —Me saco el anillo, me acerco a él y se lo pongo en la mano—. Me voy, cuando vuelva no quiero verte en mi despacho.

Salgo y me dirijo directamente al despacho de Erika. Al verme, mi amiga intenta tranquilizarme, pero es imposible. Cuando ya es la hora de irme, me acompaña a por la maleta. Nos encontramos a Leo. Al verme así, pregunta qué es lo que pasa. Erika le pide que me dé un poco de tiempo, que no me agobie a preguntas, y él así lo hace. Recojo mis cosas y nos vamos al garaje. Llevo unas gafas oscuras, que Erika me ha dejado, para que Guille no me vea los ojos. Al subirnos al coche, Leo guarda las distancias, pero cuando descubre que sigo llorando se acerca y me abraza. Seguimos abrazados todo el camino. Al llegar al aeropuerto nos bajamos y, mientras Guille me abre la puerta, Leo saca las maletas del maletero. Salgo del coche y Guille me agarra de un brazo. Miro donde me ha tocado y después le miro a él.

—No vuelvas a tocarme. ¿Te queda claro?

Su cara es de sorpresa, pero la de Leo lo es todavía más. Me pone una mano en la espalda y vamos a nuestro avión.

Leo no vuelve a preguntarme nada en todo el día, ni en el avión ni en el hotel. La verdad es que no ha habido mucho tiempo, ya que tuvimos un par de reuniones esta tarde. Leo fue quien cargó con más peso debido a mi falta de concentración. En un rato vendrá a buscarme para cenar, pero, la verdad, no tengo hambre. Llaman a mi puerta, seguro que es él. Abro y ahí está. Me obliga a salir para ir a tomar algo. Durante la cena intenta animarme, pero es imposible, tengo un humor horrible. Me acompaña hasta la habitación y antes de despedirse me pregunta qué me pasa. Le digo que Guille y yo hemos roto, que todo se nos ha ido de las manos, e insisto en que no se preocupe por mí, que enseguida me repondré. Me mira como si no estuviese muy convencido y se va.

Me despierto sumida en la autocompasión. Me miro en el espejo y apenas me reconozco. Tengo unas ojeras que me llegan al suelo y mi mala cara es espectacular. Me miro y me remiro y entonces lo decido. En mi vida me han pasado cosas muy duras, esto no es nada. Como diría Nadia, hay muchos peces en el mar. Me meto en la ducha decidida a olvidar todo lo que me

lastima, igual que he hecho siempre, y me pongo mi sonrisa habitual. Salgo con el ánimo renovado, o todo lo renovado que he podido. Me visto y, aunque no suelo hacerlo, me maquillo para estar presentable.

Veo a Leo al lado del director del hotel y me acerco a ellos. Él me mira y sonrío. Hablamos unos minutos y enseguida nos ponemos a trabajar.

La jornada ha sido agotadora, pero, aun así, cuando Leo llama a mi puerta para ir a cenar, aparezco con una sonrisa. Cenamos fuera del hotel. Nos relajamos en la cena haciendo bromas y las carcajadas son el principal elemento. Al terminar, decidimos pasear para ver un poco la ciudad. Caminamos a veces en silencio y otras divirtiéndonos como enanos. Volvemos al hotel poco después de medianoche. Leo me acompaña hasta la puerta de mi habitación.

—Es un placer volver a ver tu sonrisa —dice y yo amplío mi gesto.

—Te dije que iba a estar bien.

—Si necesitas algo, estoy en la habitación de al lado.

Asiento. Me da un beso en la mejilla y se marcha.

No duermo mucho y al día siguiente vuelvo a necesitar una capa de chapa y pintura. Vamos a cerrar varios contratos publicitarios antes de volver a Madrid, así que tengo que estar impresionante. Leo llama a mi puerta y bajamos juntos a las reuniones que tenemos por delante.

El viaje de vuelta nos lo pasamos de buen humor todo el rato. Las reuniones han ido genial y hemos conseguido unas condiciones increíbles en los contratos. Mi padre y Fernando están encantados con nosotros. En cuanto aterrizamos y nos subimos al coche que nos han mandado llamo a Erika. Me anuncia que ya han llegado los amigos de Boston y que están a tope, que vaya con ellos si quiero, pero que comprende que no me apetezca. Como está claro, declino la invitación. Aprovechando que Guille no estará en casa, le pido al chófer que nos lleve a mi piso para recoger mis cosas. Leo sube conmigo. Abro la puerta y todo está en silencio. Voy hasta la habitación con Leo pegado a mis talones y cuando abro la puerta creo que mi mundo se viene abajo. Cierro de golpe y salgo corriendo de allí. Leo viene detrás y, cuando se da cuenta de que no me voy a subir al coche, me coge del brazo y me mete él. Le pide al chófer que nos lleve a su casa.

—Ainhoa, ¿puedo pasar? —dice Leo llamando a la puerta.

—¡Claro! Estás en tu casa. —Me incorporo en la cama y hago una mueca que pretende demostrar lo bien que estoy, aunque fracaso en el intento.

—¿Estás mejor? —pregunta preocupado.

—Claro que sí. —Trato de que las comisuras de mi boca me obedezcan y suban un poco.

—Bueno, pues vamos a desayunar. Ayer no cenaste nada, y tienes que comer. —Me levanto de

la cama y salgo a desayunar con Leo.

Ambos estamos callados, pero, al cabo de unos minutos, él rompe el silencio.

—Si es demasiado hablar de esto, dímelo. ¿La conoces? —A mi mente regresa la imagen que no he dejado de ver desde ayer. Guille en nuestra cama haciéndole el amor a otra. Cierro los ojos y me recorre un escalofrío.

—No —digo—, aunque, en realidad, estoy casi convencida de que su nombre es Susan. —Leo frunce el ceño.

—¿Te ha engañado? ¿Por eso lo habéis dejado?

—No me puso los cuernos, pero, Leo, preferiría no hablar más de esto. —Me levanto para llevar al fregadero mi taza del desayuno—. ¿Me puedes llevar a casa de mi padre? No quiero ser un estorbo aquí, además, tengo que recoger las llaves de repuesto de mi coche e ir a buscarlo al garaje de mi..., bueno, del que era mi piso.

—Yo te llevo.

Nos vestimos y vamos primero a casa de mi padre. Le pregunto si puedo volver a casa unos días y accede encantado. Nos quedamos hablando los tres y, cuando nos damos cuenta, es la hora de comer. Comemos con él y al terminar llamo a Erika.

—Dime, Ainhoa.

—¿Está Guille ahora con vosotros? —le pregunto.

—Sí, estábamos a punto de empezar a comer, ¿por qué me lo preguntas?

—Es que tengo que ir a mi casa y no quiero encontrarme otra vez con él. —Le relato brevemente lo que pasó y me pide que le describa a la chica. Le digo lo poco que vi.

—¿Qué cabrón!

—Era ella, ¿verdad?

—Sí, cariño. ¿Quieres que vaya contigo?

—No te preocupes, viene Leo. Tú pásalo bien.

—De acuerdo, pero esta noche voy a verte y punto.

Cuelgo y voy a buscar a Leo. Cojo unas cajas vacías del garaje y nos encaminamos a por mis cosas. Esta vez, él entra primero. Cuando comprueba que no hay nadie, decido pasar y entre los dos guardamos mis cosas en las cajas. No tengo demasiadas, aparte de la ropa. Cuando terminamos, dejo las llaves encima de la mesa de la cocina. Está vacía, así que Guille las verá en cuanto entre. Salimos del piso y vamos a por mi coche. Leo me acompaña de vuelta a casa. Le doy las llaves del garaje para que el lunes se las entregue a Guille en mi nombre. No quiero volver a verlo en mi vida.

Erika aparece después de cenar. Me hace arreglarme y salimos a tomar algo lejos de donde van a estar los chicos. Me desahogo con mi amiga. Me trago las lágrimas que intentan salir a toda costa. Erika me dice mil y una veces que tengo que hablar con Guille, que quizá todo tiene explicación, pero yo no quiero hablar con él nunca más. Se terminó. Me acompaña de vuelta a casa y me abraza tanto y tan fuerte que termino sonriendo. Nos despedimos y ella se va.

—¡Has hecho trampa! —digo mientras le salpico de agua.

—Te he ganado limpiamente —contesta Leo—. ¿Otra carrera?

—Déjame recuperar el aliento —digo mientras salgo de la piscina y me tiro teatralmente en la hierba—. Estoy muerta.

Oigo cómo sale y se tira a mi lado.

—Estás baja de forma. Desde que hemos vuelto de París has perdido unos quilos.

—Tendría que nadar más rápido. Menos quilos, más rapidez.

Leo se ríe.

—¿Cuántos has perdido? ¿Dos, tres? —Me mira ceñudo.

—Cuatro. —Me hace gracia ver su cara de sorpresa—. No es tanto, salgo a dos quilos por semana. —Me levanto y le doy en el abdomen—. Venga, vamos a por esa carrera.

Me vuelve a ganar, salimos de la piscina y entramos en mi casa, nos damos una ducha, nos cambiamos de ropa y salimos a comer con mi padre al restaurante donde nos esperan Fernando, Rosa, Erika e Isaac. Estamos con los postres cuando empezamos a tratar temas de la empresa. Sin que nadie se lo espere, Rosa nos interrumpe.

—Dejad de hablar de trabajo. Felipe, hemos pensado en irnos un par de semanas de vacaciones a México y tú vas a venir con nosotros.

—Es mejor que no nos vayamos los dos de vacaciones. Podría surgir algo —dice mi padre y Fernando intenta que no se le note que le resulta gracioso lo que ha dicho.

—¡Tonterías! Tenéis a los mejores trabajadores a vuestro cargo. Además, creo que es justo que, después de los buenos resultados, Leo y Ainhoa vengan también.

—Yo acepto encantado, ¿cuándo nos vamos? —dice Leo y todos reímos.

—Esta noche.

Mi padre y yo nos quedamos un momento asombrados.

—Vale, me apunto —digo yo enseguida—, pero preferiría unirme a vosotros el jueves, así podría pasar antes por Nueva York para ver a mis amigas.

—Concedido —dice Rosa contenta y, mirando a su hija, añade—: Erika, hija, vosotros ya habéis estado de vacaciones, pero aun así me gustaría que vinierais, aunque... la próxima semana.

—¡Ya pensaba que me ibas a excluir! —exclama mi amiga—. Iremos encantados.

Nos marchamos pronto del restaurante para preparar las maletas. Rosa nos ha prohibido expresamente llevar mucha ropa. Dice que es suficiente con los bañadores, solo a mí me permite una maleta más grande para ir a Nueva York. Termino de preparar mis cosas y voy a ayudar a mi padre con su equipaje. Al terminar, bajamos a su despacho para dejarle a su asistente y a la mía las directrices para el tiempo que nos vamos. Finalmente, salimos al aeropuerto. Yo me despido de ellos para coger mi vuelo, que es otro.

Llego a casa de las chicas a las nueve de la noche. Tengo suerte, porque en ese momento un

vecino sale de su portal, así que decido colarme. Llego hasta la puerta del piso y llamo al timbre insistentemente hasta que me abren. Aparecen las dos y en cuanto me ven se tiran encima de mí. No las había avisado y están locas de contentas. Enseguida se hacen una foto conmigo para restregársela por los morros a Sam y Willie. La réplica de ellos no tarda en llegar como nota de voz. Se hacen los ofendidos por que haya ido a verlas a ellas primero y Sam hace que llora y todo.

Los tres días que paso en Nueva York con mis amigas me cargan las pilas. El primero les cuento lo que pasó con Guille y para animarme deciden que mis días en la ciudad serán de continua fiesta. Y así son. Me presentan a un montón de chicos para que me los ligue, pero decido que no es el momento. Aun así me lo paso bomba. Cuando me monto en el avión el jueves, estoy agotada pero feliz.

—¡Dios mío! ¡Vaya cara traes! ¿Cuánto hace que no duermes? —me dice Leo, que ha venido a recogerme al aeropuerto.

—Tres días, creo. Entre el *jet lag* y las incansables de las chicas no he pegado ojo. —Sonríe ampliamente—. Pero ha merecido la pena.

En cuanto llego a la casa que Rosa ha alquilado, me pongo el bikini y salgo a tomar el sol a la playa que hay nada más salir por la puerta trasera. Leo me acompaña y, bajo la atenta vigilancia de nuestros padres, me carga en su hombro y me tira al agua. Grito y pataleo, pero no me sirve de nada. Juego con Leo como cuando éramos niños. Salimos del agua completamente arrugados y hambrientos mientras los demás nos llaman inmaduros por jugar como críos. Al anochecer, entramos en casa para cenar.

Al día siguiente, recién levantados, Fernando anuncia que ha contratado un curso de submarinismo para todos y que nadie puede escaquearse. Pasamos toda la mañana bajo el agua. Lo que vemos sumergiéndonos es tan bonito que por un momento no quiero volver a la superficie. Regresamos para comer y, cuando nos disponemos a salir de nuevo, vemos que se avecina una tormenta, así que nos quedamos en casa el resto de la tarde. Antes de irse a la cama mi padre me pregunta, señalando la tormenta, si aún tengo miedo, como cuando era niña.

—¿Miedo? ¡Qué va! —me río—. ¡Pánico! Esa es la palabra. —Él se carcajea a gusto al oírme. Me da un beso en la cabeza y se marcha a dormir.

Leo y yo nos quedamos viendo una película, pero, acurrucada junto a él, me duermo a la mitad. Cuando termina, me despierta y nos vamos cada uno a nuestro cuarto. A lo lejos aún se escuchan los truenos y, como sé que no voy a ser capaz de dormir, salgo de la habitación y me siento en el suelo, frente a la puerta de cristal que da a la parte de detrás de la casa. Leo no tarda en aparecer y se sienta a mi lado.

—¿Te he despertado? —le pregunto. Él niega con la cabeza. Nos quedamos en silencio así un par de minutos. Finalmente se levanta y me tiende la mano.

—Venga, ven a la cama conmigo. —Le miro interrogativa—. Ainhoa, no voy a morderte, por

Dios. ¿Cuántas noches, de niñas, mi hermana y tú os metíais en mi cama con la tormenta? Además, te he oído decirle a tu padre que aún les tienes pánico. —Le cojo la mano que aún me ofrece.

—Vale, pero si tardo más de cinco minutos en dormirme me marchó.

—Trato hecho.

No tardo ni un minuto en quedarme dormida. Al despertarme, Leo está abrazándome y yo completamente pegada a su cuerpo. Me levanto poco a poco para no despertarlo y salgo sin hacer ruido. En la cocina ya están mi padre y los padres de Leo.

—¿Has podido dormir? —pregunta mi padre.

—Como un tronco, pero ha sido porque Leo me dejó meterme en su cama. —Mi padre suelta una gran risotada—. Eso, búrlate de una pobre mujer sola y asustadiza. —Ahora también se ríen Rosa y Fernando.

—¿Qué es eso tan gracioso? —pregunta Leo a mi espalda.

—Yo —respondo—, se están mofando de mí.

Me agarra por la cintura y me da un beso en la sien. Este gesto tan íntimo me deja descolocada y veo que a Rosa tampoco le pasa desapercibido.

—Pobrecita, que se cachondean de ella. —Mi padre y Fernando continúan a carcajada limpia.

—Venga, únete tú también —le digo a Leo. Me acerco a la mesa y me sirvo un zumo de naranja.

El día se pasa rápido. Todos estamos mucho más relajados que cuando salimos de Madrid, y tenemos ya un principio de bronceado que nos da un aire de relax total. En la playa, Leo y yo nos portamos como niños y al final del día conseguimos que todos se hayan dado un buen chapuzón. Tras la cena, y al ver la buena noche que hace, salimos a las hamacas del jardín a ver las estrellas. Enseguida noto que el sueño empieza a vencerme y me marchó a la cama pronto.

Estoy tomando el sol cuando siento que hay alguien delante de mí que me lo tapa. Abro un ojo y veo a mi amiga.

—¡Erika! —Salto y me abrazo a ella—. No os esperaba hasta la cena.

Me sonrío.

—Cogimos el vuelo de antes.

—¿Dónde está Isaac? —le digo buscándolo.

—Dentro. Vamos y le saludas.

Entro y le veo hablando con mi padre y Fernando. Le están preguntando cómo van las cosas. Él les responde que todo va genial, que no se preocupen. Fernando quiere saber si Guille se está adaptando bien al nuevo puesto. No recordaba que le habían ascendido. Me tenso un poco al oír su nombre. Él les contesta que lo está haciendo muy bien, que es muy metódico y resuelve cualquier imprevisto enseguida. Mi padre y Fernando me miran, Isaac se gira y me ve.

—Hombre, Ainhoa. —Se acerca a mí con una sonrisa y yo se la devuelvo. Le doy un beso y un

breve abrazo.

—No les cuentes nada más —le digo—. Están de vacaciones. Y vosotros dos tenéis suerte de que Rosa no os haya oído, porque si se entera os deja aquí una semana más. —Todos se lo toman a cachondeo y yo me vuelvo a tomar el sol.

Cenamos con los recién llegados y nos divertimos contándoles las anécdotas de estos días. Como están cansados, al terminar de cenar se van a dormir. Yo me quedo con Rosa viendo una película romántica en la televisión.

El lunes y el martes, Fernando nos lleva de nuevo al curso de submarinismo, que le ha encantado. Esos dos días pasamos más tiempo bajo el agua que en la superficie. El miércoles, por fin, Fernando nos deja disfrutar de nuevo de la playa. Por la mañana tomamos tranquilamente el sol y por la tarde Erika e Isaac se unen a nuestra tónica habitual de hacer el gamberro. Parecemos críos los cuatro, corriendo unos detrás de otros, tirándonos al agua, haciendo competiciones de saltos —Leo y yo les damos una paliza a los tortolitos—, y también hacemos carreras nadando. Al final del día estoy agotada y soy la primera en irme a dormir.

Me despierto sobresaltada. He tenido una pesadilla. Miro el reloj y aún son las nueve. Me levanto y voy a la cocina. Solo está Isaac hablando por teléfono. Le saludo con la mano y le sonrío mientras me acerco a por un zumo y a prepararme unas tostadas.

—Muy bien, ya sabes que, si me necesitas, aquí estoy, tío —le oigo decir—. Venga, hasta luego, Guille.

Lo hago inconscientemente, pero me tenso. Debo aprender a controlar eso. Ya hace un mes que no estamos juntos y no debería afectarme tanto.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —digo sentándome con mi desayuno.

—Me han llamado y me he despertado —responde risueño señalando su teléfono—. ¿Y tú?

—Una pesadilla, de esas que te hacen levantarte de golpe. Si llego a dormir en una litera me hubiese roto la cabeza contra la de arriba.

Isaac se ríe.

—Oye, Ainhoa, ¿puedo hacerte unas preguntas?

—¿Unas? —Le sonrío, me hago la pensativa y me meto un trozo de tostada en la boca—. Dispara.

Me imita, pero enseguida se pone serio.

—¿Crees que si le pido a Erika que se case conmigo aceptará? —Se me cae la tostada de la mano y me empieza a temblar. Vuelvo a cogerla como si nada, pero sé que él se ha dado cuenta de lo que me ha pasado.

—No va a decir que sí. —Me mira asombrado—. Se va a abalanzar sobre ti y te va a obligar a casarte en ese mismo momento.

Su tensión se relaja y su boca se curva ligeramente hacia arriba.

—Me habías asustado. —Le guiño un ojo—. Bueno, ahora viene la parte que no es tan agradable. —Se queda callado un momento.

—Pregúntame lo que quieras de Guille. Vamos, que no soy tonta, Isaac, ¿qué quieres saber?

—¿Qué os pasó? Estabais muy bien. ¡Joder! Te pidió matrimonio y todo, y lo siguiente que sé es que os gritasteis en medio de la oficina, le devolviste el anillo y ya no quieres ni verle.

Dejo de comer y le miro.

—¿No te ha contado nada? —Mi voz sale más aguda de lo que esperaba. Isaac niega con la cabeza. Bebo un trago del zumo—. Está bien, yo te lo contaré. Me dice que van a venir vuestros amigos a veros y se queda ausente. Le pregunto muchas veces qué es lo que pasa y no me dice nada. Erika me cuenta lo que sucede. Me cabreo, espero a que él me diga algo, pero no hay manera, a pesar de que insisto. Yo me tenía que ir de viaje. Le llamé antes de irme para preguntarle una última vez. Siguió callado. A gritos, le confesé que lo sabía todo, sobre Susan, me refiero, por si no ha quedado claro. Él se cabreó, me gritó. Le pregunté si todavía la quiere y no contestó. Le devolví el anillo y me fui. Cuando llegué del viaje, fui a casa a por mis cosas pensando que él no estaba y me lo encontré follando con esa tía en nuestra cama. Fin de la historia. —Isaac no dice nada. Yo le doy un último sorbo a mi zumo—. Bueno, voy a ducharme.

Lloro en la ducha. Recordarlo todo ha sido demasiado. Me seco y vuelvo a ponerme la máscara de la indiferencia. Cojo el bikini y salgo. Todos están desayunando, les digo que yo ya lo he hecho y que voy a aprovechar para tomar el sol. Poco después sale Erika y se tumba a mi lado. Me dice que Isaac se lo ha contado todo y me pregunta que si quiero hablar. Le respondo que no, que estoy bien, y permanecemos en silencio el resto de la mañana.

Al terminar de comer, les digo que me duele la cabeza y que me voy a dormir un poco. Cuando despierto, Leo está sentado en una silla al lado de mi cama.

—Es por él, ¿verdad? —Le miro unos instantes hasta que comprendo, pero no contesto—. Apenas has comido, y ese dolor de cabeza tan repentino no es casual. ¿Has sabido hoy de él?

—Sí, es por él, y no, no he sabido de él, es solo que Isaac me ha preguntado y le he contado lo que pasó.

Resoplo y me tiro hacia atrás en la cama. Leo se acerca. Me incorporo y nos quedamos sentados los dos sobre el colchón, hombro con hombro.

—Pensé que ya estabas mejor, que le estabas olvidando —me dice al cabo de un rato.

—No creo que pueda llegar a olvidarle, Leo, aprenderé a vivir sin él y es probable que algún día encuentre a otra persona a la que querer, pero creo que nadie me va a hacer sentir nunca como él lo hacía. Tengo la sensación de que siempre va a ser él.

Leo me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Venga, vamos a la playa un rato.

Desde ese momento y hasta que llegamos a Madrid el sábado por la noche, Leo no se separa de mí. Me hace reír y constantemente está propiciando bromas entre ambos. La verdad es que me alegro de tenerle cerca.

Capítulo 10

—Está bien. Dile que suba a mi despacho cuando pueda —le digo a mi asistente.

Hace una semana y media que estamos de vuelta en Madrid y en realidad me parece que ha pasado mucho más tiempo. Desde que llegamos, el trabajo nos tiene absorbidos. Erika lleva dos días sin salir a comer para terminar con sus casos pendientes, el asistente de Fernando hace horas extras, mi padre trabaja más de lo que debería, Leo ha tenido que volar a Roma para solucionar unos problemas con los hoteles de allí y yo también estoy echándole más horas para dejar todo al día. Encima, cuando termino algo, surge un nuevo problema. De hecho, en este momento, Guille tiene que subir a mi despacho para solucionar varios problemas con la seguridad.

—¿Puedo pasar? —dice asomando la cabeza por la puerta.

—Sí, claro. —Retiro varios papeles que no nos van a hacer falta y me siento. Él se queda de pie—. Siéntate, creo que tenemos para rato.

Le comento los problemas que están surgiendo y le explico lo que necesito que haga.

—De acuerdo, pero ¿de esto no se encarga Leo? —pregunta.

—Estamos desbordados y Leo se encuentra de viaje ahora mismo —miro el reloj—, aunque no tardará mucho en regresar. De momento, soluciona esto y avísame a mí con lo que sea. Si puedes hacerlo hoy sería perfecto, sé que es improbable, pero dime al menos que lo arreglarás antes del viernes.

—Bueno, creo que mañana ya estará todo en orden, pero no puedo garantizarlo hasta que vaya allí y vea cuál es el problema.

—Muy bien. —Me levanto y él hace lo mismo—. Pues si no tienes ninguna pregunta, te dejo para que puedas empezar ya mismo.

Hace el amago de irse, pero enseguida se gira hacia mí.

—Hay una cosa más de la que tenemos que hablar.

Me derrumbo sobre la silla acolchada que tengo para mí.

—Madre mía, ¿más problemas? ¿Qué más ha pasado? —Le miro con desesperación.

—En realidad... —Se rasca la parte de atrás de la cabeza y sé que está incómodo, así que deduzco que esto irá más por el lado personal—. Tenemos que hablar de lo que pasó entre nosotros, Ainhoa.

Bingo.

—No. Primero, no tengo tiempo para esas cosas en este momento, y segundo, creo que quedó todo más que claro, así que, si no te importa...

Le señalo la puerta y, al ver que no se mueve, me levanto y la abro. Sale justo cuando llega Leo. Guille se gira para mirarnos.

—¡Leo! ¡Qué alegría acabas de darme! —exclamo y esbozo una sonrisa pensando en la cantidad de trabajo que va a quitarme, ya que yo estaba haciendo lo que él no podía desde Roma. Se acerca y me levanta del suelo.

—Venga, te invito a comer y me pones al día de este caos.

Me deja en el suelo y me acerco a por mis cosas.

—Esto es un desastre —digo tras cerrar la puerta de mi despacho. Nos despedimos de mi asistente, Guille bajará con nosotros en el ascensor—. Han surgido un montón de cosas nuevas. Imagínate que hasta Erika lleva dos días sin salir a comer.

Leo se carcajea. Entramos al ascensor con Guille pisándonos los talones. Me percató de que va muy tenso.

—Eso sí que es raro —continúa Leo, que me coge la mano y se aparta de mí un poco—. Oye, has vuelto a adelgazar.

—Dos kilos más. Se me notan ya hasta las costillas. Necesito un buen atracón de *pizzas* y hamburguesas.

Él me mira, muy serio.

—Voy a tener que vigilarte para que comas, o si no, te mandaré a mi madre, como en México. Nos miramos y nos desternillamos.

—Oh, no, con Rosa no. Tu madre me quiere, y cito textualmente, «con buenas carnes o no encontrarás ningún hombre que desee amarrarte».

Volvemos a soltar una risotada. Las puertas del ascensor se abren, Leo y yo salimos y Guille se queda dentro, muy serio.

Comemos juntos y, tal como ha dicho, Leo vigila que no me deje ni una miga en el plato. También cena conmigo y hacemos lo mismo el jueves y el viernes. El viernes, después de la cena, vamos a dar un paseo. Al pasar por una farmacia, que tiene una báscula en la puerta, me hace pesarme y me promete que celebraremos cada kilo ganado hasta que recupere mi peso. Después me acompaña a casa, entra conmigo y vemos una película. Cuando termina, se marcha y yo me voy a la cama.

Por la mañana, cuando me despierto, tengo tres llamadas perdidas de Erika y me asusto. La llamo antes de salir de la cama.

—¿Qué ha pasado? —Le digo cuando responde.

—Nada grave, te he llamado para que no hagas planes esta noche.

—¿Qué has planeado?

—Bueno, en este último año, como estabas en Londres, no hemos celebrado ni tu cumpleaños ni el mío, ni el de Leo, así que hoy los celebraremos los tres juntos. Además, también vamos a celebrar que voy a casarme.

Se queda callada.

—Pues sí que le ha costado pedírtelo —digo con una sonrisa.

—¿Lo sabías?

—Claro, me preguntó en México si pensaba que le aceptarías. Quería ir sobre seguro, el chico.

—Escucho cómo intenta contener una carcajada.

—Bueno, ¿nos vemos luego, entonces?

—Por supuesto, futura señora de Isaac.

Paso la mañana con mi padre. Aprovechando que aún dura el buen tiempo a pesar de que ya estamos a finales de septiembre, vamos a dar un paseo por la urbanización para que él camine un poco. A la vuelta, nos sentamos en el salón y charlamos un rato. Hoy vendrán a comer Fernando, Rosa, Leo y unos amigos de mi padre, aunque él no lo sabe. Es una sorpresa porque hoy es su cumpleaños. Un rato antes de la comida me acerco al comedor para comprobar que han llegado antes de que mi padre aparezca. Como están todos, le llamo. Cuando entra se sorprende al verlos allí a todos y me da las gracias por la sorpresa. Comemos escuchando las anécdotas que cuentan sobre su juventud. Muchas de ellas incluyen a mi madre y me hace muchísima ilusión oírlas.

—¿Te ha llamado mi hermana? —me pregunta Leo cuando abandonamos a los jóvenes para salir al jardín.

—Sí —digo contenta—. Está loca.

—Y que lo digas. Quiere celebrar nuestro cumpleaños. ¡Por Dios! Si solo quedan dos meses para que volvamos a cumplir años tú y yo.

—Lo sé. Pero es más por su compromiso que por nosotros. —Leo abre mucho la boca—. ¡Oh, no! ¿Aún no te lo ha dicho? —Niega con la cabeza. Le agarro las manos—. Tienes que poner esta misma cara cuando te lo cuente o me va a matar, por favor, Leo, esta misma cara.

Termina riéndose y yo con él. A mitad de la tarde Leo se marcha y yo comienzo a prepararme. Cuando termino, bajo a despedirme de mi padre, que sigue rodeado de amigos, y le pido a su chófer que me lleve a casa de Leo. Hemos quedado ahí y supongo que terminaremos durmiendo los tres en su casa como hacíamos cuando se independizó. Llego a la vez que Erika. Nos abrazamos y subimos juntas. Pedimos *pizza* para cenar los tres, como tantas otras veces. En un momento durante la cena, Erika le cuenta a Leo lo del compromiso y la cara de él es de absoluta sorpresa. Le doy las gracias con la mirada mientras los dos se abrazan, él me guiña un ojo.

Salimos a celebrarlo a una discoteca donde preparan unos estupendos cócteles, a dos calles de la casa de Leo, para poder beber todo lo que queramos. Bebemos mucho y bailamos y bromeamos todavía más. A las cinco de la mañana suena mi móvil y veo que es Isaac. Respondo con la jarana del momento. Me pregunta preocupado que dónde nos metemos, que no sabe nada de su chica. Le doy la dirección de donde estamos para que se acerque.

Media hora más tarde, mientras brindamos con nuestras copas, vemos que alguien llega por detrás de Erika y la agarra. Leo y yo intentamos soltarla pensando que es algún desconocido, pero enseguida descubrimos que es Isaac. Le abrazamos y le damos un montón de besos. Él se aparta de nosotros riéndose y sugiere que es mejor que nos acompañe a casa. Leo y yo no queremos, pero al

final nos arrastra hasta la calle. En cuanto salgo veo a Guille, y mi precario equilibrio hace que me tambalee de tal manera que acabo cayéndome y, en el intento de agarrarme a algo sólido para no acabar en el suelo, tiro a Leo y a Erika encima de mí. Permanecemos ahí tirados tronchándonos un rato. Leo es el primero en levantarse. Erika y yo tenemos tal ataque de risa que no conseguimos ponernos en pie. Isaac la levanta y Guille hace lo mismo conmigo. Me quedo mirando donde su mano me sujeta. No me suelta hasta que Leo se acerca a mí y me agarra por la cintura.

—Bueno, nosotros nos vamos a casa —dice Leo. Me mira y yo asiento.

—Os acompañamos —interviene Isaac.

—Tranquilo, mi casa está ahí al lado. Somos capaces de llegar. —Me mira, le miro y volvemos a las risotadas.

—Hasta tu casa sí, pero será mejor que a ella la llevemos nosotros —dice Guille sin dejar de observarme.

—Yo duermo con Leo. —Le miro—. ¿Me acoges aunque no haya tormenta?

—Aunque no haya tormenta. —Erika se monda, Isaac nos mira con cara de guasa y Guille, como si fuera a matarnos. Leo me sostiene fuerte por la cintura para hacerme mantener el equilibrio—. ¿Vamos?

—Vamos.

Le tiro un beso a Erika y le saco la lengua a Isaac a modo de despedida. A Guille no le dedico ni una mirada.

Me despierto y noto que alguien me rodea con sus brazos. Intento recordar dónde estoy. Leo, es Leo. Recuerdo cómo entramos a casa y lo que nos costó llegar hasta la cama sin chocarnos. Sonrío e intento levantarme, pero un dolor agudo en la cabeza hace que desista. Leo se mueve un poco y deja de respirar tan profundo. Se ha despertado. Aun así, no me suelta.

—Me va a explotar la cabeza —digo en voz baja y ronca.

—Shhh... No digas nada más hasta que tengamos un zumo y un analgésico en el estómago.

No puedo evitar que una carcajada salga de mi boca. Me giro y miro a Leo. Estamos muy cerca y por un momento pienso en acortar lo poco que nos separa y besarle.

—Menuda juerga nos pegamos. —Su tono es alegre y mira mi boca. Él también está pensando en besarme. Apoyo mi cabeza en su pecho y me acaricia la cabeza—. Necesito ese zumo ya. —Noto cómo vibra su pecho. Me incorporo un poco—. Tómatelo con la guasa que quieras, pero tú no estás mejor.

Salimos de la cama y nos tomamos el desayuno en completo silencio. Al terminar, parece que el analgésico ha hecho su efecto y el dolor de cabeza ya es solo una leve molestia.

—Creo que deberíamos llamar a tu hermana.

—¿Por qué? ¿Hay algo que no recuerde? —Esta vez soy yo quien se lo toma con humor.

—No, pero quiero saber si llegó bien o se murió de la risa por el camino.

Leo se contagia de mi buen humor y llamamos a Erika.

Me consuela saber que su resaca está siendo mucho peor que la mía. Oigo de fondo a Isaac

gritar y le pregunto qué pasa. Primero no quiere decir nada, pero termina contándonos, en voz muy baja, que Guille lleva con ellos dos semanas y está intratable. Nos cuenta que solo habla con Isaac para lo mínimo, y claro, Isaac se cabrea y grita. Me siento un poco responsable. Colgamos y nos quedamos en silencio.

—Ainhoa, ¿tú me quieres? —Me sorprende la pregunta de Leo.

—Claro que te quiero. —Me coge la mano.

—Y si me quieres, ¿por qué no intentamos estar juntos? —Le miro e intento organizar todos los motivos que tengo para explicarle por qué eso no es posible.

—Leo..., es verdad, te quiero mucho, pero tú sabes que no puedo...

—Sé que siempre va a ser él, me quedó claro, pero antes, en la cama, he visto las ganas que tenías de besarme. —Se acerca más a mí y me coge de la cintura—. ¿Por qué no intentarlo?

—Leo, no puedo hacerte eso. Te mereces a alguien que pueda entregarse a ti completamente. No sería justo.

Apoyo mi cabeza en su clavícula.

—Eh —me levanta la cabeza y me mira a los ojos—, déjame que decida yo lo que es justo para mí. —Me acaricia la cara y me siento confusa, no sé qué hacer. Acerca su cara a la mía y me besa. Y le devuelvo el beso. Nos besamos durante un rato y después me retiro un poco y pongo la cabeza en su pecho. —Venga, vamos a vestirnos y te llevo a tu casa antes de que tu padre nos llame. —Me da un corto beso y salimos cada uno a una habitación a cambiarnos.

Desde que Leo y yo nos separamos hasta que llegamos a mi casa, no dejo de pensar en lo que ha pasado. Me he sentido bien con él, realmente me apetecía besarle. Me ha apoyado mucho durante este mes y tal vez eso me está confundiendo, o quizá realmente estoy llevando mis sentimientos más lejos. Entramos al salón, donde está mi padre. Le doy un beso.

—¿Qué tal te lo pasaste ayer? —le pregunto.

—Muy bien. Gracias por la sorpresa. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia—. ¿Vosotros lo pasasteis bien? —Miro a Leo y me devuelve la mirada, cómplice.

—Demasiado bien, Erika es un genio organizando salidas.

—¿Tenéis algo que hacer esta tarde? —Ambos negamos—. Bien, ¿qué os parece si vamos al cine? Hace años que no voy y me gustaría ir.

Leo y yo accedemos y nos ponemos a mirar la cartelera. Mi padre elige la película y compramos las entradas. Charlamos un rato sobre el trabajo pendiente para esta semana. Leo es el que más tiene debido a su obligado viaje a Roma. Mi padre le sugiere que me pase algunas tareas. Sigue confiando totalmente en mí. Según él, tengo más genio que Leo y sé poner firmes a los de seguridad. Mentalmente estoy dándome cabezazos contra la pared, porque llevar ese tema significa estar con Guille.

Salimos hacia el cine a media tarde. Mi padre va emocionado y, cuando termina la película,

continúa completamente fascinado con la calidad que tiene el cine de ahora. Nos invita a cenar en un restaurante italiano de la zona y nos ponemos las botas. Después, Leo nos lleva a casa. Mi padre le invita a pasar un rato con nosotros y enseguida acepta. Vamos al salón y ponemos una serie en la tele. No tarda en irse a la cama y, en cuanto ha salido del salón, Leo se acerca a mí y me abraza contra él. Le miro y le sonrío. Él me besa y después pasa mis piernas por encima de su cuerpo, de manera que estamos muy pegados. Durante un buen rato nos besamos, nos provocamos y nos sonreímos. Llegamos al punto crítico en el que, o paras, o vas a fuego.

—Creo que será mejor que me marche —dice entonces mirándome, esperando que le contradiga. En ese momento y sin previo aviso se escucha un trueno horrible y se va la luz.

—No te vas a ir —digo y estalla en carcajadas—. ¿Voy a tener que pasar por esto en cada tormenta?

Me mira y, aún carcajeándose, dice:

—Solo si estamos en casa de tu padre a punto de despedirnos.

Le imito muy a mi pesar.

—Anda, sube conmigo a dormir, que tienes ropa de recambio en la habitación que Erika y tú usabais. —Me levanto y le tiendo la mano. Me la coge y vamos a mi cuarto.

Se mete en mi cama y no tardo en hacer lo mismo. Le beso y me abraza. Nos dormimos enseguida.

Leo me despierta diez minutos antes de que suene la alarma. Abro los ojos y me giro para estar cara a cara con él.

—Buenos días, hermosa.

—Aún hay tormenta. No son buenos días.

Me acurruco contra él.

—Eres una miedica.

Me echo un poco hacia atrás para mirarle. Le saco la lengua y en un movimiento rápido la pilló con sus dientes. No me hace daño y empezamos a besarnos con demasiada fogosidad.

—Leo, tenemos que parar. Mi padre puede aparecer a buscarme si no bajo a desayunar. —Me mira unos instantes. Me muerde un hombro y me hace cosquillas. ¡Leo!

—Está bien. Me rindo.

Se marcha hacia la ducha del pasillo. Yo utilizo la de mi habitación. Me visto y, cuando voy a salir de mi cuarto, aparece, me da un corto beso y bajamos a desayunar. Cuando entramos en la cocina, mi padre casi escupe el café. Comienza a troncharse como un loco.

—Hala, muy bien, papá. Disfruta con el sufrimiento de tu pobre hija.

Me finjo indignada y me siento mientras la cocinera me pasa un zumo con la alegría dibujada en la cara.

—Ya me parecía a mí raro que durmieses tan tranquila.

Aún se ríe y, cuando miro a Leo, descubro que él también está escondiendo su gesto tras la taza de café, arrimada a su boca.

—Tienes suerte de que empezase la tormenta justo cuando se iba Leo, si no, me hubiese metido en tu cama, listillo. —Se ríe más fuerte y Leo no aguanta más y explota en carcajadas—. Hombres —le digo a la cocinera—, bendita la paciencia que tenemos en esta casa. —Le da la risa a la mujer y le guiño un ojo. Han cambiado mucho las cosas. Hace un par de meses, una escena como esta era impensable.

Mi padre se queda en casa cuando nosotros nos vamos. Aún no trabaja las ocho horas, así que todavía tiene un par para terminar de burlarse de mí. Llegamos a la oficina y nos ponemos a trabajar a todo lo que damos. A las once, cuando llega mi padre, yo me marcho al despacho que comparten Isaac y Guille. Llamo a la puerta y entro cuando me dan paso.

—Buenos días, chicos —saludo de buen humor. Isaac me contesta y me mira asombrado. Me siento en una de las sillas frente al escritorio de Guille—. Tenemos mucho que arreglar. ¿Estás preparado?

—¿Qué ha pasado ahora?

Nos metemos de lleno con todos los problemas que están surgiendo en la seguridad de los hoteles. Guille me cuenta que fue personalmente a resolverlos al hotel central en Madrid. Le respondo que el problema lo tienen los de todos los países y que, efectivamente, en Madrid se solucionó muy bien con su intervención.

—¿Tendrás que visitar cada una de las sedes o crees que serás capaz de arreglarlo por teléfono? —Se rasca detrás de la cabeza, reconozco ese gesto a la perfección y mi semblante cambia, aunque enseguida vuelvo a mi rictus serio.

—Puedo intentarlo telefónicamente, siempre que sean competentes, claro.

—Muy bien.

Me levanto y me doy cuenta de que Isaac no está. Miro el reloj y veo que ya estamos en la hora de comer, la mañana ha pasado volando.

—¡Dios! Perdona —le digo a Guille—, te estoy quitando la hora de comer. Voy a mi despacho. Sal tú y a la vuelta te daré la lista con los teléfonos y los nombres de los encargados de cada sede.

—Voy contigo. No voy a ir a comer —me dice y camina detrás de mí.

—Como quieras.

Llegamos al ascensor y pulso el botoncito. Estamos en silencio hasta que él lo rompe.

—¿Qué tal fue la resaca? —Me giro a mirarle con la boca abierta—. ¿Qué? Es por rellenar el silencio. —Me hace tanta gracia que tengo que sujetarme a la pared y todo. Guille el hablador llenando silencios.

—Bien —consigo decir ya dentro del ascensor—, Leo tiene unos analgésicos que te quitan lo peor de la resaca en poco tiempo. Tengo que pedirle el nombre.

—¿Te costó llegar a casa? —Me doy cuenta del cambio de su tono de voz y de su tensión en cuanto he nombrado a Leo.

—Uff. —Intento controlarme—. No conseguíamos abrir la puerta, pero entonces nos dimos cuenta de que estábamos en el portal que no era. Cuando atinamos y entramos en casa de Leo fue

peor. Llegar a la cama se convirtió en un deporte extremo. —Miro mis piernas, llevo falda y se ven. Señalo tres grandes moretones—. Esos son la prueba. Menos mal que la mayoría de las veces que me caí acabé aterrizando en Leo.

—Nunca creí que fuese tan divertido hacerse moretones. —Se abre el ascensor en mi planta y vamos a mi despacho.

—Muy divertido, de hecho. —Guille cierra la puerta de mi despacho. Me siento frente al ordenador para buscar lo que tengo que darle—. ¿Y a ti? —Me mira y continúo—. ¿Se te ha pasado el cabreo con el mundo?

—No estoy cabreado con el mundo. —No despego los ojos de la pantalla del ordenador mientras hablamos.

—Por cómo te gritaba Isaac cuando llamé a Erika, si no lo estás lo disimulas muy bien. — Encuentro el documento y entro en él. Tengo que editarlo para que solo salgan las sedes.

—Ainhoa —le miro un momento—, te lo repito. No estoy cabreado con el mundo. Solo estoy cabreado conmigo. —Miro de nuevo el ordenador y elijo lo que quiero que el documento me muestre—. Bueno, también estoy cabreado contigo. —Dejo de teclear y le miro.

—¿Qué te he hecho para que estés enfadado conmigo? —La pregunta me sale antes de poder retenerla. Compruebo que lo tengo todo y mando a imprimir el archivo.

—No quieres hablar conmigo.

—Estoy hablando contigo. —La impresora no funciona. Compruebo la conexión y veo que se me ha olvidado encenderla. Me levanto a hacerlo.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Tenemos que hablar de lo que pasó. Tienes que escucharme.

—Habla —digo apoyada en la impresora. Vuelvo a mi silla y le doy de nuevo a imprimir.

—Cuando me devolviste el anillo, fui consciente de lo que estaba haciendo. Tenía que haberte contado todo desde el principio. No, no la quería y no la quiero. Forma parte de mi pasado. En el aeropuerto quise explicártelo, pero cuando te toqué... me miraste como si no valiera nada y no me atreví a decir nada. —Voy de nuevo hasta la impresora para recoger el documento y de paso evitar la mirada de Guille unos instantes. Después regreso a mi silla—. Luego llegaron mis amigos y yo estaba jodido. Ella quería que le diera una explicación por lo que le hice. Se merecía una explicación y se la di. Después, para cerrar esa historia de una vez, nos acostamos y apareciste tú. Me sentí como una mierda. Me siento como una mierda, Ainhoa. Necesito que me perdones, que vuelvas a hablarme, que...

—Para. —Inspiro profundamente—. No tengo que perdonarte nada. Lo nuestro se terminó, tú te tiraste a otra y no tienes por qué darme explicaciones. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, Guille. ¿Quieres que hablemos? No tengo ningún problema. Podemos ser amigos, pero ya está. — Le tiendo el documento—. Ahí tienes todos los datos. Cuando sepas si puedes con todo desde aquí avísame, y, por cierto, deja para lo último el de Londres, tenemos que ir a finales de semana y podemos hacerlo personalmente.

Asiente a lo que digo.

—Solo una cosa más, Ainhoa. —Le miro instándole a que siga—. ¿Por qué tratas estos asuntos conmigo, si es a Leo a quien corresponden?

—Bueno, Leo está con demasiadas cosas. Necesita ayuda y le ayudo. Esto le iba a quitar buena parte de la mañana, como bien has visto, así que lo he hecho yo.

—¿Lo haces por él? —Entiendo el doble significado que pretende darle y le doy la respuesta que no quiere oír.

—Sí, lo hago por él. —Se da la vuelta y sale de mi despacho. Me siento en el suelo tras mi escritorio. Permanezco un rato ahí, abrazándome a mí misma, hasta que me veo con fuerzas para seguir el resto del día.

A las cinco en punto aparece Leo en mi puerta con una sonrisa. Yo tengo una cara de perros después de todo lo que ha pasado con Guille. Al verme se acerca, me tiende la mano y, cuando me levanto, me besa. Me separo y pongo la cabeza en su pecho.

—¿Un día duro? —pregunta mientras me acaricia con una mano y con la otra me agarra de la cintura.

—Ni te lo imaginas.

Salimos y vamos a casa de Leo. En la calle llueve a raudales, así que vemos una película en el sofá. Mi humor poco a poco ha mejorado. Bueno, siendo sincera, Leo ha mejorado mi humor. Cuando termina la película resoplo y me escondo en su brazo. Intenta que salga, pero me aprieto más contra él. Al final empieza a hacerme cosquillas, saco la cabeza y me tiro hacia atrás con la esperanza de que me suelte, pero se tumba encima de mí y sigue. Le pido que pare como buenamente puedo y lo hace. Tengo la respiración entrecortada y me va a mil el corazón.

—Estás irresistible en este momento —dice con voz ronca y después se lanza a devorar mi boca.

Nos besamos fuerte. Estamos sumergidos en una pasión que nos desborda. Leo se retira de mi boca solo un instante para ponerse de pie y que pueda hacerlo yo también. Salto encima de él. Enrosco mis piernas en su cadera y mi falda se sube tanto que queda como un cinturón. Mis manos están alrededor de su cuello. Él me sostiene por los muslos. Nos besamos sin parar hasta que llegamos a la cama. Nos desvestimos perdidos el uno en el otro. Hacemos el amor salvajemente.

—Eso ha sido..., ¡guau! —digo aún con la respiración agitada. Leo me atrae a su cuerpo desnudo. Sonríe.

—Sí —él también tiene la respiración acelerada todavía—, ha sido..., ¡guau!

Nos reímos y estamos un rato abrazados y mirándonos a los ojos. Nunca pensé que vería a Leo como lo estoy viendo ahora. No sé si llegaré a amarle. En este momento, mientras le observo, todo me parece posible, pero no estoy convencida. Intento retirarme para ver la hora en el reloj, pero él no me deja. Me aprieta más contra sí.

—Solo quiero mirar el reloj —digo con cara de auténtica boba.

—Si te dejo mirarlo, vas a ver que es hora de irte a casa y quiero disfrutar un poco más de este

momento.

—Hagamos un trato. Ahora me llevas a casa y el jueves te vienes a Londres conmigo y pasamos el fin de semana juntos en el hotel. ¿Qué te parece? —Hace que se lo piensa y antes de decir nada empieza a besarme desde la clavícula y, justo antes de llegar a mi boca, se para y me mira contento.

—Trato hecho. —Me besa y nos separamos antes de que no consigamos parar.

La semana pasa muy rápido. He terminado todo lo que tenía pendiente e incluso consigo adelantar algo de trabajo, lo que supone un alivio, ya que esta noche vuelo a Londres y mañana Leo y yo tendremos allí varias reuniones.

Un poco antes de la hora de salir paso por el despacho de Guille e Isaac. Solo está Guille.

—¿Tienes un minuto? —le pregunto.

—Claro, pasa. —Me señala una silla—. Dime, ¿más problemas?

Sonrío.

—Espero que no. ¿Has podido solucionar todo?

—Casi. Dejé Londres para el final como me sugeriste. Pero allí está fallando algo más. Cada vez que revisan de nuevo, sale algún fallo. Creo que tendré que ir.

—Me lo temía. Toma. —Le tiendo un billete de avión—. Sale esta noche y la vuelta es el domingo a última hora, por si quieres quedarte el fin de semana; si no, puedes cambiarlo y volver cuando quieras. Tienes reservada una habitación para ti sin ningún coste, claro está. Leo y yo estaremos allí hasta el lunes, si necesitas algo, solo tienes que decírnoslo. —Me levanto para salir y veo que me sigue con sus cosas—. Si quieres podemos recogerte para ir al aeropuerto. —Eso sale de mi boca sin haberlo pensado y no tardo en arrepentirme. No es una buena idea.

—Eso sería genial. —Pulsa él el botón del ascensor—. Estoy en casa de Isaac. ¿Sabes la dirección? —Llega el ascensor y ambos vamos al garaje.

—Sí, claro. Te aviso cuando vayamos hacia allá entonces.

—Está bien. —Nos quedamos en silencio hasta que se abren las puertas del ascensor. Cuando Leo me ve se le ilumina la mirada, como a mí.

—Hola, Guille. —Guille le devuelve el saludo—. Pensé que iba a tener que subir a por ti —me dice.

Guille se dirige hacia su moto.

—Eres un impaciente. —Sonrío a Leo mientras me acerco al coche y no a él—. Por cierto, de camino al aeropuerto recogemos a Guille. —Me mira asombrado. —Viene con nosotros. Tiene que solucionar todo el problema con la seguridad—. Leo asiente y entramos en el coche. Vemos pasar la moto de Guille.

—¿Es necesario que venga?

Le miro y me acerco a él.

—Sí, es necesario.

Le doy un breve beso en los labios y vuelvo a mi asiento.

—O sea, que no solo tendré que compartirte con Sam y Willie, también con él.

—No vas a compartirme. —Salimos del garaje hacia mi casa—. Además, no creo que Guille pase mucho tiempo con nosotros.

—Ya verás como sí. —Se concentra un rato en la carretera—. ¿Sabes lo que me va a suponer tener que fingir que solo somos amigos? —Niega con la cabeza—. No sé si aguantaré, te aviso.

Leo y yo hemos acordado que lo mejor es no decir que estamos juntos hasta que hayan pasado unos meses. Creo que, en el fondo, ni él ni yo le damos mucho tiempo a esta relación en la que nos sobrevuela constantemente una tercera persona.

En mi casa no nos demoramos mucho. Subo a por mi pequeña maleta, nos despedimos de mi padre y nos vamos. Leo lleva la suya en el coche, así que aviso a Guille de que vamos ya a buscarlo. Cuando llegamos, Erika sale para despedirse de nosotros. Nos besa y nos abraza a los tres. Guille y Leo suben al coche y Erika me retiene. Se acerca a mi oído.

—No sé qué es lo que habéis hablado él y tú. —Señala a Guille—. Pero gracias.

—¿Por qué?

—Está mucho más amable y hasta tiene mejor cara. —Niego quitándole importancia y le doy un último beso.

En cuanto subimos al avión, Leo y yo nos sumergimos en los informes sobre los asuntos a tratar al día siguiente. Dejamos claros los puntos más importantes y lo que podremos obtener si apretamos bien las tuercas a los empresarios con los que vamos a tratar. Tras aterrizar cogemos un taxi que nos llevará al hotel.

—Nunca os cansáis de hablar de trabajo —dice Guille. Miro a Leo y él me devuelve la mirada.

—Claro que sí, pero no nos queda más remedio, tenemos que preparar las reuniones aquí —contesta Leo.

—Sois incansables. Desconectar de vez en cuando no os vendría mal. —No quiero mirar a Leo, porque sé que si lo hago no podré disimular la gracia que me hace—. ¿Vas a ver a Sam y a Willie?

—Por supuesto que sí —respondo—. No quiero morir tan joven. —Guille se ríe, Leo solo sonrío.

—Oh, sí, Sam te mataría si no le avisas.

—Van a venir a cenar al hotel ahora, si quieres puedes venir con nosotros. —No sé por qué, últimamente las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas.

—Claro, voy encantado.

Ya en el hotel, dejamos que Guille coja primero su habitación y, cuando se acerca al ascensor, cogemos Leo y yo la nuestra. Subimos a nuestro cuarto y no tarda en preguntarme por qué le he invitado. Le digo la verdad, que lo he hecho sin pensar. Me agarra de la cintura y me besa. Me

dice que la próxima vez cierre la boca mientras pienso y así me evito estas situaciones. Me carcajeo y bajamos al restaurante. Ya están allí Willie, Guille y Sam. En cuanto me ven, mis dos amigos me besan y abrazan mientras me tienen en el aire.

Contra todo pronóstico, la cena no es nada incómoda. Todos participamos en la conversación y bromeamos mucho. Al final incluso Leo, que *a priori* es quien peor se lleva con ellos, termina gastando bromas y hablando con total naturalidad. Antes de irse, Sam me aparta un poco del resto.

—Oye, ¿qué se ha fumado el estirado? —Me río—. En serio, está supermajo. Hasta me cae bien y todo.

—Siempre es así. —Me mira como si no me creyese—. Te lo juro. Lo de Ibiza del año pasado fue una excepción.

—Vale. ¿Cómo estás? —Hace un gesto hacia Guille—. Supongo que no es muy agradable pasar tanto tiempo con él.

—Estoy bien. A mí no me importa pasar tiempo con él, es él quien lo está pasando peor. —Es la verdad—. Se ha dado cuenta tarde de lo que ha perdido.

—Ainhoa, sabes que todavía...

—¿Cómo está Linda? —le corto.

—Me rindo.

Hablamos un poco sobre su chica y se nos unen los otros tres. Después de un rato, nos vamos cada uno a nuestro sitio. En cuanto entramos en la habitación, Leo me coge en volandas y me lleva hasta la cama. Se pone encima de mí y me aprisiona contra el colchón. Nos miramos felices y me besa. Nos besamos mientras vamos desnudándonos, con calma, saboreando cada momento. Hacemos el amor lentamente, mirándonos continuamente a los ojos. Llegamos juntos a un clímax que nos desborda. Después dormimos abrazados.

Capítulo 11

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro, Guille —digo con amabilidad mientras miro a Leo para que haga lo mismo. Le hago una seña al camarero para que venga a tomarle nota.

—¿Has podido solucionar algo?

Nos sumergimos a hablar sobre el trabajo. Leo se relaja, pues no es un tema peligroso para él. Durante toda la cena hablamos de lo que queda por terminar. Guille nos comenta que seguramente mañana a mediodía terminará con todo. Después de cenar los dos van a las habitaciones y yo paso por recepción a recoger unos papeles que he dejado antes. Cuando subo a cambiarme de ropa, Leo ya lo ha hecho.

—Date prisa o tus amigos me matarán por llevarte tarde. —Me apresuro a cambiarme de ropa. Sam y Willie nos esperan en una bar cerca de su casa.

Cuando entramos, vemos que Guille está con ellos. No se sorprende al vernos, pero Leo y yo sí nos sorprendemos al verle a él. Saludo a Linda y a Sarah y enseguida todos nos ponemos a charlar y disfrutar. Un par de horas después, con el ambiente más relajado, bailamos. Las chicas y yo lo damos todo y conseguimos que ellos bailen con nosotras. Al volver al hotel, lo hacemos los tres juntos. En cuanto entramos en la habitación Leo me coge en volandas.

—Vaya día de locos —dice después de besarme.

—Estoy agotada.

Le sonrío mientras me deja en el suelo, sin soltarme.

—Pues aún tengo planes para ti antes de dejarte dormir.

Me sonrío y me besa. Me retiro, le miro y corro hasta poner la cama entre los dos.

—Eso será si me coges. —Me mira con cara de sorpresa y echa a correr hacia mí. Salto por encima de la cama y escapo al otro lado. Gira de nuevo alrededor de ella y yo vuelvo a saltar encima, pero él me coge por una pierna y caigo sobre el colchón.

—Te pillé. —Se pone encima de mí y le miro guasona.

—Vaya, no tengo escapatoria. —Nos reímos y nos besamos hasta que terminamos haciendo el amor durante gran parte de la noche.

Me despierto al oír el sonido de un teléfono, me doy cuenta de que es el de la habitación y me estiro por encima de Leo hasta alcanzarlo.

—Hola, buenos días —atino a decir aún somnolienta.

—Ainhoa, soy Guille. Estoy en recepción, necesito que bajes a ayudarme con unos papeles que

tengo que dejar aquí.

—Está bien, Guille, ahora voy.

En ese justo momento Leo me muerde el hombro y se me escapa un grito.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —pregunta Guille mientras yo le tapo la boca a Leo con mi mano libre.

—Sí, todo bien. Me visto y bajo. —Cuelgo—. ¡Leo! —Se burla y me besa.

—Buenos días, hermosa. ¿Qué ha pasado ya? —Le beso y me levanto para darme una rápida ducha.

—Guille necesita ayuda con unos papeles.

Me meto en la ducha y salgo en tiempo récord. Me visto y me despido de Leo, que sigue en la cama. Bajo al vestíbulo y Guille me está esperando.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa.

—Buenos días, vamos al lío —respondo y nos encaminamos al despacho que nos han dejado para trabajar.

Estamos allí toda la mañana. Guille necesita solucionar un montón de papeleo para que todo quede bien atado, especialmente las nuevas contrataciones que el hotel tendrá que llevar a cabo. Cuando terminamos, la hora de comer ha pasado hace un buen rato.

—He vuelto a dejarte sin hora de comer —digo cuando por fin miro el reloj—. Soy una jefa horrible.

Él se ríe.

—No pasa nada. Te perdono si me acompañas a comer a una hamburguesería de aquí al lado.

Dudo unos instantes.

—Eres un tramposo. Sabes que no puedo negarme a una hamburguesa.

Su buen humor no desaparece y le digo que antes he de hacer una llamada.

—¿Has comido? —pregunta Leo en cuanto descuelga.

—Aún no. Voy a tomar una hamburguesa con Guille. —Espero a que me conteste—. ¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado, pero no me gusta que pases tanto tiempo con él. —Suspira.

—Prometo compensarte por el tiempo perdido.

Justo en ese instante Guille sale del despacho y me oye.

—No me convence, pero tendré que aceptar.

—Luego hablamos, un beso. —Cuelgo y miro a Guille—. Listo, vamos.

Salimos del hotel y caminamos hasta el restaurante. Durante la comida conversamos acerca de temas poco conflictivos, es decir, trabajo e Isaac y Erika. Hablando de estos últimos incluso bromeamos.

—Madre mía, tengo que reconocer que tenía un hambre de oso —digo cuando termino. Guille se ríe.

—Siempre que esté implicada una hamburguesa o una *pizza*, tienes hambre de oso.

Nos miramos un instante a los ojos, pero enseguida corto el momento.

—Cierto. Recuerdo que una vez, con Erika y Leo, nos comimos cinco *pizzas* entre los tres. Después estuve dos días sin probar bocado. —Sonrío recordando la anécdota.

—Últimamente estás mucho tiempo con Leo.

No me pasa desapercibido su tono ni la intención de su pregunta.

—La verdad es que sí. Me ha ayudado muchísimo en este último mes y medio.

Miro cómo me mira Guille.

—Quieres decir que es él quien te ayuda a que no vuelvas a pensar en mí, ¿no?

Espera que le conteste. Yo me tomo mi tiempo para hacerlo.

—No, él me ha ayudado a pensar en mí otra vez, me ha ayudado a estar de buen humor cuando no tenía ganas de estarlo e incluso me ha secado las lágrimas cuando no he podido más y me he venido abajo.

Agacho la cabeza y pienso en que Leo, en realidad, me ha sacado del barro para devolverme a la luz y poder volar de nuevo.

—¡Joder! —Se levanta de su silla para sentarse a mi lado. Me abraza y me dejo abrazar por un instante—. Perdóname. Todo esto es culpa mía, Ainhoa. Nunca he querido hacerte daño. Necesito que vuelvas a confiar en mí. Que volvamos a estar juntos otra vez, cariño.

Me suelto de su abrazo y le miro.

—Guille, no puedo decirte que ya no te quiero. Te estaría mintiendo a ti y a mí misma, pero ya no puedo estar contigo. No puedo estar con alguien que no confía en mí y nunca lo ha hecho. Y, por supuesto, no puedo estar con alguien en quien ya no confío. ¡Por Dios! Iba a casarme contigo, Guille, estaba al cien por cien para ti y tú no estabas ni siquiera al cincuenta por ciento. — Permanecemos en silencio un par de minutos y me levanto—. Será mejor que me vaya.

Me acerco al camarero que nos ha atendido y le doy dinero suficiente para pagar nuestra comida. Después me marcho.

Vuelvo al hotel y subo a la habitación. Leo no está. Me alegro de que no esté en este momento, si no, es muy probable que terminase enfadado al verme volver así de la comida. Salgo al pequeño balcón y me empapo de la ciudad. Llamo a Erika y hablo con ella. Le cuento todo lo que ha pasado con Guille y ella me aconseja que actúe con el corazón. Que en temas de amor no debo escuchar a la cabeza. Cuelgo confusa. Que escuche a mi corazón, dice. Cierro los ojos e intento centrarme en las emociones que me despierta Guille y también en lo que Leo me hace sentir. En este momento me gustan más las sensaciones que Leo me provoca. Sonrío y noto que me abrazan desde atrás. Abro los ojos y me giro. Me encuentro con los ojos grises, como el cielo de Londres, de Leo. Le beso.

—¿Me has echado de menos aunque sea un poco? —pregunta mientras me pega todo lo que puede a él.

—Un poco solo.

Me acurruco contra su pecho. Empieza a llover, pero ninguno nos movemos durante unos

instantes.

—¿Vas a contarme qué ha pasado en la comida? —Me separo un poco para mirarle—. Has entrado al hotel y ni siquiera te has dado cuenta de que estaba en el vestíbulo. Algo ha ocurrido.

Bajo la lluvia aún, le relato todo. Cuando termino, Leo me mira en silencio unos instantes.

—No sabía que teníais pensado casaros.

—Solo lo sabían mis amigos. Además, tú y yo no nos hablábamos cuando eso pasó.

—¿Todavía le amas?

Soy consciente de que no ha usado la palabra «querer» y contesto con toda la sinceridad que poseo.

—Hace dos semanas te hubiese dicho que sí sin dudar. A día de hoy no puedo contestar a eso, porque ni yo misma sé si todavía le amo. —Empiezo a temblar de frío. Estamos calados—. Pensé que le iba a amar siempre, te lo dije, para que supieras que probablemente no sería capaz de amar a nadie más, pero ahora... —Niego con la cabeza—. No tengo ni idea, Leo.

Me abraza fuerte y entramos a la habitación. Estoy calada hasta los huesos. Leo me lleva de la mano hasta el baño y empieza a llenar la bañera.

—Creo que un baño caliente nos sentará bien —dice mientras miro atenta lo que hace.

—¿Nos? —pregunto tiritando.

—Definitivamente, nos. Venga, vamos a quitarte eso antes de que te constipes.

Me ayuda a desnudarme, me recojo el pelo en una coleta alta y me meto en la bañera ya llena mientras él termina de desvestirse. Se mete detrás de mí y me recuesto contra él. Permanecemos así un rato, después me coloco de frente y le miro.

—Estás muy guapo, así, todo mojado.

Le sonrío y me atrae hacia él. Paso mis piernas por detrás de su espalda para que estemos lo más pegados posible.

—Solo me quieres por mi cuerpo —dice divertido.

—Está claro que la inteligente de la pareja soy yo. —Nos sonreímos como dos bobos—. Confórmate con ser el guapo.

Nos besamos suavemente, pero poco a poco vamos profundizando los besos de manera que terminamos haciendo el amor en la bañera. Salgo y me seco bajo su atenta mirada, y él hace lo mismo a mi lado. Con una deliberada lentitud deo caer la toalla y me encamino desnuda hacia la cama. De reojo, a través del espejo, veo cómo Leo intenta cerrar la boca y cómo vuelve a excitarse. No tarda en seguirme y ambos somos puro fuego. Hacemos el amor salvajemente y después nos quedamos dormidos abrazados.

Me despierto tiritando a pesar de que Leo me tiene bien pegada a su cuerpo y de que estamos tapados hasta arriba. Leo va a buscar un termómetro al botiquín. Mientras me lo coloco, me acerca el pijama para que me lo ponga. Cuando pita el termómetro, comprueba la temperatura y descubre que tengo bastante fiebre y que sigue subiendo. Insiste en llevarme al médico, pero le convengo de que se me pasará con un analgésico. Me lo tomo y se tumba conmigo. Charlamos un rato y después

pone una película en la televisión. A mitad de la película llaman a la puerta y se levanta para abrir.

—Venía a ver por qué tarda tanto en bajar Ainhoa.

Es Guille, y al oírle recuerdo que habíamos quedado para cenar con él, Sam y Willie aquí, en el restaurante del hotel.

Leo, que va vestido solo con su pantalón de pijama, no sabe qué hacer.

—Leo, deja que pase —digo con un ataque de tos. Guille entra y se sienta en la cama.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

Leo se sienta a mi lado con la espalda en el cabecero de la cama.

—He estado mejor. —Intento que suene como una broma—. Como es evidente, me he constipado. —Guille mira a Leo y después a mí—. He llamado a Leo y ha venido a cuidarme. Estábamos viendo una película. Siento no haberos avisado, ni me he acordado. ¿Puedes decírselo a los chicos?

—Claro. Yo se lo digo. —Frunce el ceño y le pregunta a Leo—: ¿Prefieres bajar tú a cenar con ellos? Puedo ocuparme de ella si quieres.

—No, tranquilo, yo me encargo de la enferma. —Me rodea con su brazo y termino contra su pecho. Sonrío y me incorporo.

—Si necesitas algo, Ainhoa, avísame, y si necesitas salir, Leo, dímelo y vengo.

—Gracias —respondemos los dos a la vez. Guille se levanta y se acerca a mí. Leo se levanta y entonces Guille me da un beso en la frente. Se da media vuelta y Leo le acompaña a la puerta.

—¿Seguro que no quieres bajar a cenar con los chicos? —le pregunto al cabo de un rato.

—Segurísimo. —Me da un suave beso en los labios—. Pero vamos a pedir algo de cena ahora mismo.

Como no tengo mucha hambre, pide un caldo de pollo para mí y para él un auténtico festín. Le digo que se va a empachar y me reprocha que es culpa mía, por haberle hecho trabajar tanto toda la tarde. Ese comentario hace que me ponga roja como un tomate y me tapo la cara con una de las almohadas. Leo se divierte a mi costa e intenta quitármela. Al final, como tiene más fuerza, lo consigue.

—¿Por qué te da vergüenza? —me pregunta burlón.

—¡Oh, Dios! Déjame —contesto azorada aunque con un tono mucho menos serio de lo que pretendía

—Anda, ven aquí. —Me sienta en sus piernas y coge mi cara entre sus manos. Me besa varias veces—. No tienes que sentir vergüenza conmigo. —Escondo la cara en su cuello.

Me encuentro fatal. El pobre Leo ha tenido que guardar todas mis cosas en la maleta. Después ha llamado a recepción para que alguien suba a recogerlas. Cuando viene el chico a por ellas, salimos con él. Leo me lleva agarrada fuertemente por la cintura y yo voy apoyada contra él todo lo que puedo. La fiebre me ha dejado sin fuerza. Cuando Guille nos ve aparecer en el vestíbulo, se acerca a nosotros.

—¿Necesitas algo? —me dice mientras toca mi cara. Noto a Leo tensarse.

—No te preocupes, Leo se encarga —respondo con voz baja y febril.

Nos metemos en el coche. Llevo a Guille a un lado y a Leo al otro. Intento permanecer erguida, porque si me apoyo en Leo, Guille se va a cabrear. No es que me importe que no le guste, es solo que no tengo fuerzas para discutir. A mitad de camino, Leo me dice que me recueste contra él para estar mejor. Niego y sigo sentada recta hasta el aeropuerto.

Cuando por fin llegamos a Madrid, a regañadientes, Leo me lleva a casa de mi padre. En cuanto me ve, llama al médico para que venga a casa a reconocermelo. Como yo había supuesto, tengo gripe, así que, tras explorarme, me receta un antibiótico y unos comprimidos para la fiebre como los que ya estaba tomando.

Me despierto empapada en sudor y me dirijo a la ducha. Me siento mucho mejor que ayer, aunque la cabeza sigue embotada por la fiebre. Salgo de la ducha, me visto y bajo a desayunar. Mi padre me mira como si tuviese dos cabezas cuando se da cuenta de que pienso ir a trabajar. Le digo que estoy bien, que no se preocupe, que si me encuentro muy mal me volveré a casa. Que se preocupe por mí aún me hace sentir rara. Lleva muchos años sin hacerlo y para mí esto es algo nuevo y extraño, pero me gusta.

En la oficina, Leo y Erika insisten para que me vaya a casa, incluso mandan al pobre Isaac para que intente convencerme. Cerca de la hora de la salida, llaman a mi despacho. Hago pasar a quien sea que esté al otro lado de la puerta. Es Guille. Cierra tras de sí y se sienta.

—Me han llamado de Londres, todo sigue funcionando bien, así que asunto resuelto. Crisis de seguridad superada. —Sonríe un poco al decirlo, aunque la sonrisa no le llega a los ojos.

—Enhorabuena. Puedes tomarte un par de días libres si quieres. Es lo justo después de haber trabajado en fin de semana. —Me mira y se ríe. Esta vez sí llega a sus ojos—. ¿Qué pasa?

—Tú también has trabajado en fin de semana y además estás que no puedes con el alma. Deberías tomarte tú esos días. Si lo haces, entonces yo también lo haré. —Le miro y finalmente me dejo arrastrar por su buen humor.

—Chantajista. —Se ríe nuevamente—. Pero esta vez no ha funcionado. Tengo mucho trabajo por hacer. No puedo permitirme más días libres. —Miro el reloj y, al ver que ya es hora de marcharnos, apago el ordenador y recojo el escritorio—. Y ahora, no quiero ser la responsable de que hagas más horas extras. A casa. —Me levanto y él hace lo mismo. Caminamos hacia el ascensor.

—Bueno, nada de horas extras, pero ¿aceptas tomar un café? —me dice tímido.

—En realidad, y esto suena raro hasta a mis oídos, mi padre me ha dicho, y cito textualmente, «como llegues a casa un minuto más tarde de lo que debes, no vas a ir a trabajar en una semana, señorita». Como ves, tengo que ir derechita a casa.

Guille se ríe. Montamos en el ascensor, él pulsa el botón de la planta de su oficina y yo el del garaje.

—Me alegro de que las cosas con tu padre vayan mejor.

—Es genial —digo con una sonrisa—. Gracias.

Llegamos a su planta y se baja.

Los días ganan en velocidad y yo me voy sintiendo mejor conmigo misma. Han pasado mi cumpleaños y el de Leo, que solo es un día antes. Lo celebramos por todo lo alto con Erika y terminamos durmiendo los tres en la cama de Leo. La primera semana de diciembre, los chicos y sus novias bajaron a Madrid para vernos. Se quedaron en mi casa y mi padre estuvo muy amable con ellos. Nadia y Chris no pudieron venir, y como este fin de año no iremos a Londres no nos veremos hasta dentro de unos meses.

Así pues, hemos llegado ya a la víspera de Nochebuena y estoy preparando todo lo necesario para la cena de mañana en mi casa. Vienen Rosa, Fernando y Leo. Erika e Isaac cenarán en casa de los padres de él. Ya sabe todo el mundo que van a casarse y tienen a todos revolucionados. Me acuesto temprano porque por la mañana tengo que ir a la oficina.

—Pero eso tienes que decírselo al jefe de seguridad, no a mí. —Le digo a mi interlocutor.

—Lo sé, señorita Ainhoa —odio que me llamen así—, pero llevo intentando hablar con él hasta ahora y no ha habido manera.

—Está bien. Yo me encargo.

Bajo a los despachos de los jefes de seguridad y, bendita sea mi suerte, hoy solo está Guille. Entro a su despacho y me siento en una de las sillas. Termina la llamada que está atendiendo y señala el teléfono.

—Llevamos un día de locos, esta cosa no deja de sonar.

—Lo sé, por eso he bajado en persona a darte más buenas noticias.

Se amilana en su silla. Le cuento el problema que hay.

—Vaya día para dejarme solo.

Señala los despachos vacíos de sus compañeros.

—No sabes lo bien que te entiendo —digo y el humor de ambos mejora notablemente—. Me marcho a mi calvario particular. Que pases una feliz Navidad, Guille. —Me acerco a darle dos besos que me devuelve agarrando mi cintura.

—Lo mismo te digo, preciosa.

Vuelvo a mi despacho pensando. En estos meses, la relación con Guille ha pasado a ser la que tengo con cualquiera de mis amigos. De vez en cuando intenta acercarse más a mí, pero siempre le pongo alguna barrera. No sé por qué lo hago. No me había parado a pensar en ello. Desde aquella conversación en Londres, no hemos vuelto a hablar de lo que teníamos y tampoco, hasta ahora, lo había pensado más. Me sumerjo de nuevo en el trabajo y no tengo tiempo para nada más.

Llego a casa cansada y le cuento a mi padre las cosas que ya he dejado hechas. Los balances que he podido cerrar y las cuatro cosas que quedan por hacer hasta el día treinta y uno. Después

me dirijo a las habitaciones de invitados para ver si están preparadas. En una dormirán Fernando y Rosa. En la otra se supone que lo hará Leo, aunque en realidad dormiré conmigo.

Estoy terminando de arreglarme cuando oigo la inconfundible voz de Fernando. Después mi padre le dice a Leo que suba a buscarme y él viene encantado. Me estoy poniendo unos pendientes que eran de mi madre cuando entra en mi habitación.

—Estás hermosa, mi vida.

Le sonrío y le doy un beso.

—Tú también estás muy guapo.

Paso mis manos por su pecho y voy subiendo hasta que junto mis manos por detrás de su cabeza. Él me agarra por la cintura y me acerca a él.

—Mmm..., ya tengo ganas de quitarte ese vestido.

Me sonrojo.

—Por Dios, Leo.

Él se ríe.

—Me encanta que te sonrojes, aunque ya sabes que no debes tener vergüenza conmigo.

—Déjanos a mi vergüenza y a mí, anda. —Acerca su boca a la mía y me besa lentamente—. Será mejor que bajemos ya o no vamos a irnos nunca.

Me da la mano y bajamos juntos.

Nos soltamos en cuanto llegamos abajo, pero me doy cuenta de que Rosa nos ha visto y que el gesto le ha gustado. Me acerco a ella para saludarla y después hago lo mismo con Fernando. Le doy un beso a mi padre y pasamos al salón. Le hemos dado días libres a todo el personal, así que yo me encargo de servir la cena. Preparo unas copas de champán para el aperitivo y llevo unos canapés para picar. Charlamos y bromeamos. Rosa nos dice que ya está organizando las vacaciones del año que viene y nos hace gracia escuchar las diferentes y alocadas opciones que nos propone. Finalmente, cenamos sin que la conversación y el alcohol decaigan. Me lo paso genial e intuyo, por sus caras de alegría, que ellos se lo están pasando tan bien como yo.

Comemos y bebemos tanto que, de postre, todos tomamos sal de frutas. No contentos con eso, seguimos bebiendo champán tras la cena. Abrimos los regalos que he dejado bajo el árbol y me sorprende al ver un par de ellos con mi nombre. Los abro la última. El primer regalo es un reloj precioso con la inscripción «Para la mejor hija del mundo». Casi lloro y me como a mi padre a besos. El segundo es un conjunto de pendientes y collar con estrellas de oro blanco. En uno de los pendientes me parece ver una pequeñísima muesca, pero al mirarla mejor me doy cuenta de que es una letra. Una A. En el otro pendiente descubro una pequeña L. Sonrío al ver que el collar también está grabado: «Hasta las estrellas y vuelta. L». No puedo evitarlo, lloro a lágrima viva. Me lanzo a los brazos de Leo, que me abraza, y después les digo que me perdonen un par de minutos.

Subo a mi habitación y, sentada en la cama, leo una y otra vez la frase en el collar. Vuelvo a llorar. Nunca creí posible que alguien recordase esas palabras tan importantes para mí. Cuando era pequeña, solía preguntarle a mi madre que cuánto me quería. Al principio me decía que

mucho, pero yo no entendía el concepto «mucho». Un día, cuando me explicaba que las estrellas estaban a miles de años luz de nosotros y que era imposible llegar a ellas de lo lejos que estaban, yo le respondí que entonces yo la quería hasta las estrellas y vuelta. Desde entonces mi madre y yo nos lo decíamos. Leo y Erika lo sabían. Yo no tendría más de ocho años, así que Leo tendría diez.

—¿Puedo pasar? —dice Leo asomado por la puerta de mi habitación.

—Claro. —Entra y se sienta a mi lado—. Ha sido el mejor regalo del mundo, Leo. Nunca pensé que te acordases de eso.

—Quería darte algo especial y lo recordé. —Se encoje de hombros—. No es nada. —Acercó mi boca a la suya y le beso. Nos besamos durante un rato—. Venga, vamos abajo antes de que suba alguien y nos vea. —Me guiña un ojo mientras seca las últimas lágrimas que habían salido de mis ojos.

Nos acostamos muy tarde esa noche. Leo se marcha a la que se supone que será su habitación y cuando todo el mundo duerme se escabulle y viene a la mía. Le abrazo y le beso en cuanto se mete en la cama. Mientras hacemos el amor siento una conexión muy profunda con él. Tanto que no creo haberla experimentado nunca. En sus ojos veo que siente lo mismo y ambos llegamos al clímax juntos. Hacemos varias veces más el amor y cuando, exhaustos, nos ponemos a dormir, ya despunta el alba.

Al despertarme, él sigue dormido. Me apoyo en los codos y le observo. Una sonrisilla boba aparece en mi cara y en ese instante lo comprendo todo. Amo a Leo. Le amo de verdad. Le he tenido siempre delante de mis narices y no me he dado cuenta hasta ahora. Pensé que después de Guille no volvería a enamorarme nunca más, pero lo he hecho, de Leo, día a día, despacio y sin ser consciente de ello, y tan fuerte que me da un poco de miedo. Leo se mueve, está empezando a despertarse. Acercó mi boca a la suya y le doy un beso.

—Buenos días, dormilón.

Abre un ojo, me mira y sonrío, pero vuelve a cerrarlo.

—Mmm... —Se gira para quedar de lado. Me toca hasta que sus manos se unen al final de mi espalda. Me empuja contra él. Puedo notar su dura erección y, aunque me excita, me sonrojo—. Contigo siempre son buenos días. —Abre los ojos y me mira. Ve que estoy sonrojada todavía—. ¿Ya empezamos con la vergüenza? —Nos destapa de golpe a ambos.

—¡Leo! Tápanos, por favor.

Niega con la cabeza, y no solo eso. Despega mi cuerpo del suyo y me observa sin ningún disimulo. Madre mía, debo estar al rojo vivo.

—Hasta que pierdas la vergüenza conmigo, vamos a estar así. —Me tumbo boca abajo y niega—. De eso nada.

Se incorpora apoyándose en el cabecero y me sienta a horcajadas sobre él. Pasa sus manos por todo mi cuerpo sin despegar sus ojos de los míos. Esta tontería está excitándome un montón, a pesar de la vergüenza que me da verme tan expuesta. Cuando hacemos el amor no siento vergüenza alguna, pero así me muero. Coge mis manos entre la suyas y las coloca en su pecho. Me

insta a que le toque. Las deslizo por su pecho, su cabeza, su cuello, vuelvo al pecho y bajo lentamente. No puedo dejar de mirar su cuerpo y poco a poco voy perdiendo el pudor. Leo me toca a su vez. Se entretiene en mis pechos y me excita. Baja sus manos y para a la misma altura donde yo he parado en él las mías. Desciendo más, hasta acariciar su miembro. Gruñe de placer y también él continúa hasta mi hinchado clítoris. Gimo y le miro a los ojos. Nos besamos con urgencia y me levanta un poco. Noto su miembro en la húmeda entrada a mi vagina y bajo lentamente haciendo que ambos nos estremezcamos de placer. Subo y bajo a un ritmo frenético que nos lleva al clímax en poco tiempo. Permanecemos juntos, unidos por nuestros sexos. Le miro a los ojos.

—Te amo, Leo.

Veo la sorpresa que mis palabras le causan. Sonríe y me besa.

—Acabas de convertirme en el hombre más feliz del mundo. —Me besa otra vez y noto su miembro, que vuelve a estar duro. Gimo—. Te amo, mi vida —me dice con la mirada llena de lujuria.

Volvemos a hacer el amor. Aún estamos recuperándonos cuando alguien llama a la puerta.

—¿Ainhoa? ¿Por qué te encierras? —Es Erika. Miro a Leo y veo que le hace gracia—. Ábreme. —Su buen humor desaparece de golpe.

—¡Un momento! —grito y le tiro a Leo el pantalón de su pijama—. Métete debajo de la cama y no hagas ruido.

Me da un beso rápido y hace lo que le digo. Yo me pongo la camiseta que tenía puesta cuando llegó Leo la noche anterior y que me cubre hasta la mitad del muslo. Abro y mi amiga entra como un vendaval.

—¿Qué hacías?

Me mira y me siento en la cama. Me tapo hasta la cintura.

—Dormir, Erika, dormir. ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que hemos llegado y ni Leo ni tú os habíais levantado, así que he venido a despertarte. Ya casi es la hora de comer.

—Está bien, me doy una ducha y bajo.

—Voy a despertar a Leo.

Me invento algo rápido.

—He oído la ducha del pasillo, así que seguro que ya está Leo ahí.

—Pues venga, no tardes.

Cuando cierra la puerta espero hasta oír sus pasos bajando la escalera. Resoplo y Leo sale de debajo de la cama.

—Casi nos pilla.

Me sonrío. Me da un último beso y sale corriendo de mi habitación.

Capítulo 12

—Tengo una resaca horrible —dice Nadia.

—Shhh... —susurra Erika—. Dejad que me recupere. Voy a ser la novia con peor cara del mundo.

Nadia, Chris y yo nos reímos. Ayer fue su despedida de soltera y también la de Isaac. Nos bebimos medio Madrid y ahora no hay manera de que la cabeza pare de martillearnos. He llamado a Leo para que nos traiga sus analgésicos milagrosos. Después de que Erika casi nos pillase en Navidad, hemos tenido algunos sustos más. Uno en la oficina con Fernando, otro en el garaje con Guille e Isaac, y el peor fue el día del cumpleaños de Erika. Rosa nos invitó a todos a su casa. Nos íbamos a quedar allí a dormir. En mitad de la noche me escabullí a la habitación donde dormía Leo, la que había ocupado de niño. Estábamos en pleno acto cuando Rosa llamó a la puerta. De eso han pasado ya dos meses y por suerte no hemos tenido más sustos.

Miro por la ventana y veo unas nubes que amenazan con descargar todo lo que llevan dentro.

—¿A quién se le ocurre casarse a finales de Abril? —le digo a Erika—. Solo espero que no se desate una tormenta.

Todas se ríen. Leo tarda poco en llegar y le damos las gracias por los analgésicos. Se queda en mi casa para prepararse con nosotras. Empezamos a vestirnos con tiempo suficiente. Vienen una maquilladora y una peluquera para Erika y nos piden que salgamos de la habitación para poder trabajar más tranquilas. Me preparo y bajo al salón con mi padre y Leo mientras mis amigas terminan de arreglarse. Llevo un vestido muy ceñido largo de color rojo, a juego con la corbata de Leo.

—¡Guau! —exclama Leo al verme—. Quiero decir, estás muy guapa, Ainhoa.

Me toco el collar que me regaló y que no me he quitado desde entonces.

—Estás guapísima, hija.

—Gracias, vosotros también estáis guapísimos.

Hablamos hasta que las chicas están listas. Cuando bajan, mi padre y ellas se marchan hacia la iglesia. Leo y yo nos quedamos esperando a Erika con Fernando, que acaba de llegar. Cuando aparece, por fin lista, está radiante. La piropeamos un rato antes de salir hacia la iglesia. Leo y yo vamos en un coche diferente y salimos primero para llegar a tiempo de verla. Entramos en la iglesia corriendo y de la mano y nos sentamos con Rosa en la primera fila. Le guiño un ojo a Isaac y le digo que está preciosa.

La ceremonia es perfecta. Al terminar, nos dirigimos al hotel más importante que tenemos en

Madrid, donde se celebrará el banquete y luego nos quedaremos a dormir. No tengo el cuerpo muy allá después del exceso de ayer, así que me abstengo de beber nada que lleve alcohol. Justo antes de que llegue el postre corro al baño y vomito todo lo que he comido. Me maldigo por haberme pasado tanto la noche anterior. Me enjuago la boca y cojo un chicle de mi bolso. En la puerta del lavabo está Leo.

—Ven, quiero que veas algo antes de que llegue el postre.

Me lleva a una parte del jardín semioculta tras unos árboles. Hay un pequeño lago encantador con un par de cisnes.

—Es precioso —le digo. Me abraza por detrás y me dice al oído:

—Nunca había amado a nadie como te amo a ti, Ainhoa. Estos meses a tu lado están siendo los mejores de mi vida.

Me hace feliz escucharle y me giro para besarle.

—Te amo.

—Ainhoa, ¿quieres casarte conmigo? —Le miro atónita—. Sé que solo llevamos siete meses juntos, pero...

—Leo —le interrumpo—, te amo, creí que nunca sería capaz de amar a alguien otra vez, pero lo he hecho, y no se me ocurre nadie mejor que tú para pasar el resto de mi vida. —Sonríe mientras me mira.

—¿Eso es un sí? —Le devuelvo el gesto.

—Definitivamente es un sí.

Nos besamos y me pone un anillo que saca de su bolsillo.

Volvemos a la boda justo cuando están sirviendo el postre. Lo tomo más risueña de lo que estaba antes. Cuando termino me pongo a bailar con mis amigos. Leo se une a nosotros enseguida. Al oído le digo lo mucho que me gusta el anillo y lo contenta que estoy de tenerle en mi vida. Él me sorprende diciéndome que el anillo era de su madre y que fue ella quien se lo dio hace un par de meses. Sonríe pensando en Rosa. Me siento mal de golpe otra vez y me voy al baño. Vomito de nuevo. Me acerco a recepción y pido la llave de mi habitación. Subo para coger de mi bolso grande algo que calme mi estómago. Rebuscando en él, saco un blíster de pastillas entero. Miro el nombre y me pongo blanca. No puede ser, no puede ser. No puedo haber sido tan tonta. Hago memoria y sí, lo he sido. Con el lío de la boda y de tener que ayudar a Erika para dejar trabajo adelantado, me he olvidado completamente del resto.

Bajo tambaleándome a recepción. Entrego mi llave y pregunto si me pueden hacer un favor enorme. Mando al recepcionista a la farmacia y vuelve con lo que le he pedido. Miro la bolsa y tengo que ponerme la mano en la boca hasta llegar al baño. Entro en los del personal, donde sé que podré estar sola. Vomito durante un buen rato. Salgo del cubículo y me enjuago la boca. Abro la bolsa y saco el test de embarazo que me ha traído el recepcionista. Vuelvo dentro y sigo las instrucciones. Mientras espero el resultado, me siento en el suelo delante de los lavabos, de manera que si alguien abre la puerta no pueda verme.

La espera se me hace eterna. Finalmente pasan los minutos que debo esperar y miro el resultado. Tengo que leer dos veces en las instrucciones qué es lo que significan las dos líneas. No hay duda, estoy embarazada. Me quedo un buen rato mirándolo. La puerta del baño se abre y sigo en silencio. Alguien ha entrado. Es Guille. Escondo el test detrás de mí.

—¿Estás bien?

Se sienta a mi lado.

—Sí, claro, solo necesitaba unos minutos a solas —miento.

—Te he visto salir corriendo desde el vestíbulo con una bolsa de la farmacia en la mano. No estás bien. ¿Qué te pasa?

Resoplo y me llevo las manos a la cabeza.

—No creo que seas la persona idónea con la que deba compartir esto, Guille, no te ofendas.

Me sonrío tímidamente.

—No me ofendo, pero no hay nadie más aquí. Cuéntame qué es eso tan grave que te ha sacado de la boda de tu mejor amiga. —Pienso en qué decir y finalmente le pongo en la mano el test. Lo mira y después me mira—. ¿Estás...?

—Sí —le corto—. Acabo de darme cuenta.

Agacho la cabeza.

—¿Estás..., estás saliendo con alguien?

Le miro y asiento.

—Poco después de que tú y yo terminásemos empecé a salir con alguien, sí.

Sin esperarlo, empiezo a llorar y no sé si es de alegría, tristeza o nervios. Guille me abraza. Me retiro un poco y me seca las lágrimas.

—¿Crees que él se lo va a tomar bien?

—No lo sé. No sé ni siquiera cómo tomármelo yo. No me esperaba esto.

—Se lo va a tomar mal. —Miramos sorprendidos en dirección a la voz y veo a Leo—. ¡Joder, Ainhoa!

Sale como un huracán del baño. Me levanto rápido para seguirlo, pero viene de nuevo una arcada y tengo que entrar a vomitar una vez más.

Cuando salgo del cubículo, Guille sigue ahí. Me limpio la boca y me enjuago hasta que consigo quitarme el asqueroso sabor a vómito.

—¿Es Leo? ¿Él es el padre de tu bebé?

Asiento varias veces.

—Tengo que salir y aclararle lo que ha visto. Probablemente está pensando otra cosa. —Guille asiente—. Guille, por favor, nadie sabe que estamos juntos.

—Tranquila, yo no voy a decir nada.

—Gracias. Eres un sol.

Le doy un beso en la mejilla y guardo el test en el bolso de mano.

Me paseo por todo el jardín en busca de Leo. Cuando por fin le encuentro me acerco

rápidamente a él.

—Leo, tenemos que hablar. Has escuchado a medias y probablemente no entiendas qué estaba diciendo.

—Está muy claro. Le sigues queriendo a él. Tú sigues...

—¡Para! No le quiero a él, no le amo a él. Lo sabes, Leo, es solo que he descubierto algo que va a cambiarnos, a ti y a mí, y no sé cómo te lo vas a tomar. ¡Por Dios! Ni siquiera yo sé cómo tomármelo.

Levanto las manos hacia arriba y las dejo caer de nuevo.

—No te inventes historias. Os he visto tan juntos..., y encima en el baño del personal en la boda de mi hermana...

—Leo, basta, no es eso. Yo estoy...

Unos brazos me cogen y me levantan del suelo. Es Sam. Me está alejando de Leo para llevarme a donde mis amigos bailan. Cuando me baja me mira divertido, pero enseguida nota algo raro en la expresión de mi cara.

—Ainhoa, ¿qué pasa?

Me toca la mejilla.

—Tengo que resolver algo.

Salgo en busca de Leo, pero esta vez no me deja ni hablar. Usa a otras personas para que no pueda decir nada o directamente me pide que le deje en paz. Cabreada, porque no me deja ni hablar, vuelvo a donde están mis amigos y me despido de ellos. No me hacen preguntas y yo se lo agradezco. Me acerco a mi padre y le digo que me ha surgido un contratiempo y que me voy, me da un beso y no dice nada. Por último, me acerco a mi recién casada amiga y le pongo la misma excusa. Me pregunta mil veces si todo va bien y, tras bromear un buen rato para convencerla, me deja marchar. Subo a la habitación a por mis cosas. Vuelvo a recepción y les pido que cuando Leo vaya a por la llave, le digan que me he ido a casa. Anotan el recado y voy en busca de mi coche.

Paso una noche pésima. Después de haber maltratado a mi cuerpo la noche anterior, soy incapaz de estar más de una hora sin vomitar. Cuando me levanto me siento un poco mejor. A pesar de que es domingo, me visto y voy a la clínica donde mi padre siempre me ha dicho que vaya. Me atienden enseguida. Me confirman con una ecografía que estoy embarazada de un mes y medio. Me hacen un análisis de sangre y todo está bien. Después me recetan una serie de medicamentos que toda embarazada debe tomar para que el embarazo vaya bien. Me dan también una lista con lo que no podré tomar a partir de ahora y me dejan marcharme.

Me voy a dar una vuelta antes de volver a casa. Como mi padre no llegará hasta la tarde, decido comer en un centro comercial. En cuanto termino, siento la necesidad de mirar algo para mi pequeño. Me toco la inexistente barriga y me encamino hacia una tienda de bebés. Compro un pijamita beis con unos oseznos dibujados, y con sus manoplas y su gorro a juego.

Al entrar en casa oigo a mi padre, que está hablando con Fernando. Paso a saludarles y voy a mi cuarto para dejar la bolsa con lo que he comprado. Bajo al salón y charlamos los tres durante

el resto de la tarde.

Llevo todo el día intentando hablar con Leo, pero no me deja decirle nada. Es más, ni siquiera hemos podido estar a solas ni un momento. Siempre retiene a alguien en su despacho cuando aparezco para hablar con él. Sigo llevando el anillo que me regaló, pero creo que ya no tiene sentido que lo haga. Erika se marchó esta mañana de luna de miel, así que tampoco puedo contarle nada de lo que ha pasado hasta que vuelva.

Cuando llego a casa mi ánimo está por el suelo. Mi padre me pregunta qué es lo que me pasa y le respondo que simplemente estoy cansada. Acepta mi respuesta y se sienta conmigo en el salón a ver la televisión.

El destino se burla de mí y esa noche hay tormenta. No soy capaz de dormir ni un poco, así que por la mañana llego a la oficina agotadísima. No estoy al cien por cien y tengo que repetir varias veces cada cosa que hago. Vuelvo a intentar hablar con Leo, mil veces, y no hay manera. Se ha cerrado tanto hacia mí que me resulta imposible encontrar la forma de que me escuche. Para colmo, como no he dormido, mi ingenio me abandona.

A la hora de salir parezco un zombi. Al llegar a casa me tiro en el sofá y me quedo dormida hasta que oigo a mi padre, que habla con alguien. Finalmente logro distinguir la voz de Fernando y me acerco al despacho.

—¿Te hemos despertado? —pregunta mi padre.

—No, tranquilo. —Le sonrío—. ¿De qué hablabais?

Se miran entre ellos y finalmente Fernando responde.

—¿Sabes guardar un secreto? —Asiento. Si él supiera...— Bueno, como sabes, mañana es mi cumpleaños. Cumpló ya sesenta y seis y me parece que es una buena edad para jubilarme. Estamos ultimando el papeleo, pero, a partir de ahora, Leo ocupará mi lugar.

Abro la boca, asombrada, mientras él sonrío, orgulloso de su hijo.

—Vamos a echarte de menos en la oficina —digo mientras le doy un abrazo.

—Aduladora. —El comentario nos hace gracia a los tres.

La noticia de la jubilación de Fernando me deja muy pensativa el resto del día. Por supuesto que conozco su edad y, claro está, en algún momento tenía que jubilarse, pero esperaba que fuese más adelante. Pienso en que mi padre ya ha cumplido sesenta y dos años y que, después del infarto que le dio el año pasado, quizá quiera seguir pronto los pasos de su amigo. Llora sin darme cuenta y termino quedándome dormida.

El resto de la semana laboral es más de lo mismo. Trabajo constante, pequeñas paradas para intentar hablar con Leo, rechazo por su parte y humor de perros por la mía. Lo único diferente es tener que lidiar con el revuelo que la noticia de la jubilación de Fernando ha causado. Mañana,

sábado, habrá una pequeña fiesta de despedida en el hotel donde Erika se casó y podrán asistir los empleados que lo deseen. Estoy recogiendo mis cosas para irme y terminar esta nefasta semana cuando entra Guille a mi despacho. No cierra la puerta y se sienta en una de las sillas.

—¿Qué tal estás?

Noto su preocupación.

—Agotada, esta oficina es un infierno. —Le digo en tono burlón—. No te preocupes, estoy bien. ¿Tú qué tal? ¿Cómo llevas el haberte independizado?

—Bien, ahora puedo hacer lo que quiero, cuando quiero, como quiero y con quien quiero— responde en el mismo tono de broma—. Voy a meterme un poco donde no me llaman, pero ¿aclaraste las cosas con Leo?

Suspiro y me tiro hacia atrás en mi silla.

—No quiere ni oírme. No he podido decirle nada.

—¿Quieres que hable yo con él?

Miro su cara de circunstancias y me carcajeo un buen rato.

—Muchísimas gracias, Guille, de verdad, pero no creo que sea una buena idea.

Me levanto de la silla y él me sigue. Salimos hacia el ascensor.

—Eso mismo pensaba yo, pero, ya que todo esto es por mi culpa, tenía que ofrecerme voluntario al paredón.

Entramos y pulsamos cada uno el botón de nuestra planta.

—Gracias, de verdad. Ya se arreglará todo, y si no... —me encojo de hombros—... lo superaré y estaré bien. Al fin y al cabo, tengo ya experiencia en esas cosas.

Llegamos a su planta.

—Gracias, Guille.

—No me las des.

Sale del ascensor y empiezo a llorar. Menos mal que voy sola. En el garaje subo al coche y me quedo unos minutos quieta tras el volante. Finalmente me seco las lágrimas y me voy a casa. En cuanto entro, mi padre me está esperando para ir a comprar algunas cosas para Fernando. Pasamos la tarde de compras los dos juntos. Ya en casa, durante la cena, mi padre me pregunta por Leo.

—Esta semana no le he visto nada por aquí. —Me tenso un poco—. ¿Os habéis enfadado?

Antes de que pueda controlarlo, empiezo a llorar desconsoladamente. Mi padre se levanta e intenta tranquilizarme. Al final me río. Parezco una loca.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado?

Lo medito y finalmente asiento. Mi padre vuelve a su silla.

—Verás, papá. Leo y yo hace tiempo que no somos amigos. —Veo su sorpresa—. Quiero decir que desde hace más de seis meses no somos solo amigos.

—Entiendo. ¿Es tu novio? —Esbozo una sonrisilla débil.

—Sí, papá. Bueno, el otro día, en la boda, antes del postre, fuimos a ver el pequeño lago que hay escondido, ¿lo ubicas?

Asiente. Le enseño la mano. Abre la boca.

—¿Vais a casaros?

Agacho la cabeza y respiro profundamente varias veces antes de seguir.

—Bueno, ya no lo sé. Después de pedírmelo empecé a encontrarme fatal. Vomité un montón de veces. Subí a mi habitación y entonces caí en la cuenta de algo. Bajé a recepción y le pedí un favor enorme al recepcionista. Me dio lo que le pedí y fui de nuevo al baño. Papá, me hice un test de embarazo. Vas a ser abuelo...

Me mira, completamente asombrado.

—Eso es estupendo, hija mía. —Se levanta, me abraza y me da un montón de besos. Me toca la inexistente tripa y entonces parece caer en la cuenta de que aún no he terminado de contarle la historia. Vuelve a su silla—. Continúa, hija.

—Bueno, estaba tirada en el suelo, con el test en la mano, y apareció Guille. Me había visto correr al baño y, al ver que no salía, se preocupó y entró. Se sentó en el suelo conmigo y le conté todo lo ocurrido. Entonces me abrazó y me preguntó cómo creía que se lo tomaría. Se refería a Leo y el embarazo. En ese momento Leo entró en el baño y nos vio tirados en el suelo, él secándose las lágrimas y preguntándome cómo se lo tomaría Leo. Se pensó lo que no era y desde entonces llevo intentando explicarle que no es lo que piensa, que hablábamos de que él y yo vamos a tener un bebé, pero no hay manera. No quiere escucharme, y yo ya no sé qué hacer.

—Bueno —dice tras un breve silencio—, lo primero que tienes que hacer es ir al médico. Después ya te encargarás de Leo. —Oír eso hace que me sienta un poco mejor y se refleja en mi cara.

—Ya he ido. Va todo bien. En este momento estoy de un mes y tres semanas.

Sonríe y mira mi barriga.

—Voy a ser abuelo. —Niega con la cabeza y sonríe—. Es la mayor alegría que has podido darme. Ahora solo falta que hagamos entrar en razón al cabezota del padre de la criatura.

Me despierto con un estruendo enorme. Otra vez hay tormenta. Miro el reloj y veo que ya son las once. Me levanto y voy a la cocina a por un zumo. Cuando lo termino y me tomo las pastillas me dirijo al salón. Mi padre me regaña por andar descalza. Me dice que debo pensar que si me constipo ahora, también lo hará el pequeño que crece dentro de mí. Claudico y voy al cuarto a por unas zapatillas. Al entrar oigo sonar mi móvil. Es Erika. Hablamos un rato y me dice que irá esta noche a la fiesta de su padre. Le pregunto si podría pasar primero por mi casa, sola. Quiere saber lo que me ocurre, pero la tranquilizo diciéndole que no es nada grave, que solamente necesito hablar con ella. Mi amiga sabe que cuando digo eso es que realmente hay algo más, y promete venir.

Paso parte de la tarde leyendo. Siempre me ha encantado y últimamente, con tanto trabajo, apenas puedo dedicarme a ese placer. Erika llega a las seis. Mi padre la saluda muy efusivo y con

una sonrisa de oreja a oreja. Lleva con esa cara desde que le dije que estoy embarazada. Después de saludar a mi padre, viene hacia mí. Me coge de la mano y me lleva hasta mi habitación. Cuando entramos cierra la puerta con el pestillo y se sienta en la cama.

—No pienso darte ni un beso hasta que me cuentes qué es eso que está pasando. —Me señala con el dedo—. Y no me mientas, que te conozco.

Le cuento cómo empezamos a salir Leo y yo, cómo me he enamorado poco a poco de él, hasta que se ha convertido en el hombre de mi vida. Le cuento el detallazo que tuvo en Navidad y le enseño el collar y los pendientes grabados. Le cuento absolutamente todo. Cuando llego al episodio de la boda, empiezo a ir más despacio, para que entienda cada parte. Al igual que mi padre, cuando le cuento lo del embarazo me besa y me abraza y me acaricia la tripa, y después me pide que continúe. Cuando termino de explicarle toda la historia, estoy llorando y ella también. Me regaña por no haberle dicho nada de esto antes. Mira mi anillo mil veces y comprueba que es de verdad el de su madre. Me toca la tripa una y otra vez y me promete que todo se va a solucionar.

—Y si no se soluciona, no pasa nada, Ainhoa, yo voy a ayudarte siempre —promete.

Lloramos otro rato más juntas y empezamos a prepararnos para la fiesta.

Erika nos lleva en su coche y llegamos puntuales los tres. Entramos colgadas cada una de un brazo de mi padre, que no pierde la sonrisa. Nos acercamos a Isaac. Le saludamos y después mi padre se marcha con sus amigos y conocidos. Poco tiempo después llegan Fernando y Rosa y todos aplaudimos. Fernando saluda un poco emocionado y se acerca a nosotros para besar a su niña. Pasa un buen rato hasta que llega Leo, viene a saludar directamente a Erika, hace lo propio con Isaac y se limita a decirme un simple hola. Erika lo mira.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadado con Ainhoa? —Yo bebo un sorbo de mi agua.

—¿Yo? Para nada.

—Ya, se te nota —dice Erika crispada.

—Creo que será mejor que me vaya a la mesa ya —intervengo y miro a Erika suplicándole con la mirada que no diga nada de lo que sabe. Ella me hace un gesto leve de asentimiento.

Me acerco a la mesa en la que voy a pasar la velada junto a mi padre, Erika y el resto de su familia. Al ver que me siento, los demás siguen mi ejemplo. Poco tiempo después todo el mundo está acomodado en su sitio y comienzan a servirnos el primer plato. A un lado tengo a mi padre y al otro a Erika. La comida transcurre con normalidad, si obviamos que mi padre insiste como nunca en que coma un poco más y le pide al camarero que retire mis copas para el vino y el champán. Erika nos mira divertida cuando hace esas cosas y al final termino contagiándome de su diversión.

—Necesito un poco de aire fresco —digo cuando ya han servido el postre.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Te encuentras mal? —pregunta mi padre, preocupado, y todos en la mesa esperan a que conteste.

—Papá, estoy bien. Solo necesito respirar un poco. —Le guiño un ojo y, en voz baja, para que

solo él me oiga, añado—: Deja de preocuparte tanto, abuelo, o todos se van a dar cuenta.

Mi padre se carcajea abiertamente. Le doy un beso en la cabeza y salgo a tomar el aire.

Capítulo 13

Escucho atenta todos los discursos y brindis y, en cuanto puedo, vuelvo a salir fuera. Debe ser la tercera o cuarta vez, pero ahí dentro tengo calor y me siento incómoda sin poder hablar con Leo.

—¿Te encuentras bien? —Me giro tan de golpe al oír su voz que casi acabo en el suelo.

—Sí. Solo es un poco de calor.

Leo se acerca a mí.

—Me lo creería si no hubieses salido ya cuatro veces.

Me mira como buscando algún síntoma que le haga ver que estoy mal en realidad.

—Leo, tenemos que hablar de lo que pasó. Tienes que dejar que te lo explique. Por favor.

Asiente y creo que me va a dar algo.

—Tenemos que hablar, pero no aquí. La gente puede vernos desde dentro.

—Subamos a mi habitación, entonces, y te lo explico todo.

—Vamos a hacer una cosa. Quédate un rato más en la fiesta y sube después. Yo iré detrás y te prometo que hablaremos.

Accedo y regreso al salón sin decir nada más.

Lo malo de las cenas de empresa es que todo el mundo bebe más de la cuenta y viene a hablar con los que considera inalcanzables, o sea, los jefes. Se me presentan un montón de personas y, cuando consigo decirle a mi padre y a Erika que me subo a descansar, han pasado casi dos horas desde que hablé con Leo.

Entro en la habitación. Me pongo la camiseta que uso para dormir y me meto en la cama. No tardo en oír unos golpecitos en la puerta. Me levanto y abro a Leo. Pasa y se sienta en el lateral de la cama. Yo me siento y apoyo la espalda contra la pared y cruzo las piernas a lo indio.

—Dime todo lo que me tengas que decir —me pide muy serio.

—Está bien. —Inspiro profundamente y empiezo—. En la boda de Erika, poco después de que me pidieras que me casara contigo, empecé a encontrarme mal. Fui a vomitar varias veces. Al final decidí subir a la habitación a tomarme algo que me calmara el estómago. Subí y, rebuscando en el bolso, encontré un blíster entero de otra clase de pastillas. Bajé corriendo a recepción a pedirles que me trajeran algo de la farmacia. En cuanto me lo dieron salí corriendo al baño. Pedí un test de embarazo, Leo. Me lo hice y salió positivo. —Me quedo callada esperando que diga algo, pero está completamente paralizado. Me mira con los ojos como platos, así que continuó contándole lo que pasó—. Guille llegó justo en ese momento y me vio llorando, sentada en el suelo. Le conté lo del test. Me preguntó si salía con alguien y le conté que estaba contigo. Me eché

a llorar. Me abrazó, me secó las lágrimas y me estaba preguntando cómo ibas a tomarte la noticia cuando llegaste tú. Te marchaste y no pude seguirte hasta que conseguí dejar de vomitar. Luego intenté explicártelo todo, lo he intentado muchas veces, pero no has querido escucharme hasta ahora.

Leo sigue inmóvil, sin decir nada. Permanece así un par de minutos. Al final, preocupada por su falta de reacción, decido hablarle.

—Leo, ¿no vas a decirme nada? ¿Vas a quedarte callado?

Me mira a los ojos y después mira mi tripa. Vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Me estás diciendo que he sido tan gilipollas como para pensar que estabas con él, cuando en realidad le estabas contando que vamos a tener un hijo?

Está tan confundido que no sé qué más hacer. Así que me levanto hasta mi bolso y abro mi cartera. Saco la ecografía. Me siento a su lado.

—Mira. —Le tiendo el papel—. Esto de aquí, ¿lo ves? —Asiente—. Es nuestro pequeño.

No puedo evitarlo y lloro. Leo no quita los ojos de la ecografía y yo sigo llorando. Cuando me mira, me limpia las lágrimas.

—No puedo creerlo. Vamos a ser padres.

Deja la ecografía sobre la mesilla. Después, cauteloso, posa su mano en mi tripa. Pongo mi mano sobre la suya.

—No llores, por favor —me suplica.

—No puedo parar.

Me tapo la cara con las manos y Leo las aparta. Me da un beso en cada una y después me coge la cara.

—¿Me perdonas? ¿Perdonas a este pobre gilipollas? Lo siento, lo siento. Tenía que haber dejado que te explicaras.

—No tengo nada que perdonarte, Leo. Está todo bien.

Esboza una leve sonrisa y acerca su cara a la mía, lentamente. Nos besamos despacio, saboreándonos el uno al otro. Me separo un poco.

—Quédate a dormir conmigo. Por favor —le pido.

—Todas las noches dormiré contigo, mi vida.

Se quita la ropa y se tumba a mi lado. Nos besamos con amor y ternura y terminamos haciendo el amor como nunca antes.

Por la mañana, abro los ojos y me siento mucho mejor al notar a Leo en mi espalda. Me giro para mirarle y descubro que está despierto. Le observo feliz. Me sonrío y se pega más a mí. Me da un beso.

—Buenos días.

—Buenos días, hermosa, ¿qué tal has dormido?

—Mmm..., genial. —Le digo contenta—. ¿Sabes? Me muero de hambre. —Mi comentario le hace gracia.

—Será mejor que llamemos al servicio de habitaciones para que nos suban el desayuno.

Mientras esperamos, remoloneamos en la cama. Nos besamos y acariciamos y Leo toca mi abdomen una y otra vez repitiendo que no puede creerse que ahí dentro esté nuestro bebé. En cuanto traen lo que pedimos, empiezo a comer. Suena el móvil y cuando veo que es mi padre interrumpo mi desayuno para atenderle.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, tienes que bajar a desayunar, llevas demasiadas horas sin comer y eso no es bueno. —Me río.

—Papá, te juro que estoy desayunando ahora mismo en la habitación.

—¿No me mientes?

—No te miento.

Leo me quita el teléfono.

—Buenos días, Felipe, te prometo que estoy bien atento para que se lo tome todo.

—Ah, bueno, si estás tú con ella no me preocupo más. Os espero en el jardín —oigo decir a mi padre.

—Hasta ahora.

Leo me mira un instante. He seguido comiendo mientras ellos hablaban y casi he terminado. Recuerdo que aún no me he tomado las pastillas y me levanto para cogerlas. Me las trago ante la atenta mirada de Leo.

—¿Para qué es eso? ¿Hay algún problema? ¿Estás bien?

Me coge de la mano y tira de mí hasta que me siento en sus piernas.

—Es para que todo siga su curso. Está todo bien, no te preocupes. —Le rodeo el cuello con mis brazos y le doy un beso.

—¿Hasta dónde sabe tu padre?

—Todo. —Le digo contenta—. No he tenido una buena semana y, después de echarme a llorar el otro día delante de él, decidí contárselo.

Leo asiente y se queda pensativo un rato.

—Probablemente tenga ganas de matarme por haberte dejado sola en este momento. —Me carcajeo mientras me mira muy serio.

—No quiere matarte. Solo darte un par de collejas y decirte a gusto que eres un maldito cabezota. Lo juro. —Sigo de muy buen humor y Leo termina contagiándose de él.

—Nunca te lo he dicho. Pero me encanta cuando sonrías o te ríes. Me vuelve loco. —No borro la expresión de mi cara.

—Pues lo hago bastante, vas a acabar en un manicomio. —Imita mi gesto.

—¿Por ti? Lo que sea.

Nos besamos. Hablamos de cómo contárselo a sus padres mientras nos duchamos y vestimos. Después bajamos a encontrarnos con mi padre. Como el día anterior vinimos en el coche de Erika, hoy Leo nos llevará de vuelta a casa. En cuanto diviso a mi padre, me acerco a él rebosante de

alegría. Leo viene un poco más atrás. Cuando le doy un beso, me pregunta al oído si todo está arreglado. Le guiño un ojo y asiento. En cuanto Leo se acerca, mi padre le abre los brazos.

—Dame un abrazo, muchacho. Gracias a ti voy a ser abuelo.

Leo y yo tenemos la misma expresión de felicidad en la cara. Erika e Isaac acaban de llegar a recepción y nos acercamos a ellos.

—Buenos días, pareja —les saludo. Erika me mira y al ver mi cara se lanza a su hermano.

—Eres un terco, debería matarte aquí mismo. No veas la llorera que nos dimos ayer por tu culpa. —Leo me mira.

—¿Ella también? —pregunta.

—¡Por supuesto que yo también! —Le da un guantazo en el brazo y él se queja—. Anda, ven aquí.

Los dos hermanos se funden en un abrazo. Miro a Isaac. El pobre no entiende nada.

—Ahora te lo explico todo, cariño —le promete su mujer.

Salimos juntos del hotel y nos despedimos en el garaje. Mi padre se sienta delante con Leo y yo ocupo los tres asientos traseros a pesar de las quejas de ambos sobre la seguridad y bla, bla, bla. A mitad de camino suena mi móvil. Es Chris. Respondo enseguida.

—¿Te has caído de la cama?

—No podía dormir —me dice.

—¿Qué pasa? —Me incorporo en el asiento del coche.

—Es solo que he pensado mucho en lo que me propusiste el otro día.

A Chris la despidieron de su trabajo en Nueva York y yo le ofrecí un puesto en nuestra empresa.

—¿Vas a hacerme feliz y vas a venir? —le pregunto sonriendo. Leo me mira por el retrovisor y le guiño un ojo.

—Es complicado. Antes quiero contarte algo y, si te enfadas y me odias, te juro que lo entenderé. También entenderé que no quieras que trabaje contigo. Te lo digo en serio.

—¿Qué has hecho, Chris? —Me está asustando.

—Verás. ¿Recuerdas el momento en que nos encontramos con la despedida de los chicos? ¿Recuerdas que desaparecí un buen rato? —Hago memoria de esa noche.

—Sí, me acuerdo de eso.

—Vale, resulta que me metí un poco con ellos. Ya sabes, me encanta picarles, y Guille, tu Guille, entró al trapo. Nos picamos y terminamos liándonos. Pero no paramos ahí. Me lo tiré en el baño, Ainhoa. Soy una desgraciada. En fin —continúa—, en la boda mantuve las distancias y todo fue bien hasta que él vino con nuestro grupo. Una de sus amigas de Boston no le dejaba en paz y para quitársela de encima me lancé sobre él y le comí el morro en su cara. No volvió a molestarlo. Sam me regañó. Me sentí fatal y me fui a una esquina a estar sola. Guille vino a consolarme y volvimos a enrollarnos. Esta vez terminamos en una de las habitaciones del hotel. Desde entonces hablamos mucho por teléfono y creo..., creo que me he pillado mucho por él. —

Me quedo unos instantes en silencio, procesando todo lo que esta loca acaba de contarme—. Ainhoa, dime algo, por favor. Grítame o algo.

—No es mío, Chris. Puedes hacer lo que quieras con él. No me importa, de verdad.

—Ainhoa, no me mientas. Somos amigas y yo la he cagado, lo sé. ¡Joder! Si es que desde que lo dejasteis no has estado con nadie, y eso que tanto los chicos como nosotras te hemos puesto en bandeja a un montón de macizos. Soy una perra. No merezco que me perdones.

—¡Chris, para! —le grito. Respiro y, al oír que se ha callado, me da la risa. Cuando soy capaz de hablar continúo—: Escúchame bien y cierra ese pico tuyo. Esto es un secreto. Bien, sí he estado con alguien, es más, llevamos saliendo todo este tiempo, por eso he rechazado a vuestros macizos. Estoy muy enamorada y voy a casarme. Sí, has oído bien, y, además, eso no es todo. Estoy embarazada, Chris. Por eso, créeme, puedes quedártelo.

—¿En serio? ¡Joder! ¡Tía, madre mía...! —grita al otro lado de la línea como una loca.

Seguimos charlando un rato más. Llegamos a mi casa y yo aún estoy al teléfono. Finalmente, Chris me promete que vendrá la semana próxima. Cuando cuelgo miro con gesto alegre un rato la pantalla del móvil. Entro en casa y voy al salón. Está Leo. Me acerco a él y me siento a su lado.

—¿Dónde está mi padre?

—Ha ido a cambiarse y a llamar a los míos. Vienen a comer. Quiere que ellos también lo sepan y poder contarle a todo el mundo que va a ser abuelo. —Nos burlamos un poco y me apoyo en su hombro. Leo me rodea con su brazo y me pega más a él. —¿Qué ha pasado con Chris?

—Está como un cencerro. —Hago un mohín gracioso al pensar en la loca de mi amiga—. Le ofrecí un trabajo aquí y ella quería aceptarlo, pero por lo visto el fin de semana pasado ligó. Vamos, que se acostó con Guille. La pobre estaba muerta de arrepentimiento creyendo que me haría daño. —Leo está repentinamente más contento—. Se lo he contado todo para que deje de decir tonterías y se venga.

—Si Guille sale con tu amiga, ya no tendré que preocuparme de que intente tocarte. —Me incorporo y le miro atónita—. No me gusta que te mire como si fueses comestible. Vas a ser mi mujer y la madre de mis hijos. Si tus exnovios van encontrando pareja, mejor. —Me desternillo tanto que se me saltan las lágrimas. En ese momento mi padre entra en el salón.

—¿Qué le pasa ahora? —pregunta feliz al verme así.

—Yo creo que vamos a tener que internarla, Felipe, está completamente loca. —No puedo parar y veo que eso les hace sonreír.

En cuanto llegan Fernando y Rosa, pasamos al comedor. Hablamos durante toda la comida de la cena de la noche anterior y de la boda de Erika. Rosa comenta sin parar de unos y otros. Mi padre y Fernando están más callados, aunque se explayan al comentar los discursos de la fiesta. Cuando terminamos de comer, seguimos charlando otro rato en el salón.

—Tengo que contaros algo —dice Leo finalmente. Rosa me mira alegre. Sé que estaba esperando este momento.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunta Fernando. Mi padre intenta ocultar su propia alegría, pero se le

refleja en toda la cara.

—Bueno, papá, no pasa nada. —Sonríe mientras mira a su padre—. Es solo que voy a casarme.

Fernando da un pequeño bote en su asiento de la sorpresa. Rosa imita el gesto de su hijo y da pequeñas palmadas.

—¿Pero así, de repente? ¿Quién es esa chica? ¿Por qué no nos has dicho que tenías novia? — Yo ya no puedo contenerme e imito a mi chico y a su madre y mi padre hace lo mismo.

—Qué poco observador eres, cariño —dice Rosa—. Está claro. La chica la tienes enfrente y no sé cuánto llevarán juntos, pero en México estos dos ya se andaban con tonterías. —Leo se ríe—. Si hubiese sido otra, nunca le habría dado mi anillo a tu hijo. —Se levanta y se acerca para abrazarnos—. Déjame ver cómo te queda. —Le doy la mano y lo mira—. Perfecto.

Fernando se acerca también a abrazarnos.

—¿Y para cuándo la boda?

—Creo..., creo que lo mejor será esperar al año que viene, por esta fecha más o menos —digo mirando a Leo.

—Sí, tenemos que decidirlo, pero será el año que viene.

—¿Por qué esperar tanto? —pregunta Rosa.

—Bueno..., no quiero que todo el mundo piense que nos casamos porque ella está embarazada. Sí, vais a ser abuelos, pero ya antes teníamos pensado casarnos.

—¿Abuelos?

Fernando nos mira desconcertados. Mi padre se levanta y se acerca a él.

—Abuelos, Fernando, vamos a ser abuelos.

Se abrazan y Rosa se lanza a los brazos de su hijo. Leo me coge de la cintura y me acerca a él. Yo me apoyo en su pecho.

—Tenemos que contárselo a todo el mundo. ¡Vamos a ser abuelos, Rosa!

En casa se respira felicidad. Me siento muy bien. Tengo todo lo que puedo desear. Mientras brindan con champán yo me escapo para hablar con Erika y los demás. Le envío un mensaje a Erika contándole que sus padres ya lo saben todo y que lo están celebrando. Me contesta enseguida, ella e Isaac vienen de camino para unirse a la fiesta. Grabo una nota de voz con mi móvil y la envío al grupo de mis amigos. En ella les explico todo, que hace tiempo que Leo y yo salimos juntos y que vamos a casarnos. Y como sorpresa final, les anuncio que todos van a ser tíos. En unos segundos me llenan el móvil de mensajes. Sam y Willie alucinan, no se creen nada de lo que he dicho. Así que les mando una foto en la que Leo y yo estamos besándonos y después la ecografía con un círculo señalando mi bebé. Me prometen venir a verme antes de que se me note la tripa.

Vuelvo al salón y ya han llegado Erika e Isaac. Erika se tira a mis brazos en cuanto me ve y me da un montón de besos. Isaac espera a que su mujer le deje paso y me levanta en volandas. Me besa y me felicita porque voy a ser mamá. Me toca la tripa y le habla: «Hey, yo soy el tío Isaac,

encantado de conocerte». A todos nos hace gracia. Leo se acerca y me besa mientras me coge por la cintura.

—Nunca pensé que pasaría de quererte a odiarte y después a amarte —le digo en voz baja.

—Yo tampoco esperaba que lo hicieras, y tampoco pensé que yo pasaría las tres fases —me dice con la felicidad rebosando en sus ojos y en su cara.

—Te amo, Leo.

—Te amo, Ainhoa.

Miro a mi alrededor y veo a mi familia, a los que siempre lo han sido, felices. Falta mi otra familia, la de mis amigos, pero sé que ellos también están felices por todo esto. Entonces, creo que por primera vez en años, todo encaja a la perfección. Toco mi collar y miro el cuadro que preside el salón. En él estamos mi madre, mi padre y yo. Mientras algunas lágrimas asoman a mis ojos, pienso en lo feliz que estaría ella aquí, por mí. Descubro a mi padre mirando lo mismo e igual de emocionado. Se acerca y nos abrazamos llorando, reconciliándonos, por fin, con todo nuestro pasado.

Epílogo

Seis años después...

—¡Mami, date pisa! —dice mi pequeña Alma, de tres años—. Papi y los tíos ya *tan* en la *paya*.

—Ya vamos, cariño. ¿Has cogido tus flotadores? —le pregunto mientras me agacho frente a ella.

—Papi y Hugo los han llevado.

Cojo su pequeña manita.

—Muy bien, vamos entonces.

Cuando llegamos a la playa ya están prácticamente todos en el agua. Sonrío al ver la estampa. Leo está enseñando a Hugo, nuestro hombrecito de cinco años, a saltar desde sus hombros al agua. Sam y Willie solo tienen ojos para la pequeña Lizzie, la hija de Linda y Sam, que tiene tres añitos. Isaac y Guille juegan con Óscar y Eva, los niños de Erika e Isaac, que tienen cuatro y tres respectivamente. Nos paramos en las toallas al lado de las chicas. Erika habla con Nadia. Chris y Sarah lucen ambas sus enormes tripas de embarazadas y se quejan del calor. Linda se acerca a Sam.

—Mami, vamos —dice la impaciente de mi hija.

—Espera que deje las cosas aquí, Alma.

Me agacho para soltar todo y llega mi hijo corriendo. Se tira encima de mí y me empapa. Me hago la ofendida y me lo quito de encima haciéndole cosquillas. Se carcajea y me mira suplicando.

—Mamá, para. Tregua. Tregua.

Me mira con esos ojos grises tan bonitos e iguales a los de su padre. Oigo que mi niña grita y veo que Leo la carga en el hombro y la lleva hacia el agua. Cojo a mi hijo, que se resiste, y me acerco corriendo al agua para lanzarle.

—Mamiiii, ayuda —grita mi niña entre risas. Espero a que mi hijo vuelva a la superficie y entonces voy al rescate de Alma. Entre Hugo y yo la salvamos y Leo me coge a mí. Yo me río y mis hijos intentan liberarme.

—Eres mi prisionera, mi vida.

Sonrío y me giro para quedar cara a cara con mi marido.

—Suelta a mamá.

Hugo tira de la pierna de Leo y en la otra pierna está Alma.

—Tengo buenos ayudantes.

—Sois unos traidores —les dice a los niños y me mira—. Estás muy guapa hoy. —Me acerco a su boca y le beso.

—Mami, has *estopeado* el juego. Le has dado un beso a papi y papi es malo.

Me río y dejo que Leo me bese otra vez. Mis hijos salen del agua y juegan en la arena con el cubo y las palas. Rápidamente todos los niños se unen a ellos. Willie ha vuelto a la toalla con su chica, Sam y Linda están muy juntos en el agua, Isaac nada y Guille sale corriendo y besa la tripa de su mujer.

—Me encanta verte tan feliz —susurra mi marido.

—Vosotros me hacéis feliz. Pero tú, sin duda, eres el que más feliz me hace.

Me coge las piernas y yo las enrolla en su cintura.

—La de cosas que te haría ahora mismo.

Sonrío y apoyo mi cara en su cuello. Me da un pellizco en el culo.

—Eeh, el culo es mío. —Le beso y le muerdo el labio—. Creo que será mejor que me sueltes o vamos a traumatizar a tus hijos.

—Esta noche no vas a tener escapatoria. Pienso cerrar nuestra puerta con llave para que no se nos cuele ninguno. —Bromeamos mientras salimos del agua.

Vamos a comer todos juntos a la casa que compartimos Sam, Linda, los niños y nosotros. Como somos tantos, hemos tenido que alquilar varias casas para pasar las vacaciones. Cenamos en medio del caos que crean los niños y cuando ellos terminan nosotros continuamos. No tardan en dormirse todos por el salón y aprovechamos para hablar de cosas de mayores. Cuando estamos cansados, cada uno se va a su casa. Sam coge a Lizzie del sofá y se suben a la cama. Leo coge a Hugo de la alfombra y yo a Alma, que duerme junto a su hermano. Los subimos a su habitación y nos vamos a la nuestra a disfrutar del poco rato de intimidad que nos queda. En cuanto cerramos la puerta, dejamos de ser papá y mamá para ser solo Leo y Ainhoa. Como cada noche, nos convertimos en puro fuego juntos y nos fundimos hasta ser uno. Después nos abrazamos y aprovechamos para dormir hasta que entren nuestros hijos a despertarnos.

Agradecimientos

A veces cuesta creer que lo que perseguimos con tantas ganas se haga realidad, y yo aún estoy asimilando que, hoy, tú estés leyendo mi novela.

En primer lugar, quiero agradecerte a ti, que has llegado hasta aquí, por darle una oportunidad a la historia de Ainhoa, por disfrutar con ella y con todos los personajes que forman parte de su vida.

A la editorial, y en especial a Adelaida, por confiar en mí y darme la oportunidad. Y, por supuesto, tengo que hacer especial mención a todos los que de un modo u otro habéis sido partícipes en esto.

A mi padre, por ser el mejor escritor desconocido del mundo. A mi madre, por ser la primera en confiar en que esto saldría a la luz. A mis dos hermanos, por ser siempre fuente de inspiración. Os quiero. A mis dos abuelas, por ser el claro ejemplo de que no importa la edad, siempre se puede cambiar a mejor. A todos y cada uno de los miembros de mi familia, porque siempre me enseñáis algo nuevo, en una charla, en un acalorado debate en las comidas familiares o en una sonrisa que dice mucho más que cualquier otra cosa.

A mis dos queridas y locas Curreleras, Eva y Sandra, porque nada de esto sería tan especial sin vosotras al otro lado de la pantalla, de la mesa o del sofá. Porque un verano puede ser una vida y nosotras de eso vamos sobradas. (Y también de la pregunta clave, «*E ti, de quen es?*».) Os quiero un poco.

A mi Pichu, porque fuiste mi primera lectora, mi compañera de baile, de clase, de fiesta, de risas, de llantos, de nervios, de viajes, de locura..., en definitiva, de vida.

A todos los que habéis formado parte de mi vida de una manera u otra y, sobre todo, a los que siempre me animáis a seguir.

Espero que podamos leernos pronto y que nunca estéis con alguien que no os quiera al menos «hasta las estrellas y vuelta».

Biografía



Mi nombre es Iria Núñez Gallego, nací el 20 de marzo de 1992 en Madrid. Desde muy pequeña me hice adoradora de libros y con ocho años empecé a escribir cuentos para mis compañeros de clase. Durante mi etapa de instituto, dejé de escribir historias ficticias, pero nunca dejé de escribir la mía propia en pequeños diarios. Terminé bachillerato y me decidí a estudiar algo que pudiera servirme para ayudar a los demás, así que acabé en Integración Social, donde no solo obtuve un título académico, sino también muchas experiencias humanas que, de otra manera, nunca hubiese conocido.

Cuando terminé de estudiar, y mientras comenzaba mi búsqueda de empleo, empecé a escribir mi primera novela, y desde entonces he escrito varias más que comparto con mis amigos y familia. Creo que es hora de compartir con los demás.

Hasta las estrellas y vuelta
Iria Nuñez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Iria Nuñez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-08-22695-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Déjame amarte. Los hermanos Montgomery](#)

Moruena Estríngana

[Perseguida por la tentación](#)

Helena Sivianes

[Regálame un sueño](#)

María Beatobe

[La leyenda de la mariposa azul](#)

Calista Sweet

[Mecida por el viento](#)

Laura Toves

[La marquesa de Connemara](#)

J. F. Morgan

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

